ORIGENES DEL HOMBRE

Las Primeras Culturas de Grecia (I)

29

TIME LIFE

folio

EX LIBRIS Scan Digit



The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

ORIGENES DEL HOMBRE

Las Primeras Culturas de Grecia (I)

TIME LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Maitland A. Edey
Asesores: Colin Renfrew, Joseph Winterbotham Shaw y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo (Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A. 15-9-94
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rihts reserved
© Ediciones Folio, S.A., 1994

Distribución exclusiva para España y América:
Editorial Rombo, S.A.

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-7583-468-X (volumen I)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-8486-94
Printed in Spain

Índice de materias

VOLUMEN I

Capítulo primero:
Mucho antes de Homero **8**

Secuencia fotográfica: La cerámica egea nos narra la historia. **31**

Capítulo segundo:
Las Cíclades en la Edad del Bronce. **38**

Secuencia fotográfica: Enigmas planteados en mármol . . **51**

Capítulo tercero:
Creta y los minoicos **56**

Secuencia fotográfica: Vestigios de los grandes palacios reales minoicos **81**

Introducción

Hace tan sólo un siglo, la historia del mundo occidental comenzaba con la Grecia clásica y la Roma antigua. Nadie imaginaba que, mil años antes de que aparecieran la poesía de Homero o la filosofía de Platón, hubiese florecido en Grecia y en Creta una brillante civilización, un mundo de ciudadelas y palacios, de guerreros y escribas, de pintores y orfebres, que la nueva ciencia de la arqueología iba a recobrar y restaurar en una serie de descubrimientos asombrosos. Los impresionantes palacios de Creta –con sus patios espaciosos y sus laberínticos pasillos, centro de una cultura actualmente llamada *minoica*– yacían aún bajo tierra sin que nadie sospechara siquiera su existencia. Los tesoros de oro, enterrados desde hacía más de 3.000 años en las tumbas de los guerreros de Micenas, aún no habían dado su nombre a la civilización *micénica,* considerada hoy el antepasado directo del mundo griego clásico.

Este libro narra con claridad y viveza cómo un siglo de excavaciones e investigación ha recreado ese desaparecido mundo de las islas Cíclades, de la Creta minoica y de la Grecia micénica. La arqueología ha reconstruido un modo de vida que incluso en tiempos de Homero, menos de 500 años después, era sólo un vago recuerdo. De hecho, actualmente podemos incluso contemplar los puñales y espadas de bronce y las copas de oro que Homero describía fiándose de la tradición, aunque probablemente él nunca

los había visto. Podemos caminar por la ciudadela de Micenas y penetrar en las grandes tumbas de piedra abovedadas donde fueron enterrados sus príncipes. Podemos pasear por el espacioso patio central del palacio del rey Minos en Creta, contar las jarras de provisiones en los almacenes de su palacio y admirar la decoración en su sala del trono. Y, lo más notable de todo, podemos recorrer las calles de Tera, isla volcánica destruida por una colosal erupción hacia el año 1500 antes de nuestra era, y ver la cerámica y los frescos –desenterrados hace escasos años– cuyos vivos temas traen ante nuestros ojos todo un mundo que había permanecido olvidado durante milenios.

Olvidado, pero no muerto: en cierto sentido, muchos de sus logros técnicos persistieron durante el período clásico de la historia griega; y los occidentales –herederos de la tradición griega– los hemos recibido junto con esta tradición. Debido a ello, nuestro interés por ese mundo perdido del Egeo va más allá de la fascinación que normalmente ejerce la evolución del hombre, y se centra en algo mucho más personal: los orígenes y la ascendencia de nuestra propia cultura y nuestro modo de vida.

Hoy, sin embargo, no podemos hablar de los comienzos y las necesidades de ninguna civilización primitiva sin plantearnos cuestiones más generales y fundamentales. ¿Cómo y por qué una sociedad compleja y altamente organizada surge en un determinado período y lugar en los que antes la vida y la cultura eran mucho más sencillas? ¿Qué ocultos procesos son los que conducen a logros tan sorprendentes que, 3.000 años después, nos siguen impresionando? ¿Y por qué las civilizaciones están condenadas a declinar y desaparecer? ¿Qué presiones demográficas, qué problemas de recursos, qué cambios ecológicos o tensiones sociales se coligaron para acabar con la brillante época descrita en este libro? Preguntas de este tipo son difíciles de contestar –cualquiera que sea la sociedad estudiada– incluso en el mundo moderno. Sin embargo, las culturas del pasado, reconstruidas por las técnicas de la moderna arqueología, pueden servir como una especie de laboratorio para estudiar tales procesos. Aunque esta disciplina se encuentra aún en mantillas, existe un convencimiento cada vez mayor de que el comprender más profundamente el pasado nos ayudará a entender nuestro propio presente y futuro, y que también clarificará nuestros actuales problemas de superpoblación, polución y catástrofe ecológica. Todas estas cuestiones generales están en la base de lo escrito en este libro, que pretende analizar las causas del cambio.

COLIN RENFREW
Profesor de arqueología
Universidad de Southampton (Inglaterra)

Capítulo primero: Mucho antes de Homero



En primavera, las flores tapizan las praderas que bordean el mar Egeo. Brotan entre las rendijas de las rocas. Resplandecen en los estrechos valles de las islas, y su perfume desciende por las colinas y perfuma el aire sobre las aguas. Los pescadores, que se han quedado en tierra durante el invierno, lanzan de nuevo sus barcos y se hacen a la mar otra vez, igual que sus antepasados de hace 5.000 años.

Hace cinco mil años. La misteriosa levadura que a veces da lugar a que se forme una civilización a partir de pequeños grupos dispersos de gente con un bajo nivel cultural estaba empezando a fermentar en el continente griego y en las islas adyacentes. Ya existía en Egipto una gran civilización, y en los valles del Tigris y el Eufrates había otra aún más antigua. Ahora estaba a punto de florecer en el Egeo una tercera civilización. Este libro trata de ese florecimiento. Cubre el período de la llamada Edad del Bronce en el Egeo, que va aproximadamente desde el año 3000 al 1100 antes de nuestra era. A partir de esta última fecha, aunque los pueblos egeos sobrevivieron, su cultura declinó, y desapareció tan misteriosamente como había aparecido. Ello ocurría unos 400 años antes de que naciese lo que todavía llamamos la Grecia "antigua".

El conocimiento moderno sobre la Edad del Bronce en el Egeo es desconcertantemente incompleto y sorprendentemente reciente. La antigüedad de la civilización egipcia, junto con el esplendor de su arte y su arquitectura, se conocen desde hace mucho tiempo. En cambio, la Edad del Bronce en el Egeo permaneció olvidada hasta hace sólo un siglo. Y el sacarla de ese olvido exigió un trabajo parecido al de ensamblar las piezas de un *puzzle;* piezas de las que apenas se disponía, pues tenían que ir extrayéndolas los arqueólogos, una a una, de las entrañas de la tierra. En consecuencia, la imagen de este *puzzle* no siempre se ha recompuesto exactamente. A medida que se descubrían nuevas piezas, se tuvieron que desechar muchas hipótesis falsas. Y este proceso continúa aún. De hecho, en las últimas décadas se ha acelerado.

Para empezar, todas las ideas sobre la Edad del Bronce en el Egeo debían concordar con las referencias que de ella hacían la literatura y la historia clásicas. Se aceptaba generalmente que los antepasados de los griegos clásicos habían vivido durante largo tiempo en el continente griego, en Creta y en las otras islas del Egeo. Pero se ignoraba quiénes eran estos pueblos y cómo vivían. Nadie sospechaba –ni siquiera los propios griegos del período clásico– que habían creado una brillante civilización, posteriormente desaparecida. El conocimiento que los griegos clásicos tenían de su pasado –de sus mismos orígenes– procedía de los mitos, muchos de ellos preservados por dos grandes poemas épicos de Homero: la *Ilíada* y la *Odisea*.

De hecho, aunque los griegos clásicos creían ciegamente en Homero y le consideraban como su principal fuente histórica, no sabían realmente quién había sido, de dónde procedía ni en qué época exacta había vivido. Y tampoco lo sabemos nosotros. Los eruditos modernos piensan que Homero fue un aedo, probablemente analfabeto, que narraba historias ancestrales heredadas de otros aedos; su obra sería la de dos aedos o quizás incluso de más de dos. Homero se habría aprendido de memoria aquellos relatos, los habría reelaborado según su propio gusto y luego los habría ido cantando por las cortes de los

Gran parte de la costa cretense –como este sector del litoral nordeste, con la isla de Moclos al fondo– es escarpada y rocosa. Al principio del período minoico, Moclos se hallaba unida a la costa y así los barcos atracados al otro lado de la isla estaban resguardados de los vientos del noroeste allí dominantes. Emprendedores mercaderes navegaban desde allí hasta países tan lejanos como Palestina y Egipto.

reyes. La *Ilíada* es un relato sobre una expedición naval griega en gran escala, que sitió la fortificada ciudad de Troya (llamada *Ilion* por los griegos). La *Odisea* narra las aventuras que le acaecieron a uno de esos guerreros griegos, Ulises (*Odysseús* en griego), en su regreso a casa tras el saqueo de Troya.

Homero vivió antes del 700 a. de C., pero los hechos que narró habían sucedido mucho antes, en una época que entonces se recordaba vagamente. Cuando se los transmitieron oralmente a él, ya habían sido distorsionados profundamente y dotados de un encanto especial, tras pasar de siglo en siglo por la mente y la boca de numerosos aedos. Así pues, a pesar de la alta estima en que los griegos clásicos le tuvieron, Homero no puede usarse como fuente indiscutible para el estudio de hechos históricos. Los personajes de sus poemas se han transformado en seres míticos: hijos de dioses, amantes de diosas... Son héroes, superhombres con armaduras magníficamente trabajadas que libran sangrientas batallas por conseguir enormes tesoros y que asaltan ciudades amuralladas. Viven en un mundo poblado por gigantes, por ninfas de las aguas y por hechiceras.

¿Había algo de verdad en los poemas de Homero? Y, si ello era así, ¿dónde estaban enterrados sus héroes? ¿Dónde sus ciudades, sus armaduras, su oro? ¿De dónde procedían sus principales caudillos, Agamenón, Menelao, Ulises, Néstor? ¿Había existido realmente una Troya?

Nadie lo sabía. El griego Aquiles y el troyano Héctor danzaban en los confines de un mundo de ensueño, tan impalpables e irreales como los gigantes, las ninfas y los dioses que danzaban con ellos. No es de extrañar que, con el nacimiento de la arqueología como instrumento científico para desvelar el pasado, los especialistas empezasen a mirar con un escepticismo creciente a Homero y a considerarle como un simple narrador de historias fabulosas. Ciertamente, sus historias resultaban fascinantes; sin embargo, por más fidedignas que fuesen para sus contemporáneos y sus descendientes, no podían dejar de plantear numerosas cuestiones en los tiempos modernos. Ya no podían tomarse más en serio que el propio Zeus, quien en la mitología griega aparece ahora como un toro, luego como un cuco y más tarde como un cisne para arrebatar a toda mujer bella que le hubiera embelesado. (¿Por qué, se pregunta uno, se tomaba Zeus tanta molestia? Después de todo, él era el propio Zeus y blandía un haz de rayos, el símbolo masculino más poderoso y magnífico que la fantasía humana pueda crear. Era irresistible, imparable. ¿Qué necesidad tenía de metamorfosearse en un animal? ¿No podía conseguir lo que quisiese con sólo salir como Zeus de una nube de humo?)

¿Tomar a Homero al pie de la letra? ¿Quién podría hacerlo?

Hubo alguien que lo hizo: un excéntrico magnate de los negocios alemán llamado Heinrich Schliemann, apasionado desde niño por Homero. Habiendo ganado más dinero del que jamás podía gastar, en 1868, libre y con casi 50 años, decidió invertir parte de su riqueza en intentar probar una teoría que le fascinaba: la de que Homero hablaba de cosas que habían sucedido realmente. Es decir, que Troya estaba en alguna parte. El la encontraría, y posiblemente descubriría también las tumbas, las cenizas, las armaduras, los palacios de mármol y el oro –especialmente el oro– de quienes los habían construido. Buscaría por la costa egea de la Turquía actual al sur de los Dardanelos, donde Troya era localizada por una larga tradición.

Por supuesto, otros antes que él se habían preguntado por Troya e incluso habían emprendido su búsqueda. Olvidando toda la ficción homérica sobre Paris y Helena, concluyeron que había tenido que ser una plaza fuerte próxima a la entrada del Helesponto, cuyos gobernantes podían haberse enriquecido exigiendo tributos a los mercaderes que comerciaban

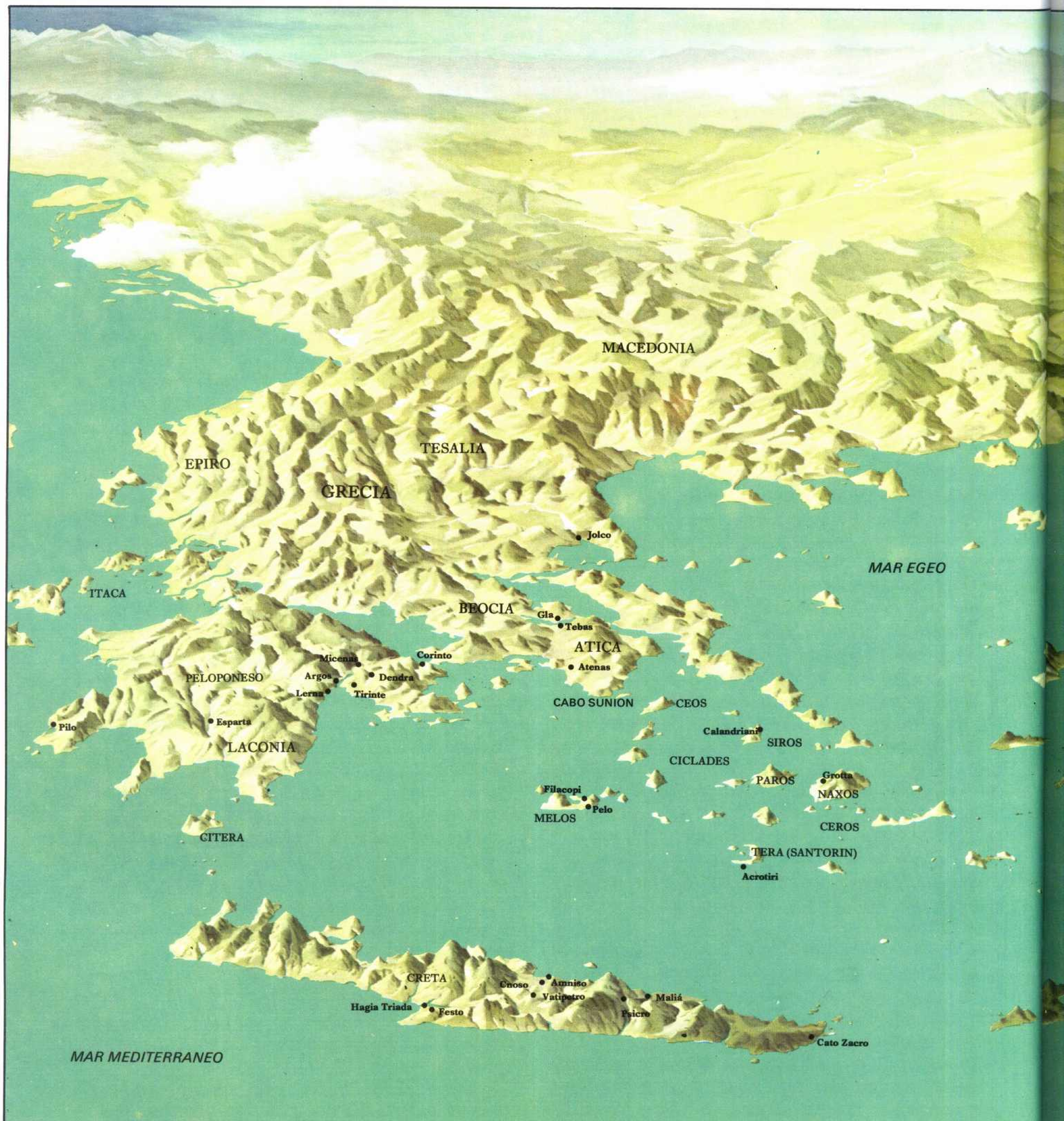
constantemente entre el Egeo y el Mar Negro. En aquella zona había un par de colinas, de varias hectáreas cada una, que indicaban los emplazamientos de antiguas ciudades. Una de esas colinas, llamada Hissarlik, había suscitado el interés de un erudito británico a comienzos del siglo XIX, pero había fallecido y sus ideas habían sido enterradas con él. Cuando Schliemann se interesó por Hissarlik, la mitad del lugar pertenecía a un inglés que vivía en Constantinopla. Pero este caballero estaba demasiado atareado con sus actividades consulares para poder ocuparse de aquella colina. El resto del lugar pertenecía a turcos que no sabían nada de Homero ni les importaba lo más mínimo. Hissarlik dormitaba al sol como lo había hecho durante siglos, cubierta de flores primaverales que las cabras ramoneaban. Según los expertos, si por allí había una Troya, tenía que estar en Bunarbashi, colina situada a unos 8 kilómetros de Hissarlik tierra adentro.

Pero Schliemann no estaba de acuerdo. Fuera a donde fuese, siempre llevaba consigo su viejo ejemplar de la *Ilíada* y lo leía constantemente. Pensó que, si era cierto lo que decía la *Ilíada* de que los invasores griegos recorrían varias veces al día el camino entre Troya y su campamento en la costa, Troya tenía que estar más cerca del mar que Bunarbashi. Se puso en contacto con el caballero inglés de Constantinopla, pero no se molestó en informar a los turcos dueños de la otra mitad del lugar. Y, tras reclutar una cuadrilla de obreros nativos, empezó a excavar en Hissarlik.

Schliemann encontró Troya. De hecho, encontró nueve Troyas, superpuestas una a la otra en diferentes estratos. Durante sucesivas expediciones, descubrió muros derruidos formados por inmensos bloques de piedra. Descubrió restos de cerámica, puntas de lanza, armas de piedra, tinajas de arcilla tan altas como un hombre, que mostraban claros indicios de destrucción por el fuego. Descubrió lo que él pensó que era el palacio de Príamo y, por último, lo que él creyó que era el tesoro de este rey: vasos y cuchillos de plata, diademas de oro, pendientes de oro y más de 8.000 anillos y botones de oro. Sacó clandestinamente de Turquía este tesoro y, posteriormente, lo transfirió al gobierno alemán. Unos 70 años después, en el curso de la ocupación de la Alemania nazi por las tropas soviéticas durante la Segunda Guerra Mundial, la colección desapareció de Berlín. No sabemos si se conserva intacta en alguna parte o si fue fundida y vendida por saqueadores ignorantes. Cada año que pasa hace más probable esta última posibilidad; lo cual constituiría una tragedia, pues las diademas de Príamo son uno de los artefactos más raros y preciosos del mundo.

Schliemann era un hombre reservado, convencido de que los demás pretendían engañarle y dispuesto por ello a engañar a los demás. La polémica le seguía adondequiera que fuese, sosteniendo constantes disputas con los gobiernos y con los especialistas. Los expertos se burlaban de él –y, como se vio después, con razón– por sus vanas pretensiones sobre Príamo. En los años siguientes, cuando decidieron investigar por sí mismos en Hissarlik, descubrieron que Schliemann se había equivocado. De los nueve estratos, el que Schliemann pensó que correspondía a la Troya homérica –el estrato II, cerca del fondo– resultó ser mucho más antiguo, pues databa de antes del año 2000 a. de C. Troya II había sido destruida y consumida por un gigantesco incendio que Schliemann consideró que evidenciaba la ira de los invasores griegos. En su enfebrecida búsqueda de oro, Schliemann había excavado sin orden ni concierto –y sin prestarle la mínima atención– a través del nivel actualmente reconocido como el correspondiente a la Troya homérica: el nivel VII, que data aproximadamente del 1250 a. de C.

Durante más de 10 años, Schliemann trabajó intermitentemente en Hissarlik, cavando toda una red de



Las civilizaciones de la Edad del Bronce surgidas a orillas del mar Egeo –enriquecidas por el contacto mutuo y completamente aisladas de la



la interferencia extranjera– florecieron en una zona limitada por Creta, Grecia y las Cíclades.

Un mundo ceñido por el mar: el de los micénicos y minoicos

La cuenca egea es una región montañosa aún no consolidada geológicamente. Hay un volcán activo en Tera. Y los terremotos han devastado Turquía y el norte de Grecia varias veces en las últimas décadas. Creta fue tan propensa a los terremotos durante toda la Edad del Bronce, que los constructores de entonces tenían en cuenta los temblores de tierra en sus técnicas de edificación.

A pesar de esta inestabilidad física, se desarrollaron civilizaciones complejas primero en las islas Cíclades, luego en Creta y por último en la Grecia continental. Este mapa muestra cuán fácil era –si se disponía de barcos adecuados– poblar las islas, y cuán fácilmente las poderosas influencias de la gran isla de Creta pudieron inundar las culturas de las Cíclades después del 1700 a. de C. aproximadamente. El apiñamiento de lugares arqueológicos en el Peloponeso y el Atica revela dónde tuvo su centro el auge micénico. Desde allí los griegos micénicos –algún tiempo después del 1600 a. de C.– invadieron las islas, ocuparon Creta y, finalmente, penetraron por el este en Rodas, Mileto y Efeso. Hacia el 1250 a. de C. había griegos por todo el Egeo. Comerciaban y luchaban con pequeños reyes locales de la costa jónica, llegando incluso a capturar la firme ciudadela de Troya. Poco después su sociedad se vino abajo, hundiendo al mundo del Egeo en la oscuridad y la ignorancia durante 400 años.

zanjas. Sin embargo, aunque continuó realizando nuevos descubrimientos, éstos nunca fueron tan impresionantes como el del tesoro de Príamo. Mientras tanto, el centro de su interés se había desplazado hacia Micenas, en la Grecia continental.

En Micenas, la situación era algo diferente. Mito y realidad parecían apoyarse entre sí. En Micenas había una ciudadela en ruinas, resto de una ciudad fortificada en un remoto pasado, con muros formados por enormes piedras ciclópeas que eran incluso mayores que las encontradas por Schliemann en Troya. Desde la literatura griega clásica hasta los tiempos modernos, Micenas había sido asociada con el bando griego de la leyenda troyana, con los héroes que se habían embarcado para luchar contra Troya bajo el caudillaje de Agamenón. Según la tradición clásica, el rey de Micenas por aquel entonces era Agamenón, el soberano más rico y poderoso de toda Grecia. Su hermano Menelao, rey de Esparta, había sufrido la afrenta de ver cómo su mujer, Helena, era raptada por Paris, un joven seductor troyano hijo del rey Príamo. Y esa afrenta, según Homero, había hecho que los griegos se embarcasen en sus naves de guerra rumbo a Troya.

De creer a Homero –y nadie creía en él más fervientemente que Schliemann–, ¿no era lógico excavar en Micenas en busca de las huellas de Agamenón y en busca de su célebre y fabuloso tesoro?

Schliemann excavó de nuevo e, increíblemente, de nuevo encontró oro. Dentro del recinto de Micenas, bajo lo que parecía ser un lugar de reunión circular o una especie de sede del consejo pavimentada con losas, descubrió cinco sepulturas reales que contenían numerosos esqueletos y un impresionante tesoro de objetos de oro y de bronce. Había botones, adornos, pendientes, copas, vasos, empuñaduras de espadas, diademas, collares, cientos y cientos de finas láminas de oro cortadas en formas fantásticas: hojas, flores, mariposas, pulpos, estrellas. Y había máscaras: máscaras de oro, unas estilizadas y otras que parecían ser vivos retratos de los reyes muertos. Una de éstas cubría aún el rostro de un hombre con un pectoral dorado, un rostro cuya carne todavía no había desaparecido completamente.

Rebosando de entusiasmo, Schliemann se convenció a sí mismo de que podía reconocer los rasgos de aquel cadáver putrefacto. Y notificó al gobierno griego que había descubierto la tumba, el cuerpo y la máscara funeraria de Agamenón, junto con los restos de Clitemnestra, su pérfida mujer.

Según Homero y los trágicos griegos, Clitemnestra se había buscado un amante mientras su marido combatía en Troya. Cuando Agamenón regresó a casa, el amante, Egisto, mató al rey y le usurpó el trono. Pero entonces regresó también Orestes, hijo de Agamenón y Clitemnestra, y vengó la muerte de su padre matando a su infiel madre y al amante de ésta.

Schliemann insistió en que sus excavaciones habían demostrado la veracidad de esa leyenda. Agamenón estaba allí, amortajado con sus reales atavíos y cubierto por delicadas hojas de oro batido. Y allí, según Schliemann, estaban también enterrados Clitemnestra y los miembros de su corte.

Aunque nadie niega la perspicacia –y la suerte– de Schliemann al realizar este segundo descubrimiento fantástico de oro, sus conclusiones sobre el mismo deben ser impugnadas de nuevo. Nada le permitía identificar los restos reales que había descubierto. Es prácticamente seguro que ninguno de ellos pertenecía a Agamenón, pues lo que Schliemann descubrió en Micenas, como lo de Troya, era mucho más antiguo de lo que él creía. Gracias a la arqueología moderna, hoy sabemos que sus descubrimientos pertenecían a una época más remota, quizá varios siglos anterior al nacimiento de Agamenón. Sin embargo, por segunda vez, Schliemann había seguido a Homero con la fe ciega de un auténtico creyente y de nuevo había vencido.

Schliemann: El hombre que exhumó varias Troyas



HEINRICH SCHLIEMANN: 1822-1890



SOFIA SCHLIEMANN: 1852-1938

Si se escribiese una novela sobre la vida de Heinrich Schliemann, parecería tan inverosímil que no podría creerse. Nacido en la más absoluta miseria, Schliemann trabajó como aprendiz en una tienda de ultramarinos de una pequeña ciudad alemana. Pero, llevado por la ambición, pronto comprendió que había caído en una abrumadora rutina que no le ofrecía muy buen porvenir, por lo que se embarcó de grumete en un navío que partía rumbo a Venezuela. Apenas iniciada la travesía, el barco naufragó y Schliemann fue arrojado a las costas de Holanda desnudo y casi muerto de frío. Tras pasar de un trabajo a otro durante varios años, logró un puesto importante en la empresa de un comerciante holandés. A los 25 años de edad, dominaba ya el mundo de los negocios lo suficiente como para establecerse por su propia cuenta. Cuando llegó a los 40 años, después de haberse arriesgado mucho y de haber trabajado día y noche, se había convertido en un comerciante internacional que dominaba numerosos idiomas y poseía una gran fortuna personal.

Patológicamente tímido y suspicaz, Schliemann pasaba sus horas libres –y entonces vivía solo– leyendo ávidamente. En el curso de sus lecturas llegó a la conclusión de que la *Ilíada* de Homero era un documento histórico literal. Convencido de ello, en 1868 renunció a su pasión por aumentar sus riquezas y se encaminó hacia Troya.

Habiendo fracasado su matrimonio con una rusa y sintiéndose generalmente incómodo con las mujeres, Schliemann escribió al arzobispo de Atenas, viejo amigo suyo, pidiéndole un favor. Tras exponer las cualidades que debería tener una buena esposa según él, rogó le buscase una mujer que las tuviera. Y el arzobispo le presentó una aldeana griega de 17 años, muy bien parecida, llamada Sofía Engastrómenos. Schliemann se casó con ella y, sorprendentemente, el matrimonio fue un gran éxito. Schliemann adoraba a Sofía y –por primera vez en su vida– confiaba en ella por completo. La llevaba en todas sus expediciones arqueológicas y ambos estaban juntos el 14 de junio de 1873, aquel ardiente día en que descubrió en Troya sus primeros objetos de oro preclásicos.

El lugar estaba lleno de obreros, cada uno de los cuales constituía para Schliemann un ladrón en potencia. Aunque un inspector turco vigilaba que nadie se llevase algo de valor, Schliemann susurró a Sofía que anunciara que era su cumpleaños y que todo el mundo tomase un día libre –cobrándolo– para celebrarlo. Una vez se hubieron ido, el propio Schliemann extrajo, pieza a pieza, toda una fortuna de objetos de oro. Los envolvieron en el chal de Sofía y se los llevaron.

El objeto más bello era una diadema con ajorcas y cadenas primorosamente labradas. En total, se componía de 16.353 piezas de oro. Es la diadema que lleva Sofía en la foto de arriba.

Al final de su vida, tras realizar otras exploraciones y descubrimientos en la Grecia continental, Schliemann se hizo construir una mansión en Atenas y la colmó de tesoros procedentes de sus diversas correrías arqueológicas. No sabiendo qué hacer con el oro de Troya, pues el gobierno turco intentaba recuperarlo, decidió donarlo al gobierno alemán, consiguiendo así las condecoraciones y honores que su madre patria le había negado durante tantos años. Por entonces era ya famoso en el mundo arqueológico. Con el tiempo, se había hecho más sociable y había logrado que los eruditos, olvidando sus descabelladas interpretaciones sobre el origen de los objetos de oro, le reconociesen su colosal hazaña: el descubrimiento de la civilización micénica.

Schliemann prosiguió. Investigó en Creta, que tenía fama de poseer ruinas de palacios aún mayores que los de Micenas. Entró en tratos con el dueño de las ruinas de Cnoso, en la costa norte de la isla, y estaba a punto de comprarle el lugar cuando se puso a contar los olivos, que formaban una parte importante de lo que había acordado comprar. Descubriendo que sólo había 889, y no los 2.500 que le habían dicho, rompió el trato en un acceso de rabia.

Después de esto Schliemann ya no encontró más oro, pero siguió interesándose por el mundo de la Edad del Bronce. Y, aunque nunca fue un arqueólogo profesional, poco antes de morir en 1890 empezó a comprender la verdadera naturaleza del mundo perdido que él había encontrado, un mundo que nadie había siquiera imaginado antes de él. En definitiva, a Schliemann le corresponde la gloria de haber descubierto la civilización micénica.

Si hubiera sido más joven, menos suspicaz, un poco menos impetuoso y un poco más conciliador, habría continuado en Creta y habría descubierto cosas aún más espectaculares. Pero el éxito en Creta le estaba reservado a un inglés llamado Arthur Evans, de carácter totalmente diferente del de Schliemann.

Perteneciente a una familia acomodada, Evans se especializó en arqueología, obtuvo el cargo de conservador del Ashmolean Museum de Oxford y viajó repetidas veces por los Balcanes y Grecia en busca de antigüedades. Se interesó especialmente por pequeños sellos grabados, parecidos a gemas, que se estaban descubriendo a un ritmo cada vez mayor en Grecia y en las islas del Egeo y que aún se podían comprar a un precio irrisorio.

Evans era muy miope. Para examinar aquellos sellos, de apenas 2 ó 3 centímetros, tenía que acercárselos mucho a los ojos. Y así ampliaba tanto los detalles, que pudo apreciar mejor que otros la extraordinaria delicadeza y originalidad de su grabado. Unos sellos estaban grabados con escenas de caza, otros con personajes, otros con barcos, otros con delfines. Muchos parecían tener inscripciones breves en una escritura desconocida que le sorprendió e intrigó.

Empezó a coleccionar los sellos e inmediatamente se dio cuenta de que los más interesantes se habían encontrado en Creta. Se dirigió a esta isla en 1894, más interesado en los sellos que en cualquier otra cosa. Pero cuando vio la enorme extensión de las ruinas enterradas en Cnoso, su interés fue pasando progresivamente de los sellos grabados a este enorme vestigio del pasado. Y decidió excavarlo. Las interminables negociaciones que siguieron se complicaron aún más por la política internacional, incluidos los esfuerzos de Creta por independizarse de Turquía. Finalmente, en el año 1900, el camino estaba libre y Evans empezó a excavar en Cnoso. Como dijo su media hermana en la biografía que de él escribió, Evans comenzó intentando encontrar alguna impresión de un sello o alguna tableta de arcilla y acabó descubriendo toda una civilización.

Evans pasó el resto de su vida y gastó gran parte de su fortuna en Cnoso. Las ruinas de Cnoso resultaron ser un inmenso palacio, con un dédalo de patios, salas de recepciones públicas, corredores, aposentos privados, columnatas, almacenes, escaleras, baños y santuarios. El edificio alcanzaba en algunas partes varios pisos de altura, pero se habían venido abajo por alguna terrible catástrofe. Y aventuró la hipótesis de que podía haber sido por un terremoto.

Los muros ennegrecidos daban testimonio de un fuego destructor, un fuego que había endurecido y preservado numerosas tabletas de arcilla grabadas en una escritura enigmática: la misma que había llevado a Evans a Creta, después de haberla detectado en los sellos parecidos a gemas. Enormes *pithoi* o tinajas de almacenamiento se alineaban aún, intactas, en los almacenes que había en los bajos. Dispersos por acá y por allá, había recipientes más pequeños, vasos y copas, unos de arcilla, otros de piedra, de una asom-

(Continúa en la página 20.)

Evans: El descubridor de una civilización

Cuando Arthur Evans comenzó a trabajar en Cnoso en 1900, el sitio estaba completamente cubierto de tierra y apenas mostraba indicios de las fabulosas ruinas ocultas debajo. En total, no cubría ni 3 hectáreas; era un bajo montículo de suaves pendientes.

Comenzó a excavar con una reducida cuadrilla de obreros del lugar, pero la amplió a más de 100 miembros al ver la extensión del palacio. Contrató a un asistente y un arquitecto profesional a jornada completa, siendo éste uno de los primeros arquitectos que participaron en una excavación.

Al cabo de dos años, habían descubierto la sala del trono, el patio central, la gran escalera y los aposentos reales. Y Evans había tomado una decisión sin precedentes: usar acero y hormigón para sustituir las partes del palacio desaparecidas.

Al principio, el cuartel general de Evans era una villa alquilada en la vecina Heraclion. Pero, tras 6 años de idas y venidas, se hizo construir su propia villa junto a Cnoso y la llamó Ariadna. Las excavaciones duraron 35 años, de 1900 a 1935, y sólo se interrumpían en verano, debido al intenso calor y la amenaza de malaria. En total, el propio Evans se gastó en Cnoso un millón de dólares.



Arthur Evans, durante su segunda temporada en Cnoso, sostiene un ritón desenterrado en el palacio. Antes de terminar su trabajo en Creta 33 años después, sus grandes hallazgos y sus magistrales análisis de los mismos hicieron de él el arqueólogo más célebre de entonces, admirado tanto por su férrea voluntad como por su imaginación de poeta.



La sala del trono mostraba este aspecto en 1901, cuando ya se habían sacado los escombros pero aún no se habían reconstruido los muros ni repintado los frescos. A la derecha se ve el trono, conocido como "el más antiguo de Europa".



He aquí tres pithoi, o tinajas de almacenamiento, de los cientos que descubrió Evans alineados en el nivel más bajo del palacio. Algunos alcanzaban 1,80 m de altura. Para moverlos, sobre todo cuando estaban cargados, se ataban cuerdas a sus asas.



La gran escalera, que fue el descubrimiento arquitectónico más espectacular de Evans –y aquel cuya estructura más dolores de cabeza le ocasionó–, estaba a medio restaurar cuando se tomó esta fotografía en 1901. Evans (de blanco) posó orgulloso junto con su asistente, Duncan Mackenzie, y con Theodore Fyfe, el primero de los tres arquitectos que le ayudaron a reconstruir el palacio de Cnoso.



Etapas de la Edad del Bronce en el Egeo

En el Egeo preclásico, la civilización fue una amalgama de tres hilos culturales: el cicládico, el minoico (en Creta) y el heládico (en la Grecia continental). A su vez, el Bronce Antiguo, un lento período que duró más que el Medio y el Reciente juntos, vio florecer tres culturas cicládicas distintas: las de Grotta-Pelo, Ceros-Siros y Filacopi. Después del milenio III a. de C., la influencia minoica dominó progresivamente las Cíclades, hasta que a su vez los minoicos, víctimas de los terremotos y las erupciones volcánicas, sucumbieron ante la cultura micénica. La clave de la derecha enumera los principales episodios en la cronología de la Edad del Bronce en el Egeo.

CLAVE CRONOLOGICA

A. Destrucción de Lerna
B. Caída de los primeros palacios minoico
C. Erupción de Tera
D. Caída de los segundos palacios minoic
E. Caída del último palacio de Cnoso
F. Guerra de Troya
G. Caída de los palacios micénicos

brosa variedad de estilos. Era evidente que allí había vivido durante largo tiempo un pueblo sumamente vigoroso y original, y además muy rico. Pero nadie tenía idea de quiénes eran, de cuál era su procedencia o –más misterioso aún– de qué había sido de ellos.

Con el paso de los años, las teorías se multiplicaron: los cretenses eran egipcios, eran una de las tribus perdidas de Israel, eran los antepasados de los fenicios, de los griegos... Había quien pensaba que Creta era la legendaria Atlántida, cuya población habría emigrado por algún motivo (no explicado) hacia algún otro lugar (inidentificado) en el cual habrían desaparecido (por causas desconocidas). En el fondo de toda esta confusión estaba el hecho de que, cuando inició sus trabajos en Cnoso, el propio Evans no tenía idea de la antigüedad ni de la importancia de la civilización que estaba desenterrando. Pero, cuando empezó a recuperar su enorme botín y a establecer la debida secuencia cronológica de su cerámica, las claves del enigma comenzaron a surgir.

Evans llegó a estas conclusiones: el palacio de Cnoso había sido ocupado durante cerca de mil años; una cultura menos elaborada pero emparentada con aquélla había florecido allí mismo al menos en el milenio anterior, y esta civilización hundía sus raíces en una cultura neolítica cuyos inicios se remontaban otros 3.000 años más. Pero Cnoso no revelaba en qué fechas concretas se había iniciado y terminado esta ocupación de 5.000 años.

Por suerte, era evidente que los cretenses habían mantenido largas relaciones comerciales con Egipto: se han encontrado objetos egipcios en Cnoso, y en Egipto han aparecido numerosas vasijas cretenses. Como ya se había descifrado la escritura egipcia y como los egipcios eran muy dados a grabar sus nombres, fechas y genealogías en todas sus tumbas y monumentos, se disponía ya desde hacía tiempo de una cronología egipcia bastante precisa.

Gracias a ello, se pudo datar los artefactos intercambiados con Creta y consecuentemente los arqueólogos consiguieron asignar unas fechas absolutas a las últimas partes de la secuencia cretense. Su esplendor y su decadencia cubrían la mencionada Edad del Bronce en el Egeo, período que comenzó hacia el 3000 a. de C. con el uso del cobre y el bronce en las islas y que terminó hacia el 1100 a. de C. con la introducción del hierro. Evans llamó "minoica" a esta civilización –en honor a Minos, el mítico rey de Creta– y la dividió en varios períodos y subperíodos.

Según una leyenda griega, Minos había recibido un bello toro blanco para que lo sacrificase al dios Poseidón. Pero a Minos le pareció tan bello que, en vez de sacrificarlo, lo guardó. Esto enfureció al dios, quien decidiría castigar a Minos haciendo que la mujer de éste, Pasífae, se enamorase del toro. Y la pasión de Pasífae por el animal llegó a obsesionarle tanto que persuadió al inventor Dédalo de que le construyese un maniquí en forma de vaca dentro del cual pudiera ella esconderse. De este modo satisfizo su deseo Pasífae, quien de resultas de ello engendraría un monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de toro al que llamarían Minotauro (el toro de Minos). El Minotauro vivió en un oscuro laberinto construido bajo el palacio de Minos en Cnoso, alimentándose de efebos y doncellas enviados por la ciudad de Atenas como tributo a Minos.

Pero entonces –prosigue la leyenda– un joven príncipe ateniense llamado Teseo decidió poner fin al pago del tributo. Ocupó la plaza de uno de los jóvenes destinados a integrar la expedición a Creta y, una vez en la isla, se enamoró de la hija de Minos, Ariadna. Esta le dio un ovillo de hilo para que lo fuera desenrollando a medida que penetraba en el laberinto y pudiera así encontrar el camino de vuelta. Teseo mató al Minotauro y huyó con la princesa. Pero la historia no tuvo un final feliz para Ariadna, que había sacrificado todo por escapar con su aman-

3000 a. C. — 2000 a. C. — 1500 a. C. — 1100 a. C.

BRONCE ANTIGUO	BRONCE MEDIO	BRONCE RECIENTE
CICLADICO ANTIGUO Grotta - Pelo · Ceros - Siros · Filacopi	CICLADICO MEDIO (C)	
MINOICO ANTIGUO	MINOICO MEDIO (B)	MINOICO RECIENTE (D) (E)
HELADICO ANTIGUO (A)	HELADICO MEDIO	HELADICO RECIENTE (MICENICO) (F) (G)

te: en su regreso a Atenas, Teseo la abandonó en la isla de Naxos.

¿Qué pensar de esta leyenda? Antes de que Evans descubriese Cnoso, sólo se podía pensar eso: que era una leyenda. Pero ahora, gracias a los restos del arte minoico, sabemos que el toro desempeñaba un papel importante en la vida y el deporte minoicos, y muy posiblemente en la religión. Es bastante obvio que el laberinto constituye un recuerdo distorsionado del tamaño y la complejidad del palacio de Cnoso, donde un asombrado visitante griego se habría perdido inmediatamente. El tributo de la leyenda puede reflejar un período durante el cual el poderío naval de los minoicos en el Egeo fuese tan dominante que una ciudad micénica de segunda clase como era Atenas llegase a considerar prudente el pagarles un tributo, posiblemente para conseguir ventajas comerciales.

¿Existió realmente Minos? Nadie lo sabe. La mayoría de los expertos creen que la palabra "Minos" se refiere a un título –como la palabra "faraón"– y no a un rey determinado. Si ello es cierto, entonces existieron muchos Minos.

Ariadna es más problemática. Actualmente se piensa que era una diosa de origen minoico, y la leyenda de su abandono en Naxos podría ser una versión romántica de la difusión de su culto en esta isla. Si esta explicación es demasiado vaga, los estudiosos del mito pueden siempre recurrir a una más prosaica: Teseo sería un joven astuto, obsesionado por conseguir el poder en Atenas. Puede que ya tuviera una esposa en esta ciudad, por lo que habría considerado prudente desembarazarse de la princesa minoica abandonándola en una isla al regresar a casa.

Como quiera que se interprete el mito de Teseo, resulta fascinador el hecho de que sea uno de los pocos relatos clásicos que mencionan a Creta, lo cual hizo aumentar el asombro del mundo arqueológico cuando la extraordinaria importancia de la cultura minoica empezó a ser evidente. Durante el presente siglo se han descubierto en Creta otros palacios, así como las ciudades circundantes. Se han identificado lujosas villas campestres, gran número de tumbas e indicios de poblados más reducidos por toda la isla, lo cual indica que la Creta de la Edad del Bronce estaba densamente poblada.

Paralelamente a este reencuentro con esa perdida civilización minoica, la vida en la Grecia continental empezaba a conocerse mejor. Se descubrían y estudiaban constantemente nuevos yacimientos, demostrando que lo que Schliemann había encontrado en Micenas era sólo la cima de un iceberg arqueológico, evidenciando que en el continente había florecido durante varios siglos una civilización comparable a la minoica por su riqueza y por su modo de vida. Por último, un tercer aspecto de este mundo de la Edad del Bronce se ha descubierto en las Cíclades, las pequeñas islas del Egeo dispersas por el mar entre la Grecia continental y Creta.

Los arqueólogos han tenido que encajar todo este material, han tenido que relacionar estas tres líneas históricas entre sí no sólo en el aspecto cronológico sino también en términos de una síntesis cultural que explique tanto las semejanzas como las diferencias mutuas. La tarea es inmensa, pues depende de otras muchas disciplinas, entre otras de la lingüística, la vulcanología, la exploración submarina, la botánica y la datación mediante el carbono radiactivo, así como de estudios meteorológicos de largo alcance y del desciframiento de una lengua hasta entonces ininteligible. Todos estos instrumentos han desvelado el misterio de la cultura de la Edad del Bronce en el Egeo, aunque no del todo; numerosas y fundamentales preguntas no han encontrado todavía las debidas respuestas.

Por ejemplo, nadie sabe realmente quiénes fueron los antepasados de los griegos, de dónde venían ni cuándo llegaron. Hay toda clase de teorías interesan-

tes y plausibles, como también las hay sobre los orígenes y el destino de los minoicos. Lo malo es que un lingüista propondrá un determinado escenario, un vulcanólogo propondrá otro, un especialista en cerámica propondrá un tercero, y un estudioso de Homero y de los relatos clásicos propondrá otro distinto. Algún día todas las pruebas reunidas por esas diversas disciplinas, junto con piezas añadidas que ahora faltan, encajarán entre sí. Pero, por el momento, no encajan perfectamente.

Estando así las cosas, quizá no tenga sentido el preguntarse quiénes fueron los primeros griegos. Tal vez eso no sea tan importante. Tal vez valga más el poder hallar un proceso cultural que explique la aparición de una civilización en el Egeo, sin tener que preguntarse por el lugar del que procedían los protogriegos o por el bagaje cultural que traían consigo cuando llegaron. ¿Y si se llegase a identificar una serie de condiciones que pudieran producir una civilización independientemente de las migraciones de los pueblos? En pocas palabras, ¿por qué surgen las civilizaciones?

Colin Renfrew, arqueólogo británico especializado en la Edad del Bronce en el Egeo, y particularmente en las Cícladas, se hizo a sí mismo esta pregunta básica no hace mucho tiempo, cuando examinaba los enigmas del pasado en el Egeo. ¿Por qué no suponer, se dijo, que nadie tenía que venir de ningún lado, que ya había gente viviendo allí –como lo muestran los restos de finales del neolítico– y que esa gente forjó una civilización?

Por supuesto, ésta no es la manera convencional de abordar dicho problema. La mayoría de los especialistas adoptan un punto de vista difusionista; es decir, intentan explicar el origen de una civilización como la micénica o la minoica intentando identificar las influencias exteriores que la pusieron en marcha: los inmigrantes que importaron ideas o técnicas nuevas, los conquistadores que las impusieron. Pero Renfrew es un consumado antidifusionista. Aunque reconoce la existencia (y la importancia) de las influencias culturales debidas al contacto entre diversos pueblos, no cree que ese contacto determine la aparición de una civilización. Piensa que el despegue de una sociedad con agricultura de subsistencia puede iniciarse a partir de esa misma sociedad si se dan determinadas condiciones.

Antes de analizar esas condiciones, es necesario comprender qué es una sociedad con agricultura de subsistencia. Es una sociedad en la que nadie hace más que lo que necesita para sobrevivir. Sus miembros viven en pequeños poblados dispersos, sobreviviendo gracias a la agricultura, la pesca y la recolección ocasional de semillas y frutos. No existe una estratificación social dentro de la comunidad. La estratificación social depende de la riqueza, la ostentación, los privilegios heredados, las proezas en la guerra; ahora bien, en una sociedad con agricultura de subsistencia no hay privilegios heredados, ni más guerras que pequeñas disputas locales por raptos de animales o de mujeres, ni más riqueza que las diminutas posesiones necesarias para sobrevivir; por tanto, en dicha sociedad no hay estratificación social. Apenas se reservan productos para comerciar con ellos, pues prácticamente no existe el comercio; todo el mundo, en varios kilómetros a la redonda, cultiva y hace las mismas cosas. Apenas se ha dado paso alguno hacia la especialización artesanal; casi todos los miembros de la comunidad saben hacer, mejor o peor, lo que saben hacer los demás. Este tipo de sociedades, una vez han descubierto la manera de sobrevivir cómodamente en el medio en que se encuentran, se asientan con paso firme en la ruta de la supervivencia. Son extraordinariamente resistentes al cambio.

Así pues, ¿cómo se produce el cambio en una sociedad de ese tipo? Esta es la pregunta que se hace Renfrew. Colin Renfrew no está de acuerdo con la

QUIEN ES QUIEN EN HOMERO

La guerra de Troya tuvo lugar hacia el 1250 a. de C., pero el poeta Homero no fue cantándola por Grecia hasta 500 años después. Hoy los especialistas están de acuerdo en que su canto, la *Ilíada,* narra hechos reales aunque deformados e idealizados al transmitirse de unos aedos a otros durante varias generaciones.

Por ejemplo, la historia del caballo de Troya, ofrecido para coger por sorpresa a los defensores de la ciudad, puede ser verdad o puede no serlo. ¿Realmente construyeron los invasores griegos un enorme caballo hueco, lo llenaron de guerreros y simularon hacerse a la mar esperando que los troyanos abriesen sus puertas y lo arrastrasen hasta dentro como trofeo de victoria, asegurándose así su propia derrota? Probablemente no.

A pesar de ello, los protagonistas de la epopeya homérica forman un grupo de héroes fascinantes. Abajo resumimos sus respectivas historias.



Este detalle de un vaso del siglo –VIII, –es decir, contemporáneo de Homero– ilustra la historia del caballo de Troya. El artista abrió el costado del caballo para mostrar que dentro había griegos.

Agamenón: Rey de Micenas. Era el rey griego más rico y poderoso, y por ello fue escogido para encabezar la expedición a Troya. Su codicia y su orgullo ocasionaron una pendencia con Aquiles que casi hizo naufragar la causa griega. Mientras estuvo fuera, su mujer Clitemnestra se buscó un amante y entre los dos le mataron cuando regresó a casa.

Aquiles: Caudillo de un ejército poco importante, aunque fue el combatiente griego más valeroso. Tras una incursión pirata camino de Troya, Aquiles escogió como su parte del botín a la bella Briseida. Pero Agamenón, como jefe de la expedición, la requirió y la consiguió para sí. Aquiles entró en cólera y se recluyó en su tienda, mientras los troyanos vencían a los griegos batalla tras batalla.

Menelao: Rey de Esparta y hermano de Agamenón. Su mujer, la bella Helena, huyó con un joven príncipe troyano, por lo que Menelao pidió a su hermano ayuda para vengarse. Agamenón le respondió organizando la expedición a Troya.

Néstor: Rey de Pilo y probablemente el segundo en la jerarquía griega. Era el caudillo griego de más edad y el más sabio.

Ayax: El más valiente de los caudillos griegos después de Aquiles. De hecho, puede que Ayax viviese en una época anterior y que sus hazañas fuesen tan extraordinarias que los aedos las incluyeran en la historia de Troya.

Ulises: Rey de Itaca, el héroe de la *Ilíada* más complejo e interesante. Fue el favorito de los griegos del período clásico porque –aunque no era el más poderoso– siempre triunfaba por su ingenio. La segunda epopeya de Homero, la *Odisea,* narra los 10 años de aventuras que vivió Ulises cuando intentaba regresar a casa tras la caída de Troya. Su mujer, Penélope, le esperó durante todos esos años.

Príamo: Rey de Troya. Era un anciano incapaz de combatir, pero comprendió que su ciudad estaba sentenciada, que él y sus hijos morirían y que su mujer Hécuba y las demás nobles troyanas serían reducidas a esclavitud.

Héctor: Hijo de Príamo. Era el guerrero troyano más valiente. Mientras Aquiles lamentaba en su tienda la pérdida de Briseida, Héctor condujo a la victoria a los asediados troyanos en una serie de escaramuzas fuera de las murallas de Troya. En una de ellas mató a Patroclo, amigo íntimo de Aquiles, lo cual sacó a éste de su encierro. Aquiles desafió a Héctor a un combate singular y lo mató.

Paris: Hijo de Príamo. Era el bello joven que había sido inducido a escoger entre tres diosas a la más bella. Escogió a la diosa Afrodita, y ésta le recompensó con la seducción de Helena, la mujer más bella del mundo, provocando así la guerra de Troya.

explicación corriente, según la cual el cambio se produce por influencias extranjeras. Esto es una petición de principio, pues sólo soslaya la cuestión: ¿qué influencias extranjeras produjeron a su vez el cambio en la sociedad de esos extranjeros? Más bien, la lógica pide un agitador de algún tipo *dentro* de esa comunidad, algo que la conmueva, que la incite no sólo a hacer las cosas de un modo distinto, sino sobre todo a seguir haciéndolas así. Si esto sucede, entonces se habrá iniciado el primer giro de una espiral ascendente de progreso social; espiral que, caso de proseguir, conducirá a lo que podría llamarse una civilización.

Por supuesto, lo primero que ha de recordarse es que ninguna sociedad, ninguna comunidad por pequeña que sea, puede existir en un vacío. A medida que se presentan nuevas situaciones, se descubren nuevas maneras de enfrentarse a ellas. Unos años pueden ser demasiado fríos; otros, demasiado cálidos; otros, de una extrema sequía; otros pueden traer una epidemia. Para hacer frente a estas amenazas, una comunidad tiene que alterar sus costumbres. Si la cosecha ha sido escasa, entonces tiene que pescar o cazar más. Si la gente se está muriendo por alguna epidemia, entonces hay que aplacar a los dioses con sacrificios, lo cual acarrea un mayor gasto de energía para conseguir comida: la necesaria para los dioses y la indispensable para los hombres. Pero, una vez pasada la tempestad, las aguas tienden a volver a su cauce.

Este es el tipo de precivilización que existía en las tierras ribereñas del Egeo: un mundo estático de pequeñas comunidades agrícolas cuya cultura estaba anclada aún en la Edad de Piedra. No se sabe de dónde procedían aquellos pueblos. Algunos habían vivido allí durante milenios, desplazándose de vez en cuando, cambiando lentamente su modo de vida como respuesta a la atemperación del clima al final del último período glaciar. Si se produjo alguna aculturación, alguna influencia cultural exterior, debió de ser la introducción de la agricultura y la ganadería a partir del Próximo Oriente, donde la gente había aprendido a cultivar la tierra y a criar animales domésticos hacia el año 7000 a. de C. Esta práctica se difundió; y, como la agricultura era superior en algunos aspectos a la caza de animales salvajes y a la recolección de plantas silvestres, acabó desplazando estos ancestrales modos de vida.

Junto con esa práctica, se difundieron también quienes la practicaban. Llegaron al Egeo desde algún lugar más oriental, no se sabe si fue desde Anatolia, desde las zonas montañosas de Persia o bien desde el Mar Negro o el Caspio. Lo cierto es que muchos de los pueblos que recorrieron esta vasta región durante innumerables generaciones estaban emparentados entre sí de alguna manera. Se cree que muchos hablaban una variante u otra de una misma lengua madre: el indoeuropeo.

Y, volviendo a la pregunta sobre quiénes eran los griegos, sólo podemos responder que eran indoeuropeos. Puede que ellos o sus antepasados apareciesen en el Egeo ya en el 7000 a. de C., fusionándose con los cazadores aborígenes. Si ello es cierto, entonces el idioma y el pueblo que luego serían conocidos como griegos habrían nacido en la propia Grecia.

Una tesis contraria a ésta sostiene que los primeros griegos eran intrusos que llegaron desde el este poco después del 2000 a. de C. Si lo cierto fuera esto, los recién llegados hablarían una lengua protogriega.

En cualquier caso, es indudable que se produjo un proceso civilizador. Pero ¿cómo se produjo? ¿Cómo empezaron aquellas gentes a construir ciudades, fortalezas y templos, a crear obras de arte, a forjar una complicada religión y un sistema de escritura?

Para responder a esta pregunta, Renfrew pide primero que el poblado con agricultura de subsistencia típico del final del Neolítico se considere como un

sistema, como un modelo cuyas partes integrantes pueden ser identificadas. Entre esas partes –o subsistemas– hay modelos de relaciones familiares, de propiedad territorial, de culto, de conseguir comida, de producir cosas, de socialización, etc. Es decir, toda comunidad, por simple que sea, puede dividirse en numerosas funciones diferentes, representativas del modo de vida de sus miembros.

Para que se produzca un cambio en el modo de vida, sugiere Renfrew, al menos dos de los subsistemas que constituyen la sociedad deben sufrir la presión de alguna tendencia o influjo. Si la presión no es constante –por ejemplo, si sólo se trata de una mala cosecha–, la tendencia al cambio pasará en cuanto pase la situación de emergencia. Pero si la presión es más sutil y más generalizada, entonces se verán afectados otros subsistemas. Los cambios experimentados por estos subsistemas tenderán a mantener el influjo, lo reforzarán y a su vez se reforzarán ellos mismos. Este proceso de reforzamiento mutuo es bien conocido en el terreno científico y recibe el nombre de "*feedback* positivo", es decir, de retroacción o realimentación positiva. Un ejemplo de ello en el Egeo sería el desarrollo de la vid y el olivo: ambos fueron introducidos en los subsistemas alimentarios de la región a partir de plantas silvestres nativas en el 3000 a. de C., o tal vez antes.

La vid no desempeñaba al principio un papel importante en el subsistema alimentario. Las uvas no eran muy nutritivas ni susceptibles de ser almacenadas, a diferencia de lo que ocurría con cereales de uso general como el trigo o la cebada. Sin embargo, resultaban deliciosas al paladar. Además, crecían en las abruptas laderas del sur del país en las que era difícil cultivar cereales, proporcionando así a la comunidad un recurso alimentario alternativo en terrenos que previamente apenas tenían valor alguno. Aún más, pronto se supo que el zumo de las uvas podía conservarse en cántaros, donde fermentaba y se transformaba en un líquido cuyo sabor era diferente del que tenía el zumo fresco, líquido que hacía sentirse diferente a quien lo bebía.

No es raro que todos estos factores juntos hicieran que se dedicasen cada vez más energías al cultivo y recolección de las uvas, produciendo efectos secundarios inesperados en otros subsistemas de la comunidad.

Por ejemplo, pudo estimularse el trueque entre gentes que no tenían uvas o vino pero deseaban tenerlos a cambio de trigo, pescado, vasijas o cualquier otro producto extra que pudieran reunir mediante un esfuerzo suplementario. A su vez, los viñadores, que solían vivir en zonas pedregosas y escarpadas, serían incitados a producir más uvas para conseguir los cereales que tan escasamente producía su terreno. El trueque de productos conduce a la elección de un lugar en el que puedan desarrollarse regularmente tales intercambios –es decir, a establecer un mercado– y, consecuentemente, a diversos cambios en la estructura física de las comunidades: creación de plazas públicas, de lugares de almacenamiento, etc.

A nivel social, la cordialidad que da el vino pudo modificar los hábitos de la comunidad, fomentando el que los hombres se sentasen amigablemente a beber y charlar. La bebida en grupo pudo fomentar (y realmente fomentó, como lo prueba la arqueología) la fabricación de copas elegantes. Y esto, a su vez, habría acelerado los comienzos de la división del trabajo en la comunidad, ofreciéndose a los distintos aldeanos diferentes especialidades artesanales según las aptitudes, intereses y oportunidades de cada uno. Por supuesto, el oficio de alfarero no puede existir donde no se producen alimentos suficientes para dar de comer a quien se dedique a ese oficio. Pero cuando los agricultores empiezan a ver las ventajas de reservar sus excedentes para intercambiarlos por otros productos, entonces los alfareros ya pueden ser alimentados.

Este lagar, de hacia el 1600 a. de C., se encontró en los alojamientos para el servicio de una villa de Vatipetro, en la Creta central. Los racimos se echaban a la gran tina de la derecha y luego se pisaban con los pies descalzos. El jugo de las uvas estrujadas salía por la espita hacia el recipiente que hay a su lado. La vasija mayor podía usarse para que en ella fermentase el mosto.

Al desarrollarse las especialidades artesanales, el intercambio y el comercio cobrarían un nuevo ímpetu, aumentando la importancia de la localidad en la que se encontraba el mercado. La administración de esta localidad caería bajo el control de los individuos más poderosos, más justos o más emprendedores del lugar; al principio sería para ordenar el intercambio, pero luego se convertiría en una señal de prestigio y acabaría ejerciéndose como si fuera un derecho.

Mientras tanto, los efectos intoxicadores del vino debieron de llegar pronto a oídos de los aldeanos. Y el hecho de que les emborrachase les habría llevado a atribuir al vino un poder místico. Tal poder habría tenido consecuencias religiosas e incluso pudo afectar al subsistema religioso de la comunidad. Sin duda, algo de este tipo debió de ocurrir, pues en la religión griega clásica había un dios del vino; o, más exactamente, un dios de la dimensión emocional e incontrolada del hombre que es liberada por el vino: el dios Dioniso. En su honor se celebraban a menudo bacanales a base de danzas, bebida y sexualidad.

Un único estímulo, la vid, produjo numerosos resultados. Es en esa multiplicidad de consecuencias, en el estímulo de un subsistema por otro, donde Renfrew encuentra la energía impulsora, el incentivo mutuamente reforzante que propicia la retención de los cambios y que así proporciona un clima favorable a cambios nuevos. Renfrew llama a este fenómeno "efecto multiplicador". El apelativo es realmente feliz, pues los cambios multiplican la oportunidad de nuevos cambios, acelerándose todo el sistema a medida que funciona.

Algo parecido podría decirse del olivo y de la introducción de los metales, que también aparecieron en Grecia y el Egeo hacia el año 3000 a. de C. Los metales, en particular, habrían estimulado los oficios y el comercio, e indudablemente dieron un tremendo empujón a un proceso más sutil: la evolución del concepto de riqueza y la aparición de clases sociales.

Esta conclusión debe ser explicada, pues en una sociedad como la nuestra, orientada a la posesión, es difícil imaginar una comunidad en la que no existiese el concepto de riqueza. Imaginemos una sociedad donde apenas hay excedentes, donde no existen las distinciones sociales basadas en la propiedad, pues todo lo que un hombre posee es puramente utilitario. Las vasijas de arcilla, los instrumentos de piedra, las esterillas y los demás enseres domésticos que tiene no los ha acumulado por su valor artístico, no los considera artículos de valor sino necesidades. Nadie se pavonea por la calle por tener una vasija de arcilla. Pero si alguien posee una copa bellamente decorada, que tal vez sea mejor que las de sus amigos, o si ha ahorrado lo suficiente para comprar una punta de lanza o un puñal metálicos o incluso un pequeño adorno, entonces estas cosas cobran un valor especial para él y poco a poco empieza a medir mediante ellas su riqueza y a esperar que los demás hagan lo mismo.

Como señala Renfrew, no es fácil comprender la relación entre los objetos materiales y los valores o las actividades sociales. No obstante, es de ahí de donde procede la energía necesaria para la interacción de los subsistemas. Los objetos y los valores están íntimamente relacionados porque el hombre, en sus actividades, los relaciona atribuyendo un valor social y simbólico a los productos materiales, estimulando así una amplia serie de actividades que satisfacen sus necesidades y aspiraciones. Al nivel más primitivo, esas actividades fomentan enormemente el ahorro, que constituye una protección contra las fluctuaciones en la adquisición de alimentos. A una escala más amplia, proporcionan el combustible emocional y competitivo que mueve el motor civilizador. Deseando conseguir más cosas, los hombres se esfuerzan más, explotan al máximo sus capacidades físicas e intelectuales. Y son estos esfuerzos los que engendran una civilización: esa singular



invención humana cuyo efecto general es poner un escudo protector entre el hombre y las fluctuaciones de la naturaleza.

Esta interpretación no implica que el proceso civilizador sea un fenómeno directo de causa a efecto. No es que A encienda a B, el cual a su vez dispare a C, y así sucesivamente. Más bien, el proceso es el resultado de una complicada interacción entre numerosos elementos de un sistema social, cada uno de los cuales obtiene sutiles impulsos de *feedback* de los otros y a su vez estimula a los demás. El ejemplo del efecto estimulador del cultivo de la vid ha sido presentado aquí de un modo excesivamente simplificado; de hecho, forma parte de un conjunto mayor y más complejo de fuerzas estrechamente relacionadas entre sí. El fermento civilizador bullía indudablemente en muchos otros subsistemas de la economía neolítica antes de que apareciese la vid. Es casi seguro que había una cierta estratificación social en las comunidades, indicada por un respeto creciente hacia la riqueza y, consecuentemente, por la acumulación de posesiones entre aquellos cuya superioridad empezaba a fraguarse. Estas posesiones no servían sólo para la ostentación personal, para recordar al dueño y a todos los demás su importancia; servían además para dar regalos, esos magnánimos gestos personales que constituyen una parte tan importante del comportamiento de los individuos superiores.

El comercio –por sorprendente que resulte– existía también en el mundo egeo mucho antes de que apareciesen el olivo, la vid o los metales. Así lo prueba la distribución de la obsidiana, roca volcánica muy dura y de textura fina que permitía fabricar excelentes cuchillos y raspadores. El comercio de la obsidiana se remonta al 7000 a. de C. Un rasgo notable de esta roca es que sus características varían ligeramente de un lugar a otro, por lo que los análisis de laboratorio pueden determinar de dónde proceden los diver-

sos fragmentos. La mejor obsidiana del Egeo se extraía de la isla de Melos, y hoy aparecen tanto en la Grecia continental como en Creta utensilios hechos con ella. Así pues, es evidente que se comerciaba con obsidiana, y ésta tendría que cambiarse por excedentes obtenidos en otros lugares, tal vez por cerámica o por lana.

Cualquiera que fuese el intercambio, lo cierto es que al principio el proceso de *feedback* era débil y lento. Hasta que entraron en escena el olivo, la vid y los metales, no se progresó demasiado, no se dieron muchas ocasiones para trocar productos ni para acumular riquezas, para presumir ante los demás o para hacer regalos a los visitantes. Pero esos tres productos comercializables empezaron a hacer sentir su presencia en las islas del mar Egeo hacia el año 3000 a. de C. Desde entonces, la riqueza y la cultura aumentaron a un ritmo cada vez mayor, culminando unos 1.500 años después en las brillantes sociedades de los palacios minoicos y micénicos, sociedades que asombrarían al mundo cuando Schliemann y Evans empezasen a desenterrar los primeros vestigios de las mismas.

En la época de los palacios, por supuesto, las artes y los oficios egeos habían alcanzado un alto desarrollo, y estaban concentrados bajo el control de burocracias centrales firmemente dirigidas. Un palacio era una mezcla de residencia real, almacén, lugar de culto, palacio de justicia, centro social y oficina de contabilidad. En el transcurso de su evolución, pasó de ser un centro en el que unas pequeñas aldeas efectuaban el trueque a ser un gran centro de redistribución rígidamente controlado.

Hemos de subrayar la palabra "redistribución", en particular el prefijo "re-". Cuando la gente se reunía para trocar sus productos, ya no lo hacía según sus necesidades o sus caprichos, sino según las necesidades o los caprichos de su soberano. Gran parte o toda la producción de un artesano o un campesino –así como la correspondiente retribución– era regulada y probablemente poseída por el palacio, *re*distribuyéndose según costumbres y leyes estrictas dictadas por el palacio. Dichas costumbres, respaldadas por la religión hasta un punto que desconocemos, se harían poco a poco ancestrales y honorables. La gente las aceptaba –como aceptaba su humilde puesto en esta vida– sin discusión.

¿Cómo adquirieron los soberanos este poder y de qué manera lo perpetuaron? Probablemente surgió de las mismas tendencias que llevaron a ciertos hombres –fueran sacerdotes, matones o parlanchines– a encargarse del trueque primitivo al nivel de aldea; tal vez surgió al reunirse compradores y vendedores y conseguir un lugar seguro de reunión para sus tratos; o tal vez surgió mediante intimidación. Fuera como fuese, algunos poblados neolíticos estudiados por los arqueólogos muestran signos de que –ya en el 6000 a. de C.– existía una gran casa del jefe, rodeada por edificios más pequeños apiñados unos junto a otros. Este fue, sin duda, el antepasado remoto del tipo de palacio mencionado.

A medida que acumulaban riquezas y desarrollaban un cierto sentido de su propia importancia, los jefes se aferraron a sus prerrogativas, alimentando su propio orgullo, envidiando a sus vecinos y probablemente codiciando sus riquezas. Con los objetos de valor atesorados en los centros de las aldeas, los combates debieron de hacerse mucho más frecuentes de lo que habían sido cuando la idea de riqueza ni siquiera existía.

Para mantenerse en el poder, un jefe tenía que saber imponerse ante los suyos, usar de la diplomacia con los demás y sobre todo ser un buen combatiente. Era, pues, inevitable que el desarrollo del concepto de riqueza se viese acompañado por la aparición de una aristocracia de guerreros. Estos jurarían fidelidad al guerrero supremo, o rey, estableciéndose intrincadas relaciones de dependencia mediante la per-

tenencia a un clan, los lazos de sangre y el intercambio de regalos. El jefe otorgaba favores a sus parientes y amigos, y además premiaba la lealtad.

En consecuencia, el concepto de poder establecido fue instaurado poco a poco, conferido a un soberano y transmitido a través de él y de los miembros de su familia, por medio de una jerarquía de nobles y sacerdotes, de jefes militares y administradores regionales y locales, hasta los niveles más bajos de la sociedad. Las clases inferiores tenían así una imagen ordenada de lo que podían esperar en la vida, además de protección en las épocas turbulentas.

El producto final de este proceso de *feedback,* insólito pero lógico, fue la fortificación de ciudades. Se trataba de un esfuerzo colectivo que tenía que ser dirigido por una autoridad central y que requería un trabajo enorme, una planificación cuidadosa y un compromiso de varios años. Y ese esfuerzo se hizo cada vez más necesario en un mundo progresivamente más peligroso debido a la interacción de las fuerzas de *feedback.*

Pero estamos simplificando demasiado –tal vez peligrosamente– un modelo civilizador descrito por Colin Renfrew con gran detalle. Es un modelo sumamente persuasivo y de una evidente coherencia interna. Pero ¿responde a la realidad? A este respecto, Renfrew nos invita a observar las civilizaciones en cuestión para ver qué elementos de las mismas apoyan o refutan sus teorías.

En general, su modelo se mantiene en pie. Los tres hilos culturales que surgieron en el mundo egeo –el *cicládico* (en las islas pequeñas), el *minoico* (en Creta) y el *heládico* (en la Grecia continental)– parecen haberse desarrollado en gran parte cada uno a su aire. (La palabra "heládico" procede del nombre griego de Grecia: "Hellas".) Las fases de la cultura heládica que se hallan comprendidas entre el 1600 y el 1100 a. de C. suelen llamarse *micénicas.*

Estas tres culturas se realzaron mutuamente y experimentaron influencias extranjeras. Por ejemplo, el torno del alfarero y el concepto de escritura fueron importados, como lo prueba el que ambos inventos se conociesen ya antes en otros lugares. Pero tales avances no hicieron más que avivar un fuego que ya estaba encendido. Los emprendedores alfareros cicládicos simplemente incorporaron la nueva técnica del torno y así hicieron una mejor cerámica de estilo cicládico.

¿Y qué hay de la teoría según la cual la vid y el olivo desempeñaron un papel decisivo en poner en órbita el proceso civilizador egeo? Una manera ingeniosa de resolver este problema sería contando el número de poblados que se establecieron en las diversas partes del mundo egeo durante la época en que ambos cultivos empezaron a imponerse, suponiendo que una elevación del nivel cultural debería de ir acompañada (como ocurre, de hecho, normalmente) de un considerable crecimiento demográfico.

Y en esto observamos un hecho sorprendente. Admitiendo cuán difícil es para nosotros identificar *todos* los pequeños poblados que había en el Egeo hace 5.000 ó 6.000 años, sin embargo, es posible hacernos una idea bastante aproximada de la distribución y el crecimiento de la población contando –y después comparando– el número de comunidades que *han sido* identificadas en las diversas regiones de ese mundo. Una vez hecho esto, surge un modelo muy sugestivo.

En el norte de Grecia, cuyos productos agrícolas más importantes eran el trigo y la cebada cultivados en extensas llanuras, el número de poblados sólo creció en un 50 % aproximadamente durante los 1.500 años transcurridos entre el 4000 y el 2500 a. de C. Por el contrario, en la parte sur del mundo egeo –es decir, en el archipiélago de las Cíclades, en el sudoeste del Peloponeso y en Creta– el número de poblados se quintuplicó durante ese mismo período.

Es un dato estadístico frío pero significativo. Resulta obvio que se progresaba mucho más en el sur, donde crecían la vid y el olivo, que en el norte, donde era difícil su cultivo. El campo en el sur era escarpado y accidentado: un terreno variado que se prestaba a una economía agrícola mixta. Y el clima era bueno. En consecuencia, la vid y el olivo se hicieron enormemente importantes en las economías del Egeo sur, y toda esta región fue progresando. Los yacimientos arqueológicos así lo testimonian: abundantes tinajas para almacenar aceite y vino, copas de beber, prensas de aceite y numerosos indicios de vid y olivo inmortalizados en el arte local descubierto.

El influjo de ese tercer elemento impulsor de la civilización que fueron los metales puede detectarse también mediante la arqueología. Los metales determinaron un gran aumento del comercio y la riqueza. Ello es evidente por el rápido incremento del número, el valor y la variedad de objetos funerarios encontrados en las tumbas. En conjunto, el tercer milenio antes de nuestra era en el Egeo –del que tan poco se sabía hasta no hace mucho y del que durante tan largo tiempo los eruditos pensaron que había sido atrasado y bárbaro– está empezando a verse como algo muy distinto de eso. Fue, de hecho, un período extraordinariamente vivo. Y, de los tres hilos culturales que forman la civilización egea, el más vigoroso en un principio fue el cicládico.

La razón de ello aún no está clara. Pudo deberse al emplazamiento: las islas Cíclades podían comunicarse fácilmente entre sí, con la Grecia continental, con Anatolia. O pudo deberse a que las Cíclades eran pequeñas: en una isla pequeña, la aparición de una ciudad como el elemento dominante de la misma podía producirse más rápidamente que en el continente o en una isla tan grande como Creta, donde se debieron producir enfrentamientos políticos a una escala más amplia y virtualmente más compleja (y quizá más virulenta). La primitiva centralización de la autoridad habría determinado la creación de un sistema redistributivo central, el desarrollo de una jerarquía controladora, una más rápida evolución de la especialización artesanal y el auge del comercio.

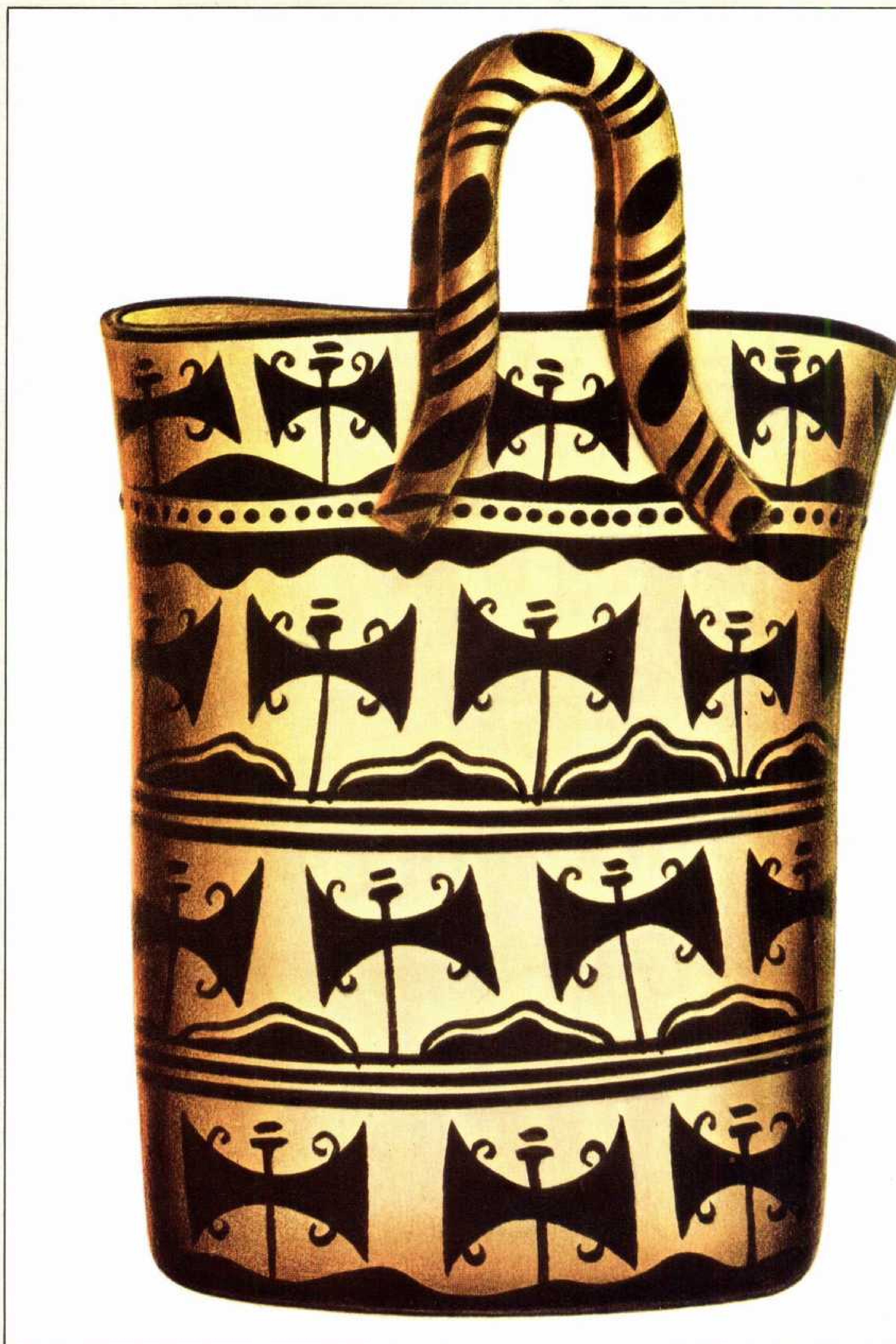
Por estas razones, las Cíclades han de considerarse en primer lugar; y no sólo para ver qué aspecto cobró en ellas la civilización de la Edad del Bronce, sino también para someter a prueba el modelo de Renfrew: ¿pudo desarrollarse esta civilización por las razones que Renfrew sugiere?

La cerámica egea nos narra la historia

Sólo un arqueólogo profesional puede apreciar verdaderamente la decisiva importancia de la cerámica para explicar las culturas y acontecimientos prehistóricos. La arcilla buena abundaba en todo el mundo mediterráneo antiguo, y pronto se inventaron técnicas para hacer vasijas cociéndolas en hornos. Cuando las vasijas se deterioraban o se rompían, eran desechadas. Pero los cascos –o pedazos rotos– eran tan duros como la piedra y se acumulaban rápidamente bajo los suelos de tierra o sobre los escombros de las ciudades. Por ello todos los sitios arqueológicos antiguos contienen gran cantidad de ellos.

Cuando se excava un sitio arqueológico, se recogen todos los cascos y se registran cuidadosamente los diferentes niveles en los que aparecieron. Hecho esto, un experto puede reconstruir la secuencia cultural de un determinado lugar observando los cambios de forma y ornamentación a medida que penetra en niveles más profundos y consecuentemente en épocas más antiguas. A veces se puede incluso reconstruir toda una vasija a partir de sus pedazos.

Esta técnica ha permitido a los arqueólogos delimitar las diversas etapas de la evolución cultural en el Egeo, donde todas las secuencias de la cerámica pueden hacerse corresponder entre sí con cierta precisión; así se descubre no sólo qué características presentaba la cultura en diversos lugares, sino también en qué orden se desarrollaban los hechos. Las ilustraciones de las páginas siguientes esbozan esa historia mostrando una selección de objetos de cerámica desenterrados en las Cíclades, en Creta y en la Grecia continental. (Los dibujos se basan en originales depositados en museos; las dimensiones se refieren a la altura, salvo cuando se indica otra cosa.)



Diseñado como una moderna cesta de la compra, este recipiente de cerámica, que data de hacia el 1500 a. de C., está decorado con una serie de dobles hachas, motivo típico de la cultura minoica. Tiene unos 20 cm de altura y tal vez se inspiró en un prototipo de cuero.

Bronce Antiguo: 3000-2000 a. C.

CICLADICO ANTIGUO

En sus primeras etapas, la cerámica del Cicládico Antiguo se caracterizaba por la incisión de motivos triangulares o en espiga (dos primeras piezas, a la derecha). Luego se popularizaron los diseños circulares o en espiral (piezas tercera y cuarta). Al final de este período predominaron los recipientes pintados, dibujándose motivos geométricos oscuros sobre fondos claros (dos últimas piezas). La píxide, o cajita con tapadera, era muy común, pero su uso es incierto; aquí se muestran tres. El cuarto recipiente –del que mostramos la parte inferior, que está decorada– se suele llamar "sartén", pero nadie conoce su función; hay quien sugiere que, lleno de agua, servía como espejo.



Píxide (11,5 cm)



Tinaja (19 cm)

MINOICO ANTIGUO

Los alfareros del Minoico Antiguo prefirieron el barniz de colores a los motivos incisos. A veces usaban un motivo de líneas tenues (primera pieza) para hacer que una copa de cerámica se pareciese a una de madera. La segunda pieza refleja una tendencia del Minoico Antiguo: motivos oscuros muy marcados, sobre fondo claro. Las piezas tercera y cuarta, de loza jaspeada, son también minoicas, semejando manchas de color. Los dos últimos objetos son ritones, es decir, vasijas rituales. Solían llenarse de líquidos por la cabeza. Pero los orificios por los que el líquido se decantaba dependían de la vasija: en el toro, el líquido salía por la boca; en la última figura, por los pechos.



Copa (21,5 cm)



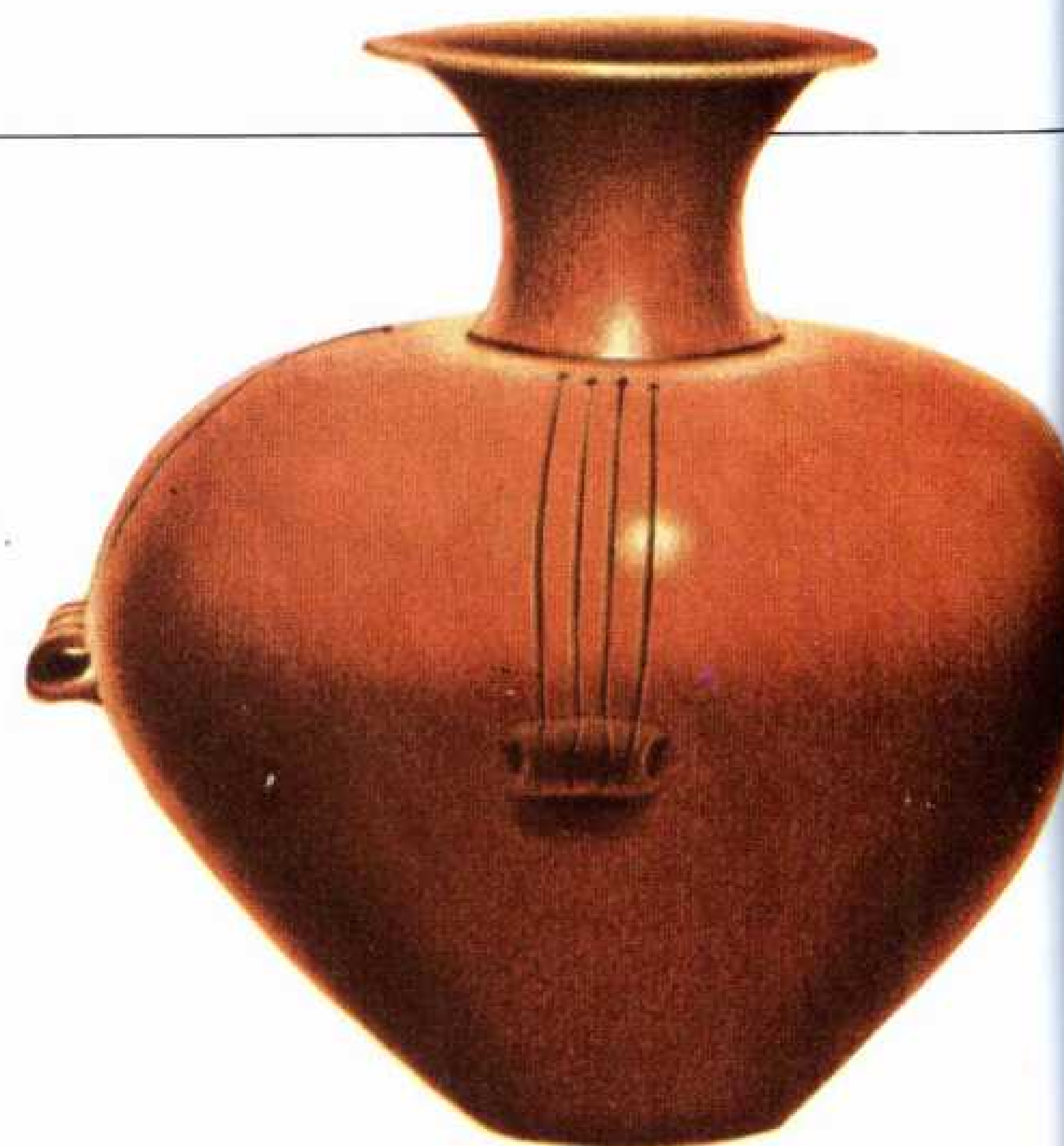
Jarro (28 cm)

HELADICO ANTIGUO

A diferencia de los estilos cicládico y minoico antiguos, los primeros ejemplares del Heládico Antiguo no estaban decorados. En vez de ello, los heládicos desarrollaron la cerámica de Urfirnis, que se obtenía dando a las piezas un baño de arcilla líquida muy fina. Una vez cocidas, cobraban una superficie lustrosa que brillaba como el metal. Estos cuatro primeros objetos tienen ese acabado Urfirnis. Al final del Heládico Antiguo se difundieron los motivos pintados (dos últimos objetos). La cerámica del Bronce Antiguo solía hacerse a mano, el torno del alfarero se conocía en todo el Próximo Oriente, pero aún no se había difundido por el Egeo.



Anfora (45 cm)



Anfora (66 cm)


Píxide (7 cm)


"Sartén" (21 cm, diámetro)


"Salsera" (15 cm)


Píxide (5 cm)


"Tetera" (14 cm)


Jarro (23 cm)


Ritón (20 cm)


Ritón (18 cm)


"Salsera" (10 cm)


Jarro (21,5 cm)


Jarra (20 cm)


Taza (11,5 cm)

Bronce Medio: 2000-1500 a. C.

CICLADICO MEDIO

Después del 2000 a. de C., cuando la influencia de Creta se extendía por el archipiélago, la cerámica de las Cíclades se convirtió en una mezcla de las antiguas tradiciones isleñas con los estilos minoicos introducidos. Al principio, el impacto minoico se reflejó en el predominio de las formas dibujadas sobre las incisas, aunque los motivos tradicionales se conservaron (tres primeras piezas). Después, sobre todo en la isla de Tera (tres últimas piezas), los vibrantes y policromos diseños minoicos dominaron la cerámica de las islas, aunque los alfareros locales eran aún libres para crear sus propias formas. Un ejemplo de esa independencia es la fuente oblonga, forma encontrada sólo en Tera.



Tinaja (27 cm)



Plato (23 cm, diámetro)

MINOICO MEDIO Y RECIENTE

Durante el Bronce Medio, el torno del alfarero se usaba ya generalmente en el Egeo, fomentando la creación de formas más atrevidas. Los artesanos minoicos empezaron a producir la famosa cerámica de Camares (cuatro primeras piezas), profusamente decorada, con dos o tres colores sobre un fondo oscuro. La taza es una cerámica sumamente fina y delicada. El jarro ejemplifica el "estilo floral", que al final del período sería eclipsado por las estrellas de mar, las caracolas y las algas del "estilo marino"; a este estilo pertenece el gracioso ritón de la derecha, de una fecha posterior, pero que continúa dentro de las tradiciones decorativas del Minoico Medio.



Tinaja (20 cm)



Tinaja (50 cm)

HELADICO MEDIO

La "cerámica minia" fue el producto más común de la Grecia continental al comienzo del Bronce Medio. Creada a semejanza de las vasijas metálicas, más valiosas, tenía una superficie lisa normalmente gris (primera pieza) pero a veces negra (segunda pieza) o amarilla, según el tipo de arcilla usado. Sin embargo, el gusto heládico, siempre conservador, volvió inmediatamente a las vasijas pintadas en mate (cuatro últimas piezas más a la derecha), mucho menos vistosas que los animados motivos cicládicos y minoicos. Las tazas con dos asas son típicas del Heládico Medio y constituyen una de las poquísimas formas introducidas por los alfareros del continente.



Copa (19 cm)



Taza (10 cm)


Jarro (30,5 cm)


Fuente (46 cm, longitud)


Colador (21,5 cm)


Trípode (29 cm)


"Frutero" (54 cm, diámetro)


Taza (12 cm, diámetro)


Jarro (25,5 cm)


Ritón (33 cm)


Tinaja (89 cm)


Anfora (25 cm)


Taza (10 cm)


Tinaja (31 cm)

Bronce Reciente: 1500-1100 a. C.

CICLADICO RECIENTE

Tras el colapso de los palacios cretenses hacia el 1450 a. de C., la influencia minoica en la cerámica cicládica –que había sido un rasgo dominante en todo el Bronce Medio– disminuyó, y los alfareros de las pequeñas islas se vieron expuestos a un segundo asalto estilístico vigoroso: el micénico. Durante todo el Bronce Reciente, los emprendedores mercaderes micénicos introdujeron su cerámica por todo el mundo egeo. Para luchar contra esta competencia, los alfareros cicládicos siguieron trabajando, pero empezaron a perder el sentido de su propia identidad artística. La cerámica de las islas desapareció como estilo distinto; no existe una secuencia de cerámica en el Cicládico Reciente.

MINOICO RECIENTE

Cuando el gran palacio de Cnoso fue ocupado por los invasores micénicos, la cerámica cretense experimentó un brusco cambio, como si los micénicos hubieran controlado el alegre "estilo marino" (doble página anterior) e impuesto sus propias preferencias. El resultado fue el llamado "estilo del palacio" (tres primeras piezas). Aunque son obras delicadas, rezuman un formalismo y una pomposidad que tal vez reflejen el carácter de la propia sociedad micénica. Con el paso del tiempo, los alfareros minoicos fueron perdiendo inspiración. Aunque todavía podían concebir obras audaces, su ejecución se hizo demasiado estilizada, con detalles a menudo simplemente esbozados.



Tinaja (68,5 cm)



Jarro (49,5 cm)



Tinaja (96,5 cm,

MICENICO (HELADICO RECIENTE)

Libre de influencias exteriores, la cerámica micénica suele ser de una factura excelente y de una concepción más libre e imaginativa que las piezas minoicas de entonces. Por primera vez, los objetos de cerámica de forma y diseño popular se fabricaron en gran cantidad para satisfacer la demanda del mercado. Una importante contribución micénica a la cerámica fue la introducción de la figura humana como elemento principal de sus diseños. Otra notoria innovación fue la copa de cuello largo y estrecho (pieza tercera). Los motivos que evocaban el mar todavía gustaban en gran manera: Argonautas (primera pieza), sepias (tercera) y pulpos (cuarta y sexta).



Tinaja (54 cm)



Crátera (37 cm)

Los usos a los que las gentes egeas destinaban su cerámica son a menudo evidentes: copas para beber, jarros para verter, tinajas para almacenar. Sin embargo, el propósito de algunos objetos desafía toda interpretación y deja un exasperante hueco en este gran *puzzle* que intentan resolver los arqueólogos.

¿Se utilizaba realmente para servir pescado la "fuente" de la página 35? ¿Era un frutero el objeto que hay bajo ella? Nadie lo sabe. Y es evidente que la pequeña píxide o cajita con tapadera, tan ampliamente usada durante el Cicládico Antiguo, estaba destinada a contener algo; pero ¿qué? Si esa cajita tan común servía para guardar objetos de adorno (cuentas de vidrio, prendedores metálicos, joyas), ello significaría que las mujeres cicládicas eran muy dadas a los adornos personales. Pero, si era realmente un joyero, ¿entonces por qué terminó su popularidad en un período posterior durante el cual las mujeres cicládicas debieron de preocuparse aún más por el propio adorno? La llamada "sartén" de la página 33 no era en absoluto un utensilio de cocina; de serlo, no habrían decorado su fondo. Igualmente enigmática es la "salsera" con tres picos que hay a su lado. ¿Acaso era un recipiente ritual que se pasaba de mano en mano, bebiendo cada uno por su pico?

El proceso especulativo que surge de cuestiones como éstas muestra el enorme camino que aún han de recorrer los especialistas para solucionar los enigmas planteados cuando los arqueólogos excavan intentando penetrar en el pasado. Y subraya por qué se ha empezado a conceder tanta importancia al estudio detallado del lugar: cuando se encuentra una determinada pieza, los objetos que la acompañan y la frecuencia con la que aparece pueden ser tan significativos como la forma de la pieza misma.


Jarrón (28,5 cm)


Crátera (24 cm)


Píxide (15 cm)

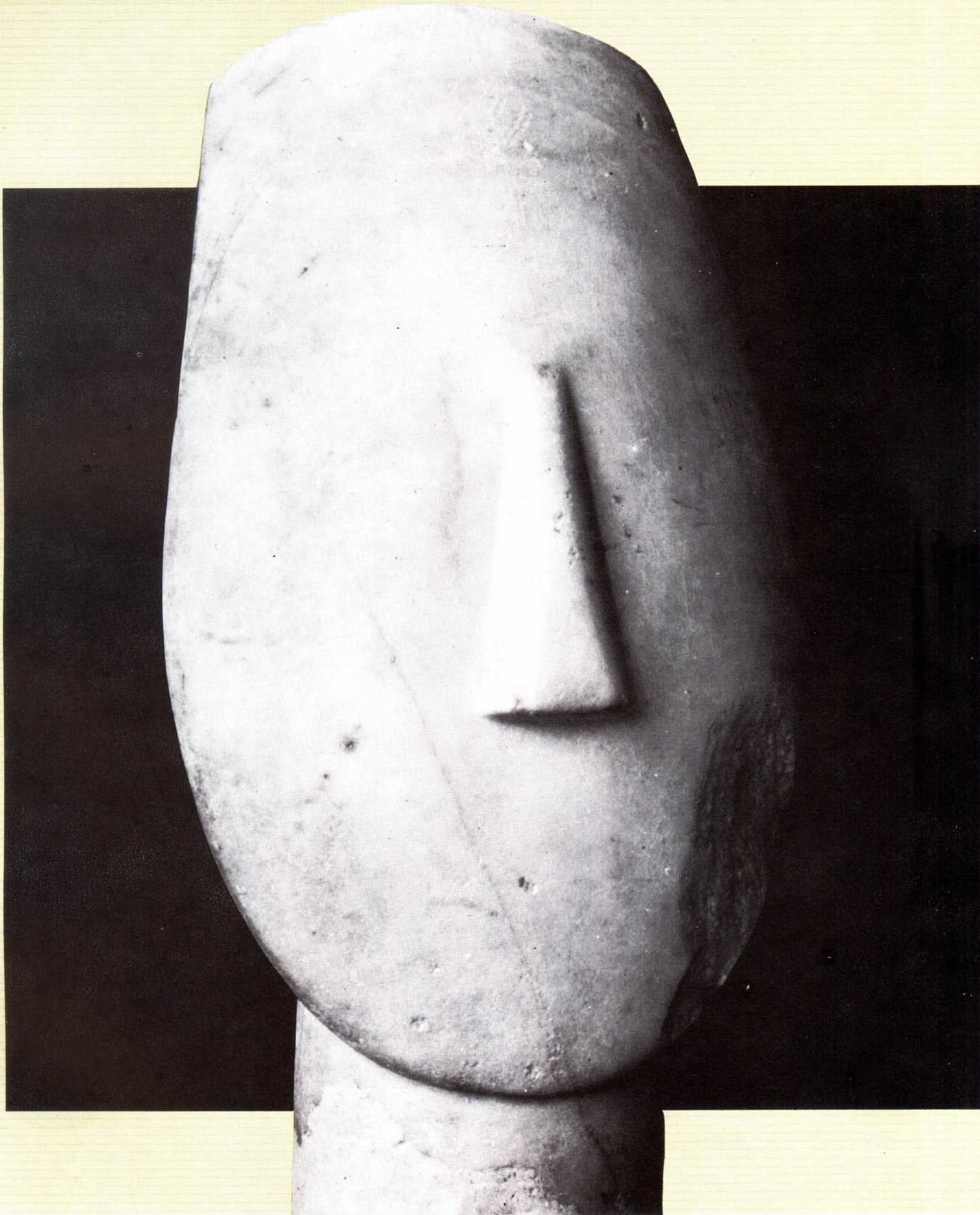

Copa (19 cm)


Embudo (37,5 cm)


Crátera (35,5 cm)


Tinaja (26 cm)

Capítulo segundo: Las Cíclades en la Edad del Bronce



Prolongando por el sudeste la península del Atica, se encuentra una guirnalda de pequeñas islas esparcidas por el Egeo. Son las Cíclades, los picos de antiguas montañas que emergen del mar. Vistas desde un reactor a unos 9.000 m de altitud, parecen hojas secas flotando sobre una placa de un azul brillante. La mayor de ellas mide 32 km de longitud, menos aún que una isla como Ibiza. Las más pequeñas apenas miden 6 u 8 km. Entre las intermedias está Melos, que mide 20 km de longitud y cuenta con unos 5.000 habitantes. Durante siglos su población ha fluctuado según las tendencias generales del Egeo, pero nunca ampliamente. Podía acercarse a los 5.000 habitantes cuando el célebre historiador ateniense Tucídides era un niño.

Tucídides vivió hace unos 2.400 años, lo que le hace bastante más próximo en el tiempo a nosotros que al primer pueblo establecido en Melos; y ello no deja de resultar curioso, si se piensa que solemos considerar a Tucídides un "griego de la Antigüedad".

Tucídides fue un aristócrata ateniense que combatió como comandante en jefe en la guerra del Peloponeso, la larga lucha que enfrentó a Esparta y Atenas. Tras perder una batalla, fue relevado del mando y dedicó el resto de su carrera a escribir una historia de la guerra. En ella describe el aniquilamiento de Melos por los atenienses en el 416 a. de C. También teorizó –con gran inteligencia– sobre los orígenes de los griegos. Pero sus teorías distan mucho de la verdad. No podía imaginar, como tampoco podían imaginarlo sus contemporáneos, que los antepasados de los habitantes de Melos se habían establecido en la isla hacía casi 4.000 años.

Nada permite datar con precisión esa primera ocupación de la isla. Ya en el 7000 a. de C. iba gente a Melos en busca de obsidiana, pero esto lo sabemos por haberse hallado obsidiana de Melos en otros lugares. En la propia Melos –de hecho, en todas las Cíclades– la más antigua prueba de ocupación humana data del 4000 a. de C. Puede que se haya establecido alguien allí antes de esa fecha; e incluso es lógico que así haya sido, pues es difícil admitir que la visitasen durante 3.000 años sin que nadie decidiese quedarse allí. Pero los arqueólogos no han encontrado aún pruebas sólidas que lo demuestren.

Y aquí surge una ardua pregunta: ¿de dónde procedían esos primeros colonos? ¿Del oeste o del este, es decir, de la Grecia continental o del Asia Menor? Lo más razonable parecería que hubiera sido del oeste. Desde lo alto del cabo Sunion, escasos kilómetros al sur de Atenas, se puede ver una cadena de islas diseminadas por el mar. En los días claros se recortan nítidamente contra el azul de las aguas y parecen extraordinariamente próximas. Sin duda, debieron de atraer a los hombres de finales del Neolítico que vivían en la costa de la Grecia continental. Aunque los primeros navegantes eran reacios a perder de vista la costa cuando navegaban –prefiriendo la navegación de cabotaje–, cubrieron largas distancias con sus primitivos barcos. Tenía que parecerles fácil el ganar la más próxima de las Cíclades, que apenas dista 20 kilómetros. Podían llegar hasta ella remando en sólo medio día.

Desde esta primera isla cicládica, Ceos, se extienden muchas más en todas direcciones. Una vez iniciado el establecimiento humano en una de ellas, es prácticamente seguro que hubo de difundirse poco después por las demás. Y de estos establecimientos sucesivos surgió la llamada cultura cicládica.

La cabeza de la izquierda, procedente de la isla de Amorgos, es un ejemplo típico de las enigmáticas figurillas creadas por los escultores cicládicos del Bronce Antiguo. Mide 35 cm de altura y formaba parte de una estatua de cuerpo entero, casi de tamaño natural. Constituye un hallazgo excepcional, pues la mayoría de los varios cientos de estatuillas descubiertas en las Cíclades no alcanzan ni un tercio de este tamaño.





Los escultores cicládicos de la Edad del Bronce usaban morteros de piedra como el de arriba para triturar los colores, guardándolos luego en veneras como la de la derecha. Con ellos teñían las figurillas de mármol, que –al igual que, posteriormente, las estatuas del período clásico– solían pintarse con vivos colores para indicar los rasgos faciales, collares, color de la piel e incluso tal vez tatuajes. Esta costumbre es confirmada por restos de rojo y azul que aún se encuentran adheridos a algunas figurillas cicládicas.

Por supuesto, al principio la cultura de las Cícladas era idéntica a la cultura continental de la que había brotado y que estaba aún en la Edad de la Piedra. Pero en las islas esa cultura empezó a marchar por su propio camino. Es difícil precisar en qué momento llegó a ser identificable como cicládica y determinar cuándo pasó de ser una economía de subsistencia a constituir una auténtica civilización. Esas fronteras evolutivas son muy difusas; después de todo, el paso de los primates antropoides al hombre no se produjo en una sola generación. Si tomamos una fecha arbitraria en un yacimiento arqueológico cicládico –por ejemplo, el 2500 a. de C.–, ¿encontramos una civilización? Planteada así, esta pregunta no puede ser contestada categóricamente.

Es evidente que las sociedades palaciegas que conocieron su apogeo en Creta mil años después merecen el calificativo de "civilización", pues poseen los tres requisitos considerados indispensables por la mayoría de los especialistas: 1) ciudades grandes, de al menos 5.000 habitantes; 2) un idioma escrito, y 3) una religión estatal, con palacios o centros religiosos monumentales.

Durante el Bronce Antiguo, las Cíclades no cumplían estos requisitos. No tenían un idioma escrito, carecían de palacios o centros religiosos monumentales, y probablemente sus ciudades estaban bastante por debajo de esos 5.000 habitantes. No obstante, sería injusto decir que estaban sin civilizar. Más bien, requieren una definición de "civilización" que sea mejor y más flexible, y Colin Renfrew ha propuesto una: "La creación gradual por el hombre de un medio ambiente mayor y más complejo, no sólo en el campo natural, aumentando la explotación de una mayor gama de recursos, sino también en los campos social y espiritual." Esta definición fue formulada por Renfrew para distinguir la cultura cicládica del Bronce Antiguo y la cultura minoica que floreció en Creta durante el Bronce Medio, con una fecha divisoria hacia el 1700 a. de C. Pero también es útil para describir el desarrollo histórico de las Cíclades, en particular si insistimos en la palabra "gradual".

Gradual sí lo fue. Ese desarrollo se fue acelerando durante más de un milenio; pero incluso en sus primeras fases conocidas, emitió destellos propios de una civilización naciente.

La arqueología moderna divide la cultura cicládica en tres fases distintas. La primera se llama cultura de Grotta-Pelo, nombre que deriva de dos sitios –uno en la isla de Naxos y otro en la de Melos– excavados por los arqueólogos. La cultura de Grotta-Pelo, que se desarrolló entre los años 3100 y 2600 a. de C., se encuentra en el umbral mismo de la Edad del Bronce. Puede considerarse como la puerta de acceso desde el viejo mundo egeo de la Edad de la Piedra al nuevo mundo de los metales, del comercio en expansión y de una avanzada civilización.

Los poblados de la cultura de Grotta-Pelo han sido detectados en muchas islas de las Cíclades. Eran pequeños y generalmente estaban próximos a la costa. Las gentes de esta cultura habían abandonado la vieja costumbre neolítica de enterrar a sus muertos bajo el piso de sus casas o en los estrechos callejones que las separaban. Ahora usaban ya cementerios, emplazados en sitios que se hallaban algo más lejos de la costa, a menudo en un declive del terreno detrás de la aldea. Empezaron a esmerarse más en sus enterramientos, haciendo las sepulturas con losas de piedra dispuestas en el suelo de manera que formasen cavidades semejantes a tumbas en torno a los cadáveres. Estas sepulturas, llamadas cistas, no asoman por encima del suelo. Para los arqueólogos, dicha costumbre ha resultado ser muy provechosa. Gracias a ese paramento de piedra, las tumbas de Grotta-Pelo son tan duraderas como discretas. Gracias a la larga duración de esta cultura, son sumamente numerosas. Y gracias, en fin, a la escasez de objetos metálicos entre los materiales funerarios enterrados con el muerto, numerosos sepulcros sobrevivieron hasta el siglo XX sin ser saqueados.

Desgraciadamente, esa larga protección se ha interrumpido en nuestra época. La avidez por coleccionar cerámica de Grotta-Pelo, y en particular las exquisitas figurillas de piedra típicas de la cultura cicládica, ha producido un alza especulativa de su valor y un pillaje implacable de los cementerios de Grotta-Pelo. En consecuencia, la posibilidad de que los profesionales analizasen ciertos yacimientos valiosos ha desaparecido para siempre en muchos lugares, como ha desaparecido una gran cantidad de esqueletos cuya reconstitución y estudio habría proporcionado un inapreciable cuadro sobre las variaciones en tamaño y forma de un pueblo desaparecido hace tiempo, un cuadro de toda una población.

A pesar de ello, ha sobrevivido una gran cantidad de material de Grotta-Pelo. El recipiente más característico de esta cultura es una pesada escudilla de cerámica con un grueso borde superior ligeramente vuelto hacia dentro. Los recipientes de este tipo son de color oscuro y superficie bruñida; es decir, se alisó la arcilla frotándola con un guijarro o con algún otro instrumento, no sólo para darle un aspecto más atractivo sino también para disminuir su porosidad antes de la cocción. Durante la Edad del Bronce en el Egeo fueron apareciendo y desapareciendo estilos de cerámica muy variados. Merece la pena detenerse en los estilos de Grotta-Pelo, y en otros ilustrados en las páginas 31-37, aunque sólo sea para comprender la importancia de la cerámica en la interpretación de las secuencias culturales del pasado.

Además de vasijas, las tumbas de Grotta-Pelo proporcionan collares de cuentas hechas con piedras locales, así como recipientes de piedra con formas diversas que de nuevo siguen un estilo egeo más que un estilo egipcio o del Próximo Oriente. Estos recipientes están hechos casi siempre de mármol, a veces con extremidades y pechos humanos grabados en relieve sobre sus caras exteriores.

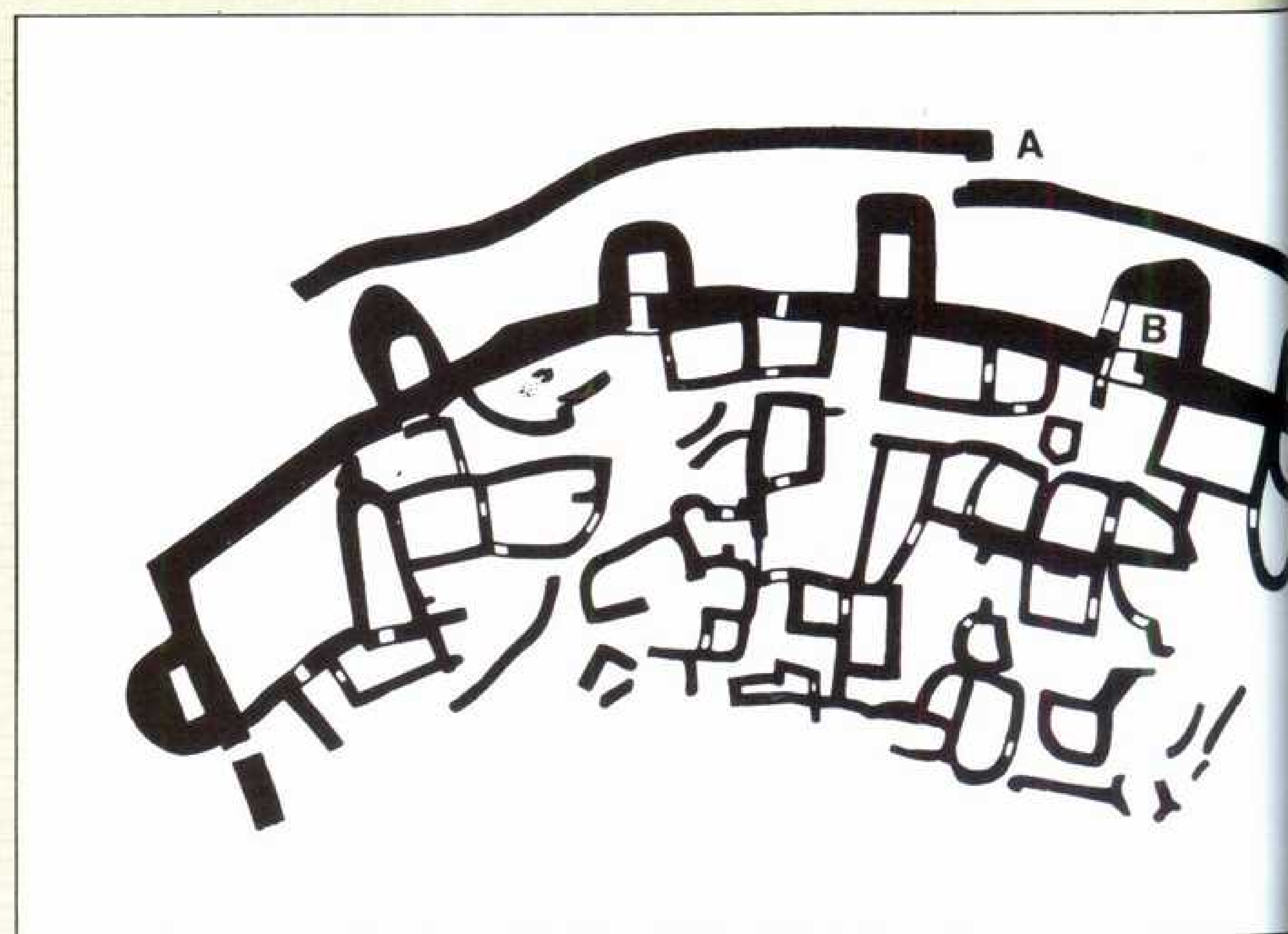
Es evidente que resultaba mucho más difícil hacer una copa de mármol que una de arcilla y que, por tanto, aquélla poseía mucho más valor. Es uno de los muchos mensajes que nos transmiten las tumbas de Grotta-Pelo: quienes podían permitirse el lujo de poseer copas de mármol las apreciaban; cuando mo-

rían, se reconocía su alto rango en la comunidad y se enterraban con ellos estas valiosas posesiones suyas; las personas de menos importancia se enterraban con objetos de menos valor. Así pues, es evidente que se estaba formando ya una sociedad estratificada entre las gentes de Grotta-Pelo, que poseían una religión altamente evolucionada, que la riqueza se estaba empezando a acumular y que conocían ya una cierta división del trabajo (como lo prueba el progreso de las artes y oficios). Aquí radican las fuerzas, claramente reveladas por estas sencillas tumbas, que conducirían hacia las espléndidas sociedades palaciegas del milenio siguiente.

La vid y el olivo florecían ya en la cultura de Grotta-Pelo, pero apenas hay pruebas del tercer catalizador cultural: los metales. Aunque la fundición de metales se estaba abriendo paso ya en el mundo de la Edad de la Piedra, en el 3000 a. de C. sus técnicas apenas habían penetrado en el Egeo. A su debido tiempo, la fundición iría penetrando a medida que se descubrían en las islas y en el continente yacimientos explotables de cobre, plomo, plata y arsénico.

No todos los minerales son puros. Los primeros fundidores, naturalmente, ignoraban esto. A menudo trabajaban con varios compuestos metálicos de cuya verdadera naturaleza no estaban seguros. Lo único que podían decir es que el mineral de un determinado yacimiento daba mejores resultados que el de otro.

Por ejemplo, el mejor mineral de cobre contenía algo de arsénico y permitía obtener un metal más duro y valioso que el que se obtenía del cobre puro, aunque los fundidores primitivos no sabían por qué. Lo único que podían hacer era buscar este cobre "mejor" y usarlo. Por desgracia, el arsénico que contenía era un veneno mortal; su fundición debió de causar una tasa de mortalidad sumamente elevada entre los metalistas. Este peligro puede haber determinado el avance de la metalurgia, cuando los fundidores intentaron hallar sustitutos menos letales



Esta planta muestra las partes más importantes de una antigua ciudadela de Calandriani, en la isla de Siros. Tales fortificaciones empezaron a erigirse en las Cícladas después del año 2500 a. de C. como protección contra los piratas. La ciudadela se alzaba frente al mar, sobre una escarpada colina a cuyos pies hallaba cobijo la población. Su muro principal (línea gruesa) poseía seis cubos donde los defensores podían apostarse para hacer caer una lluvia de proyectiles sobre los atacantes en cuanto éstos franqueaban el muro exterior, que era más pequeño, o se deslizaban por la única abertura practicada en él (A). La entrada principal (B) era tan estrecha que los atacantes sólo podían entrar de uno en uno. Las formas irregulares del interior de la fortaleza son cimientos de casas.

mezclando cobre con plata e incluso con plomo. Pero estos intentos estaban condenados al fracaso: los compuestos resultantes eran o demasiado quebradizos o demasiado blandos para poder usarlos. La Edad del Bronce no se puso realmente en camino hasta que se descubrió que la mejor aleación de todas era la producida mezclando cobre y estaño.

El cobre abundaba en la parte oriental de Chipre y en otras muchas islas y regiones circundantes del Egeo, pero el estaño debía ser sumamente raro. Aunque en el Próximo Oriente se producían pequeñas cantidades de estaño, sigue siendo un misterio de dónde procedía la mayor parte del mismo. Se ha sugerido que los griegos minoicos y micénicos pudieron viajar hacia el oeste para explotar los depósitos de España y Gran Bretaña, pero nada prueba que realmente lo hicieran.

En el año 2500 a. de C. existía un intenso comercio de metales por todo el Egeo. La cultura de Grotta-Pelo se había marchitado y había sido sustituida por otra, que floreció entre los años 2600 y el 2300 a. de C. Esta nueva cultura, denominada de Ceros-Siros según dos islas cicládicas, se distingue de sus precursoras por un amplio uso de los metales, con la consecuente riqueza y ostentación general. Vistas desde hoy ambas culturas, la de Grotta-Pelo parece famélica y depauperada, mientras que la de Ceros-Siros da impresión de abundancia.

Las aldeas se hicieron más grandes y existen indicios de un cierto control administrativo, en función de la distribución central de productos. Las tumbas empezaron a ser más elaboradas, y comenzó a haber objetos funerarios más diversos y refinados. Aparecieron dos nuevas formas de cerámica: la copa con asa y la "salsera" (un recipiente con un asa en un lado y un pico en el otro, es decir, un jarro en embrión). También por primera vez, las tumbas y las viviendas empiezan a contener abundantes objetos de metal: puntas de lanza, puñales y una amplia variedad de adornos. Las ruinas de una fortaleza de Calandriani, en la isla de Siros, han proporcionado una bella diadema de plata con imágenes de estrellas, pájaros y otros animales taladrados en la superficie de la misma.

Si hubiera alguna duda sobre el papel desempeñado por los metales en el desarrollo del comercio y de la cultura, Ceros-Siros la disiparía. En Ceros-Siros hay pruebas de un claro aumento del lujo y la riqueza, y además un cierto sentido de su propio alcance y poder. Grotta-Pelo era una cultura localista, ensimismada; Ceros-Siros no. Su estilo se extendió por todo el Egeo y alcanzó incluso la Grecia continental, Creta y Anatolia. Era un mundo que conoció un comercio activo y las Cíclades estaban estratégicamente situadas cerca de su centro, promoviendo los intercambios con toda su periferia.

El precio de este progreso –tal como lo exige el modelo del profesor Renfrew– fue el que se produjeran mayores enfrentamientos y más combates. En los antiguos poblados con economía de subsistencia, los combates debían ser breves, provocados por robos o insultos a nivel local, y probablemente nunca se producían entre más de dos comunidades vecinas. Las armas que usaban los aldeanos eran hondas (como lo prueban los numerosos proyectiles de piedra o de arcilla encontrados en los yacimientos más antiguos) y lanzas (como lo prueban las puntas de lanza metálicas descubiertas).

Ahora las armas de metal dieron a la sociedad de Ceros-Siros un aspecto nuevo y más peligroso. Apareció por primera vez el puñal, que pronto crecería hasta convertirse en un terrible agente destructor: la espada de bronce. Y surgieron los primeros guerreros. Los hombres podían ya emprender correrías sistemáticas esperando hallar un botín valioso en los poblados vecinos. Los pueblos a los que atacaban tenían que defenderse, y lo hicieron fortificándose.



Las vasijas con formas animales estaban muy difundidas por el Egeo durante la Edad del Bronce. Esta pieza, de 12 cm de altura, fue descubierta en la isla de Siros y parece que representa un oso o un erizo. Sus rasgos se han perfilado con una pintura negra brillante sobre la arcilla natural. El cuenco que sostiene el animal pudo servir para guardar miel.

La plaza fuerte de Calandriani, en la isla de Siros, es un claro ejemplo. Aún se pueden ver allí los restos de una firme muralla, con seis cubos sobresaliendo de ella a intervalos para facilitar la defensa. Es evidente que ya había caudillos locales capaces de organizar el trabajo de los demás ofreciéndoles a cambio seguridad. En el interior de este muro defensivo están los cimientos de un revoltijo de pequeños edificios, lo cual prueba que la ciudadela, a pesar de no tener ni 50 metros de diámetro, estaba habitada –tal vez servía como cuartel general del jefe– y podía ofrecer protección a los demás miembros de la comunidad, que vivían en los alrededores, en caso de invasión.

La aparición de numerosas fortificaciones en la cultura de Ceros-Siros prueba la creciente amenaza de tales invasiones, como también lo prueba el que –después del año 2000 a. de C.– comenzase a disminuir el número de poblados en las Cíclades. De nuevo, la temprana culminación de la cultura cicládica (en relación con la de Creta o la de la Grecia continental) pudo estar relacionada de alguna manera con la rápida consolidación del poder en cada una de las islas pequeñas bajo un poblado-fortaleza central. Parece lógico que este proceso se viese acelerado por el crecimiento de la riqueza y por el compañero inseparable de ésta: la piratería. La piratería no florece donde no hay riqueza; es un subproducto del comercio, del familiarizarse con el mar, de la construcción de mejores barcos, de la codicia. Favorece el desarrollo de menos pero más poderosos poblados y proporciona a estos poblados el poder necesario para embarcarse en incursiones de piratería.

Dados los milenios transcurridos –y dada la ausencia de nombres, de relatos, personalidades y sucesos, del más mínimo fragmento de historia escrita e incluso de la sombra de un mito–, es poco lo que sabemos de estas comunidades cicládicas. ¿Era cada isla su propia fortaleza, considerando a las demás

como posibles presas o como depredadores según fuera su poder? ¿O, más bien, eran todas aliadas? ¿Se dedicaban los magnates de las islas a la piratería entre ellos como medio de vida, acelerando así la evolución de sus propias fortalezas? ¿O, por el contrario, podemos considerar a las islas como simples comunidades dedicadas al comercio que intentaban vivir en paz entre sí y resistir los furiosos ataques de otros pueblos lejanos?

En cierto sentido, esta última idea podría ser calificada de expansionista. Pero parece más razonable pensar que la piratería, como otros avances culturales de las islas (y en este contexto la piratería debe ser considerada como un tipo de avance), era originaria de las islas, no importada. Sin embargo, la arqueología no nos dice respecto a ello nada seguro. Lo único que podemos hacer es seguir bosquejando el esquema general del desarrollo cicládico.

Ceros-Siros, a su vez, empezó a decaer y fue suplantada por la cultura de Filacopi, así llamada por una ciudad de la isla de Melos. Esta cultura duró aproximadamente del año 2300 al 2000 a. de C.

Aunque las tres fases culturales cicládicas sean distintas y muestren claras diferencias en su cerámica y en otros atributos culturales, debe subrayarse su continuidad. Se introducen algunas cosas nuevas; pero muchas otras simplemente continúan. Por ejemplo, las vasijas de pico cocidas y otros objetos de cerámica hallados en Filacopi están claramente emparentados con formas más antiguas encontradas en Ceros-Siros; ambas siguen una misma dirección y se desarrollan a partir de ella.

Ignoramos de dónde procedía el estímulo creador de esos objetos nuevos o de esos nuevos desarrollos. ¿Fueron el resultado de un estímulo externo importado por los comerciantes? ¿Reflejaban modas nativas cambiantes o eran creación de innovadores locales? ¿Señalan el paso (o tal vez el establecimiento) de extranjeros? Nadie puede saberlo. En cualquier caso, Filacopi es notable por dos cosas: introdujo en las Cíclades las tumbas excavadas en la roca y produjo el único asentamiento humano conocido del milenio III a. de C. suficientemente grande para merecer el nombre de ciudad. Filacopi fue construida a lo largo del borde de un acantilado que domina el mar. En su apogeo, pudo albergar varios miles de habitantes. ¿Por qué no llegó a convertirse en una ciudad aún más rica y compleja, en un auténtico centro palaciego?

Es una pregunta fascinadora pero desesperante. El meollo de la misma está en el tamaño de la isla. Después del 2200 a. de C., probablemente a causa de la piratería, el número de poblados cicládicos disminuyó. Los más pequeños desaparecieron; los que sobrevivieron se hicieron mayores y mejor fortificados. Algunos se desplazaron hacia el interior de la isla. Todo ello sugiere sólo una cosa: piratería. Filacopi fue una población superviviente –y posiblemente una población caníbal–, transformándose en la mayor y más poderosa de los alrededores. Pero Filacopi estaba situada en una pequeña isla donde escaseaba la tierra cultivable. No podía crecer más allá de sus propios límites. Sus artes y oficios, sus recursos locales, no podían ser explotados más allá de un cierto punto dentro del marco tecnológico y social de la cultura en que existía. Para transformarse en una ciudad más compleja habría tenido que encontrar una base más amplia que sostuviese esa complejidad.

Tal vez se podría enunciar aquí esta ley: en igualdad de circunstancias, el nivel último al que puede aspirar una cultura está determinado por el tamaño y la riqueza de la región –o, más exactamente, por el tamaño del sistema redistributivo– en la que opera dicha cultura.

El Egeo es un claro ejemplo de esta ley. La cultura cicládica –que floreció en pequeñas islas, con sistemas redistributivos de tamaño insular– no podía lle-

gar más allá de donde llegó. En otros lugares con clima y condiciones de vida similares pero con regiones limítrofes mucho mayores –por ejemplo, Creta y el sur de Grecia–, el proceso no se detuvo. De hecho, lo que sucedió es que Creta estaba empezando a extenderse y acabó engullendo a Filacopi. No hay pruebas arqueológicas a favor ni en contra de que los minoicos conquistasen esta ciudad cicládica. Más bien, dicha conquista fue cultural, es decir, artística y simbólica. Los vigorosos y personales estilos de cerámica típicos de Filacopi estaban siendo invadidos por influencias minoicas. Hacia el año 1700 a. de C., los estilos autóctonos habían desaparecido prácticamente. Las Cíclades se estancaron culturalmente, confiando la antorcha de la civilización egea a los minoicos y los micénicos.

Sin embargo, durante el milenio largo que duró el Bronce Antiguo, ¡cuán vigoroso fue ese pequeño mundo de las Cíclades! Viajando hoy por el archipiélago en uno de esos barcos que tienen parada hasta en la más pequeñas de las islas, aún podemos hacernos una idea de cómo debía de vivirse allí hace más de 4.000 años. Aún se ve el mismo azul del mar, los mismos picos montañosos recortándose contra el azul del cielo; la diferencia más clara es que sus laderas están más erosionadas y deterioradas, que su vegetación se ha reducido a un raquítico matorral. En otro tiempo estaban cubiertas de bosques, y el suelo era rico y productivo.

El clima es delicioso. Unas veces, la bruma marina hace que se desdibuje el horizonte. Otras, el aire es claro y límpido. La mayor parte del tiempo soplan brisas. Sólo en los pequeños valles encajonados en el interior el calor se hace asfixiante durante la canícula. De vez en cuando estallan tormentas. En verano suelen llegar desde el norte; los vientos arrecian durante días y obligan a los botes de pesca a permanecer en puerto. En invierno, el temporal suele arremeter desde el sur, silbando sobre las cadenas montañosas; y aunque nunca hace un frío intenso –sólo hiela o nieva en las cimas de las montañas más altas–, es un frío que puede calar hasta los huesos. Las casas tienen paredes de piedra que exudan frío y humedad como ya debió hacerlo la primera casa de piedra construida en las islas.

Las casas cicládicas eran pequeñas; a menudo sus habitaciones no medían ni 2 m de longitud, dejando sólo espacio para uno o dos camastros y para poco más. Las paredes del primer período mostraban la piedra desnuda; las posteriores, como ocurre en las casas actuales de las islas, estaban enlucidas y a menudo pintadas. Las modernas aldeas de las Cíclades resplandecen con sus casas enjalbegadas. La madera sólo se usa en puertas y ventanas; hay muy poca y no se puede desperdiciar. Antiguamente abundaba en las islas, y pudo usarse en la superestructura de los edificios –pisos altos de madera o de ladrillo, sobre cimientos de piedra– y para las vigas del techo. Las casas eran probablemente acogedoras también en invierno, dada la abundancia de leña.

La vida diaria giraba en torno a la pesca y el comercio con los vecinos, tanto con los de las islas próximas como con los de la Grecia continental, con quienes las Cíclades mantuvieron relaciones estrechas y al parecer frecuentes. Las gentes del interior se dedicaban al cultivo de la vid y el olivo, a la cría de cabras y ovejas, a la explotación del bosque, a tejer y a oficios especializados como la cerámica y el trabajo de los metales.

Los isleños no eran sólo intermediarios entre los distintos países que comerciaban; además exportaban sus propios productos. Había yacimientos metálicos en algunas de las Cíclades. Cada isla producía su propio vino local. Naxos y Paros eran famosas por la calidad de su mármol. En consecuencia, los isleños poseían lo que hoy llamaríamos una balanza comercial favorable, y llegaron a prosperar. A media-



Se cree que este objeto de piedra, que mide 15 cm de altura y fue descubierto en Melos, es una maqueta de un granero cicládico. Al estar dividido en varios compartimientos, podía almacenar diferentes materiales al mismo tiempo. Los pilares que lo alzaban sobre el suelo protegían el grano contra la humedad y los roedores, problemas eternos de las sociedades agrícolas.

dos del milenio III a. de C., las principales ciudades de las islas más grandes habían crecido probablemente hasta tal punto que podían desempeñar toda una serie de actividades; la vida seguía su curso al ritmo de las estaciones, curso interrumpido sólo por la guerra y la piratería.

En caso de una incursión enemiga, si la ciudadela estaba bien fortificada y disponía de suficiente agua y alimentos, los habitantes, cogidos por sorpresa, se refugiaban en ella. Contemplaban con la mayor impasibilidad posible cómo quemaban y saqueaban sus casas, cómo asolaban sus campos, cómo se llevaban su ganado y sus barcos. Mientras esperaban a que se fuesen los invasores, ya estaban maquinando cuándo y cómo llevarían ellos una incursión de represalia un año o dos después.

De nuevo, no hay manera de saber qué tipo de alianzas establecieron entre sí los pequeños reinos isleños de la Edad del Bronce. Puede que un jefe supremo consiguiera de vez en cuando reunir varias islas bajo su poder a fin de organizar incursiones mayores contra los demás o expediciones comerciales más ambiciosas y pacíficas hasta lugares más lejanos. Lo cierto es que los isleños cambiaban de residencia frecuentemente. A pesar de las luchas, las gentes se conocían y se mezclaban libremente entre sí. Culturalmente, vivían en un mundo de incipiente riqueza, de incipiente lujo, de incipientes aspiraciones sociales y políticas. El potencial humano era la principal fuente de energía. Aún no se conocían los molinos de viento, que en siglos posteriores se alinearían sobre las cordilleras de las islas como si fueran enormes centinelas; el grano se molía a mano con una primitiva muela de piedra. Aún no había caballos; las cargas las transportaban los hombres o quizá los bueyes. Teniendo en cuenta la enorme cantidad de piedras extraídas de las canteras, labradas y colocadas en su lugar para formar hasta las más sencillas fortificaciones de las Cíclades, el número de

horas de trabajo necesarias debió de ser realmente formidable.

Es difícil evaluar la cosmovisión de aquellos isleños. Básicamente eran pragmatistas, que se procuraban sustento en un medio bastante hostil; eran respetuosos con la riqueza y el poder que empezaban a propagarse en su sociedad, suspicaces con los extranjeros, reacios al cambio. En contrapartida a esto último, solían ser bastante emprendedores, y su visión del mundo era tanto más amplia cuanto más estratégico fuese el lugar que ocupaban en el mismo: estaban en la encrucijada de todas las influencias culturales y fuerzas políticas de aquel mundo.

Pero eran mucho más que pragmatistas. El filósofo alemán Ernst Cassirer escribía en 1944 en su *Ensayo sobre el hombre:* "El hombre vive en un universo simbólico [del cual] forman parte el lenguaje, el mito, el arte y la religión. Estos elementos son los diversos hilos que tejen la... enmarañada tela de la experiencia humana... La realidad física parece retroceder a medida que avanza la actividad simbólica del hombre. En vez de habérselas con las cosas propiamente dichas, el hombre está, en cierto sentido, conversando constantemente consigo mismo."

Es una sabia observación. Cuanto más avanza el hombre y cuanto más complejo se vuelve el medio humano, tanto más se inunda de símbolos su mundo. Posteriormente tiende a desligarse de los asuntos prácticos y a preocuparse cada vez más de abstracciones creadas por él mismo. Las ceremonias religiosas, por ejemplo, llegan a ser más importantes que el recoger habas. Es decir, *parece* que son más importantes, y ocupan un lugar más elevado en el pensamiento de los miembros influyentes y refinados de una sociedad. Uno de tales miembros de la sociedad deja de recoger habas y transmite este trabajo a un miembro de menos rango, pudiendo desde entonces dedicar así su aguda mente a cuestiones más profundas.

Estas tendencias pueden detectarse ya en el hombre de las Cíclades. Estaba acostumbrado no sólo a pensar, sino también a actuar simbólicamente. Entre otras cosas, sus actividades económicas empezaban a requerirlo así. Si el jefe de una isla tenía que encargarse de recoger y distribuir los productos, y en particular si tenía que ajustarse a una larga tradición para hacerlo equitativamente –tantos productos para éste por prestar tal y tal servicio, tantos para aquel otro por un derecho heredado–, entonces había que llevar la cuenta de todas esas transacciones meticulosamente, sobre todo si implicaban almacenar los productos durante largo tiempo o diferir los pagos.

En una palabra, se necesitaba llevar registros. El hombre de las Cíclades no sabía leer ni escribir; de hecho, carecía de un sistema de escritura. Sin embargo, podemos dar por sentado que sabía llevar registros de algún tipo y –lo que es igual de importante– medir cosas con cierta exactitud. Los sellos grabados con la marca personal del propietario permitían indicar la propiedad. Las vasijas muestran indicios de un sistema numérico. Y aunque el uso de pesas no se ha establecido directamente para las primitivas Cíclades, sí lo ha sido para la Troya II, que fue contemporánea de la cultura del Cicládico Antiguo. Schliemann descubrió varios pares de barras de plata cuyo peso se correspondía tan exactamente que era obvio que se usaban como patrones de peso. De hecho, cuatro de ellas, tras 4.000 años de oxidación parcial, no diferían ni en tres gramos. Para un pueblo analfabeto, esto testimonia un impresionante grado de civilización.

La noción de medida aparece en otro ámbito: el de la religión. Las figurillas de piedra –que son quizá la principal contribución artística de las Cíclades– están esculpidas, como afirma la especialista americana Patricia Preziosi, según proporciones muy precisas de la cabeza respecto al torso y del torso respecto a las piernas. Son los más antiguos objetos de

arte conocidos que buscan esta regularidad de proporciones, y en cuanto tales preconizan el énfasis en la armonía matemática característico de las estatuas griegas clásicas.

El significado de las proporciones no se entiende. De hecho, no se entienden las propias figurillas. Son uno de los grandes enigmas de la Edad del Bronce en el Egeo. Se encuentran por todo el archipiélago, pero no aparecen en ningún otro sitio a no ser como importaciones de las Cícladas. Descienden de formas neolíticas más primitivas, pero en manos de los escultores cicládicos se transforman en pequeños y esbeltos personajes desnudos, la mayoría mujeres; son de una sencillez extrema, que hace pensar en las esculturas de Brancusi, y de una extraña belleza que hoy seduce a los amantes del arte. Aunque no siempre fue así. Cuando un arqueólogo alemán descubrió en 1885 la cabeza mostrada en la página 38, la describió como "repulsivamente horrible".

El tamaño de las figurillas cicládicas varía entre 5 cm y 1,5 m; las mayores (que son las más escasas) son las primeras esculturas monumentales exentas hechas en Europa. Su porte es majestuoso. Tienen una cabeza oval, ligeramente inclinada, en la que por lo general sólo se bosqueja la nariz, aunque a veces también la boca. En ninguna se han esculpido los ojos. Algunas figurillas representan a músicos: un tañedor de lira sentado, un flautista de pie. Pero el modelo más frecuente es un personaje de pie con los brazos plegados. Los brazos nunca están cruzados, sino apoyados contra el pecho, con el brazo derecho habitualmente bajo el izquierdo.

¿Quiénes son? ¿Qué significa esta pose? Nadie lo sabe realmente. Es evidente que eran muy estimadas, pues la mayoría se han descubierto en tumbas junto con otras valiosas posesiones del difunto. Además, algunas se partieron y fueron reparadas cuidadosamente, lo que indica cómo las apreciaba su propietario en vida.

¿Eran diosas, imágenes que habían de ser veneradas por derecho propio? Tal vez, aunque se sospecha que no. Es más probable que fueran figuras votivas, imágenes de propiedad privada, estimadas por ciertos individuos y enterradas con ellos cuando morían, como hoy se pueda enterrar un crucifijo o un rosario con su dueño. La posesión de una figurilla puede incluso haber sido una señal de rango social, como podía serlo para un Medici el poseer una madonna de Botticelli: una sutil mezcla de exhibición personal y devoción religiosa.

Pero esta hipótesis es poco sólida. La verdad es que no se sabe casi nada de la religión del mundo cicládico. Al igual que los micénicos y los minoicos, los habitantes de las Cícladas no crearon grandes templos o ídolos. Su religión era una cuestión personal, a pequeña escala. Parece ser que algunos pájaros y árboles poseían una significación sagrada. Pero ignoramos quiénes eran los dioses cicládicos, cuáles fueron sus nombres y atributos, cómo eran venerados.

Podría parecer que los habitantes de las Cícladas se preocupaban por el más allá, dado el número de objetos de valor enterrados con los muertos. Pero incluso esta conclusión es probablemente falsa. En vistas del creciente énfasis en el rango y la riqueza característico de la vida egea durante la Edad del Bronce, lo más probable es que los objetos de valor fueran depositados junto al difunto como señal de la estima en la que se le había tenido en vida. Los jefes vikingos eran enterrados con su espada y con su fiel perro de caza, en señal de que nadie era digno de blandir una ni de hacerse acompañar por el otro. Algo parecido debía de ocurrir con un arma o una copa en una tumba cicládica; el dueño había bebido de esa copa –quizá excesivamente– cuando vivía y nadie más lo haría tras su muerte.

A juzgar por los tesoros descubiertos por Schliemann en la Troya II y en Micenas, podemos deducir

que una enorme cantidad de objetos de valor se estaba retirando regularmente de la circulación a medida que morían los hombres ricos e importantes. Y ello proporcionaba un incentivo para que los artesanos y los comerciantes los reemplazasen y para que los profanadores de tumbas los hurtasen, lo cual explica por qué han llegado hasta nosotros tan pocos.

Un último y sorprendente descubrimiento en las tumbas cicládicas es una alusión a los comienzos de una cierta presunción económica. En las tumbas de los ricos suele haber una gran cantidad de cerámica, la mayoría de elevada calidad. Pero había una enorme cantidad de vasijas más sencillas que se encuentran comúnmente en las tumbas modestas y que faltan casi por completo en las tumbas más ricas. Es como si los ricos dijeran: "Nosotros estamos por encima de esas baratijas. Dejémoslas al vulgo."

Por ahora, no se puede decir mucho más de las Cíclades. Estas islas experimentaron pequeños *boom* culturales en un mundo donde también estaban fermentando culturas paralelas en la Grecia continental y en la Creta minoica. Fue precisamente Creta la que puso fin a la independencia de la tradición cultural cicládica.

Creta, que poseía valles más amplios y ricos, bosques, hectáreas de viñedos y olivares, siguió progresando. Surgieron magnates más poderosos. Los barcos minoicos empezaron a transportar cerámica más fina, joyas más valiosas, armas de bronce más bellas y, probablemente, más hombres, una mayor fuerza muscular. Los estilos cicládicos autóctonos sucumbieron ante este asalto cultural y perdieron en gran medida su identidad. Después del 1700 a. de C., la mayoría de las Cíclades estaban "minoicizadas".

Las islas más intensamente influidas por Creta empezarían al fin a revelar, en los detalles de sus últimos frescos y en la decoración cada vez más refinada de su cerámica y sus metales, ciertos aspectos de la sociedad del Cicládico Reciente: un indicio o dos sobre cómo vestía la gente, cómo se veían a sí mismos. Pero antes del despegue cultural minoico, esta mirada aproximadora es imposible. Para conocer las esperanzas y aspiraciones más profundas, las pequeñas vanidades y satisfacciones, las actitudes humanas, el sudor y la muerte vividos en esas pequeñas islas durante más de un milenio, nuestras únicas fuentes de información son la cerámica más primitiva y las piedras sobre las que se alzaban los edificios. Y, por supuesto, esas enigmáticas figurillas. Que nos dicen pocas cosas, aunque lo poco que nos dicen posee un gran valor.

Enigmas planteados en mármol

Las estatuas de mármol enterradas en las tumbas cicládicas del tercer milenio constituyen el enigma más desconcertante de los muchos que nublan nuestro conocimiento de la Edad del Bronce en el Egeo. Algunos especialistas piensan que las estatuillas eran ídolos para invocar la protección de una diosa o para aplacar su ira. Otros las consideran juguetes personales; otros, símbolos de rango social; otros, compañeros para el alma de los difuntos. Finalmente otros, observando que la mayoría son figuras femeninas, piensan que tal vez fueran colocadas en las tumbas de los hombres para que éstos pudiesen satisfacer sus apetitos sexuales en el otro mundo. Procediendo de una sociedad aún bastante primitiva y probablemente muy dominada por los encantamientos, por la magia y el temor a la muerte, las esculturas pueden incluso haber sido encarnaciones de los muertos, siendo enterradas para asegurar que éstos no volviesen al mundo y se apareciesen a los vivos.

Ninguna teoría nos satisface por completo. Además, son demasiados los ídolos descubiertos por los profanadores de tumbas, y éstos naturalmente no se preocuparon de referir los detalles de sus hallazgos antes de vender las piezas.



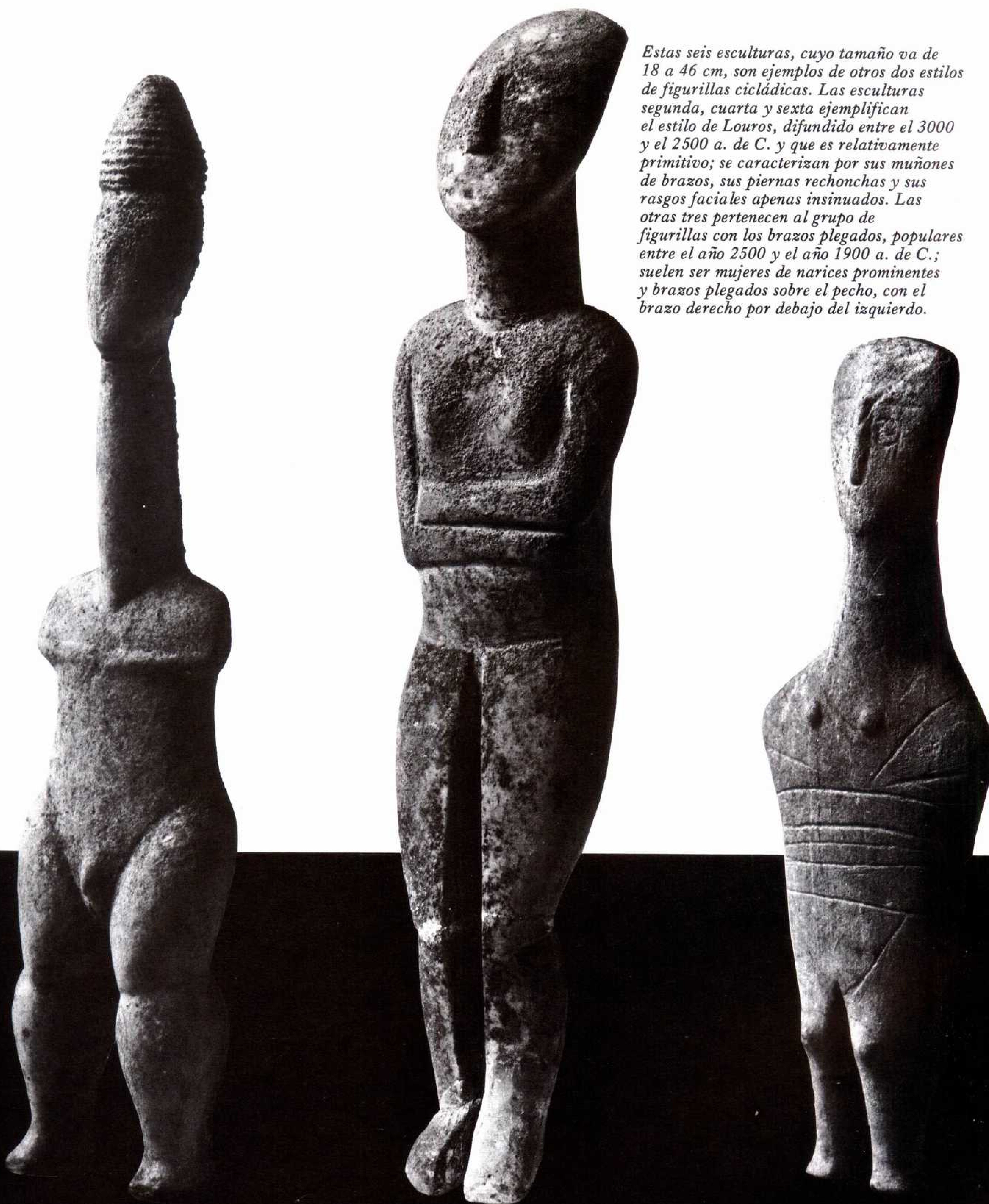
Las primeras estatuillas cicládicas representaban mujeres de largo cuello y formas parecidas a las de un violín. Según la mayoría de los especialistas, derivaban de una tradición neolítica extendida por el Egeo durante miles de años antes de la Edad del Bronce. La estatuilla de la derecha mide 12 cm de altura, procede de la isla de Despotico y data de hacia el 3000 a. de C.

52









Estas seis esculturas, cuyo tamaño va de 18 a 46 cm, son ejemplos de otros dos estilos de figurillas cicládicas. Las esculturas segunda, cuarta y sexta ejemplifican el estilo de Louros, difundido entre el 3000 y el 2500 a. de C. y que es relativamente primitivo; se caracterizan por sus muñones de brazos, sus piernas rechonchas y sus rasgos faciales apenas insinuados. Las otras tres pertenecen al grupo de figurillas con los brazos plegados, populares entre el año 2500 y el año 1900 a. de C.; suelen ser mujeres de narices prominentes y brazos plegados sobre el pecho, con el brazo derecho por debajo del izquierdo.

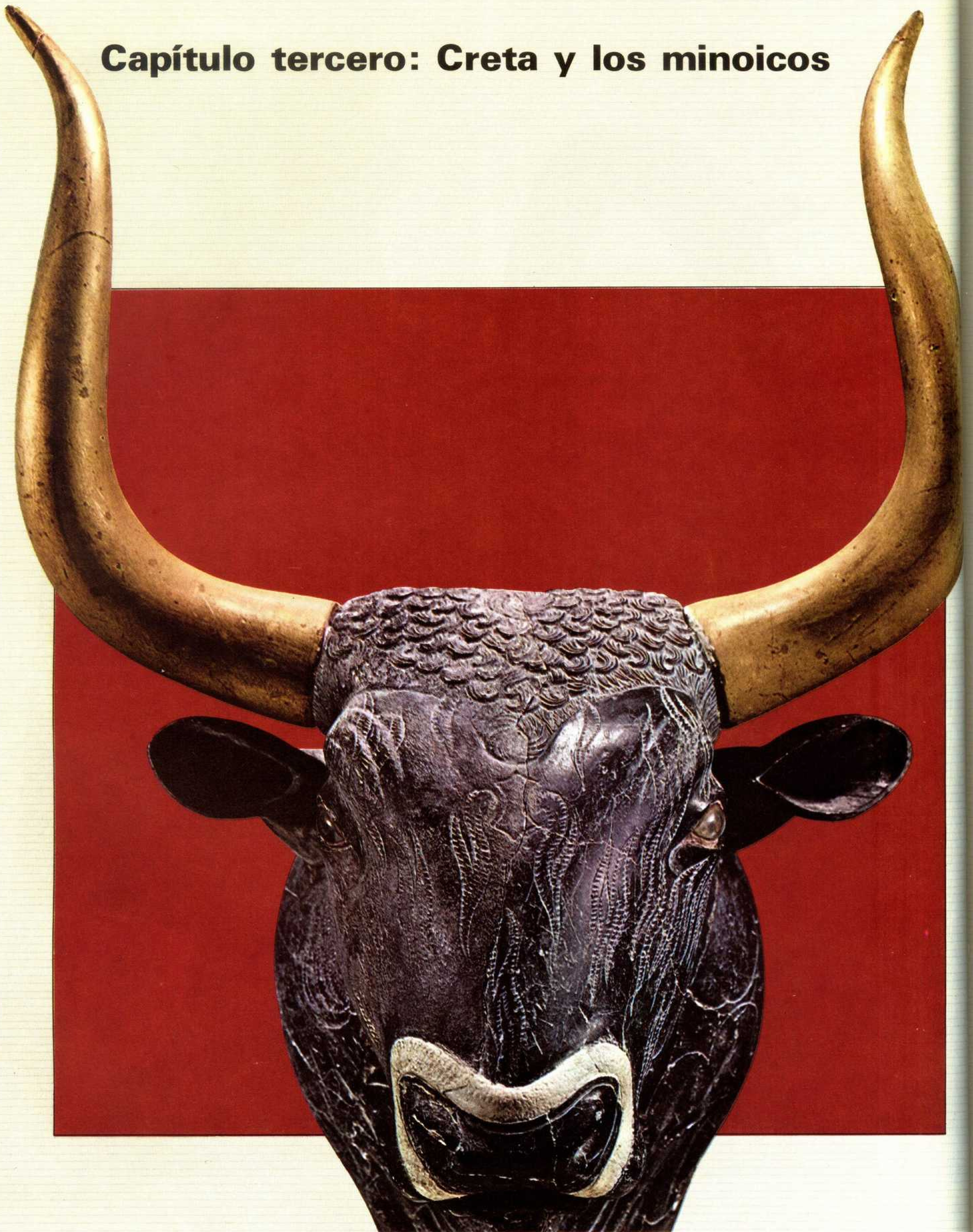


Entre las esculturas cicládicas más extrañas se encuentra un reducido grupo de músicos varones. A la izquierda se ve un hombre tocando una flauta doble; abajo y a la derecha, dos fotos de un tañedor de lira sentado. Ambas estatuas fueron desenterradas en la isla de Ceros y miden unos 20 cm de altura. Aunque contemporáneas de las estatuillas de brazos plegados antes presentadas, estas piezas son más ambiciosas como obras de arte.





Capítulo tercero: Creta y los minoicos



Si las Cíclades de la Edad del Bronce sólo nos proporcionan de sí mismas una imagen decepcionantemente fragmentaria –pues no dejaron tras sí muchos vestigios, y además éstos nos llegan a través de ese espejo deformante que son los 4.000 ó 5.000 años que nos separan de ellas–, al acercarnos a los minoicos experimentamos una frustración completamente diferente. Estos nos ofrecen mucho más, arqueológicamente, pero nos dan menos de lo que parece.

Los minoicos eran a la vez más viejos y más jóvenes que los isleños de las Cíclades; llegaron antes a su isla y duró más su cultura, legándonos un tesoro incomparable. Entraron en Creta hacia el año 7000 a. de C., probablemente procedentes del Asia Menor. Después hubieron de llegar nuevas oleadas migratorias. Según algunos expertos, hablaban un idioma indoeuropeo; de ser cierto esto, estarían relacionados vagamente –si no directamente– con sus vecinos tanto cicládicos como del continente. Aunque los minoicos aprendieron a leer y escribir poco después del 2000 a. de C. y dejaron tras sí muestras de su escritura, ésta no se ha descifrado; su idioma sigue siendo un enigma. Y al final aún seguiremos preguntándonos quiénes eran y de dónde venían.

Son un pueblo sumamente interesante. Arquitectos de un talento extraordinario, ceramistas incomparables, creadores de frescos de un estilo realista y llenos de frescor que no tienen par en ningún otro lugar del mundo, nos transmitieron en sus obras la imagen viviente de un pueblo con talento, sutil, amante del lujo y del placer, mundano y refinado.

Auténtica obra maestra, este ritón –o vaso ritual– con forma de cabeza de toro se descubrió en Cnoso y mide unos 20 cm. Fue esculpido en esteatita, y se usaron incrustaciones de nácar para los bordes de la nariz. Los ojos de cristal blanco, contorneados en rojo, logran un asombroso efecto de ardor. Los cuernos, perdidos pero restaurados, probablemente estaban hechos de madera recubierta con láminas de oro.

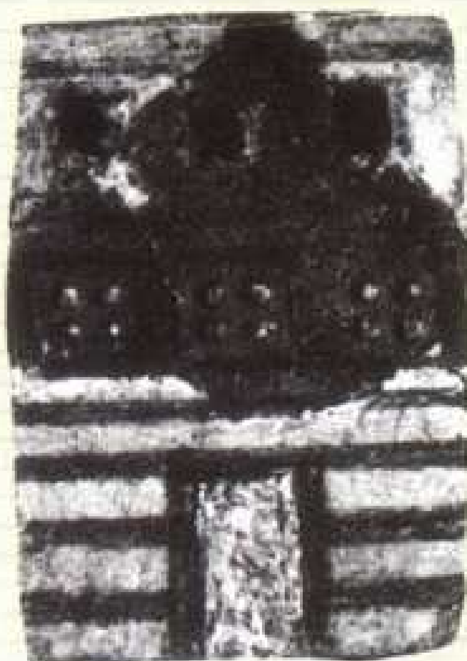
Amaban la naturaleza: las flores, los animales, los pájaros, los peces. Les atraían los paisajes bellos. Excepto Cnoso, sus palacios y especialmente sus villas campestres están situados de manera que desde ellos se pudiera dominar el paisaje, bien fuera la campiña circundante o bien el mar. Sus sistemas de cañerías y sus cuartos de baño *(página 77)* testimonian su afán por la limpieza. Admiraban el cuerpo humano y tenían sus propios cánones de la belleza física.

Según las imágenes que crearon de sí mismos, tanto los hombres como las mujeres eran esbeltos, con largas y agraciadas piernas y talles extremadamente finos. Los hombres tenían anchas espaldas y solían llevarlas al descubierto, pues sólo vestían un taparrabo. Las mujeres vestían largas faldas de volantes y ajustados corpiños abiertos por delante que dejaban ver unos pechos turgentes. Hombres y mujeres sentían predilección por las joyas y los peinados de fantasía. Y a ambos les gustaban los deportes, sobre todo el boxeo y un deporte típico a base de acrobacias con toros.

Eran un pueblo devoto, pero no obsesionado por la religión. No parece que hayan tenido una religión sombría o cruel. Aunque en sus tumbas se han descubierto puntas de lanza, puñales y espadas hechos de bronce que prueban que eran un pueblo guerrero, no parecen haber sido especialmente agresivos; al menos, es seguro que no lo fueron en sus últimos años. Su arte carece casi por completo de escenas guerreras o de matanzas.

En conjunto, se nos aparecen como un pueblo encantador, de un temperamento notablemente moderno y un estilo de vida refinado. Contemplando el testamento arqueológico que nos legaron, sentimos por ellos una gran simpatía y afinidad; tenemos la impresión de que, si pudiésemos acercarnos un poco más a ellos, llegaríamos realmente a conocerlos.

Pero ese poco que tendríamos que acercarnos a ellos es muy difícil de conseguir. Los minoicos son




Estos modelos de casas minoicas fueron hallados por Arthur Evans en Cnoso y le dieron la clave sobre el aspecto que debían de presentar las casas de la gente corriente. Los modelos (mostrados aquí a tamaño natural) se emplearon como incrustaciones decorativas en un cofre de madera. Están hechos de faenza, es decir, son objetos de arcilla a los que se aplicaron barnices opacos multicolores y que luego fueron puestos al fuego.



el único pueblo letrado y culto del mundo que no ha tenido un sentido de la historia. Los nombres y fechas significaban tan poco para ellos, que no dejaron ninguno en sus documentos. En consecuencia, por llenos de vida que puedan parecer en aquellos aspectos que los minoicos nos revelan sobre sí mismos, en todos los demás son completamente impersonales. En definitiva, se presentan como seres bidimensionales: elegantes, agraciados, llenos de buen humor, pero enigmáticos.

Si de los dos mil años de historia minoica pudiéramos extraer un solo hombre real –un Salomón, un Pericles, un Akhenatón, un Nabucodonosor, un Darío–, un solo personaje de carne y hueso, enardecido por la pasión y la guerra, templado por los fracasos, esa sensación de un pueblo impersonal e inconcreto desaparecería. Pero no podemos. Los minoicos, desde que entraron en la gran escena del mundo hasta que salieron de ella, fueron seres anónimos.

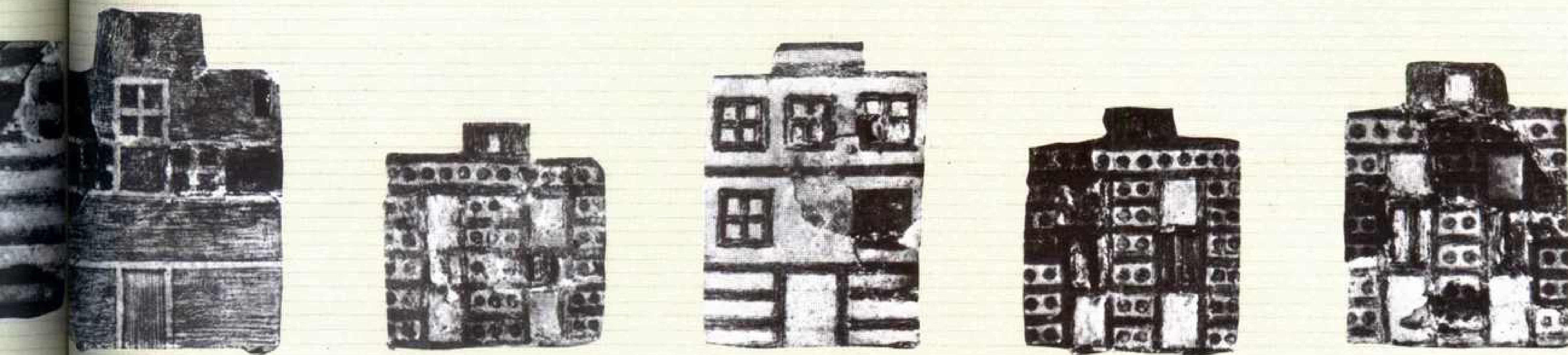
La propia conveniencia del calificativo "minoico" es dudosa. Le fue otorgado a esta cultura en 1904 por Arthur Evans, inspirándose en uno de los escasos nombres, de entre los que aparecían en los mitos griegos, cuyo rastro podía remontarse hasta Creta. Ese nombre fue el de Minos, que posiblemente no era un hombre sino un título. Era demasiado atrevido seguir un rastro tan tenue para bautizar toda una civilización, pero no había muchas más posibilidades. Los egipcios llamaban "keftiu" a los minoicos; sin embargo, no tenemos la menor idea de cómo los minoicos se llamaban a sí mismos.

De una cosa podemos estar seguros: los minoicos eran artistas notablemente innovadores. Su arte seduce extraordinariamente debido a su interés por la naturaleza. Está lleno de plantas entrelazadas, flores abiertas, delfines brincando, golondrinas que revolotean, íbices en plena cabriola. Su arte se halla tan separado de su historia y su política, que uno empieza a preguntarse si las omisiones no reflejarán un canon estético estricto que menospreciase cosas tan mundanas como la carga de navíos, el asalto a ciudades, la matanza de enemigos capturados, la ofrenda de tributos y la humillación de los príncipes vasallos. Todos estos temas eran ampliamente tratados por el arte de otros grandes Estados contemporáneos de la cultura minoica, arte nacido para conmemorar el orgullo de los arrogantes reyes que lo patrocinaban.

Los minoicos eran completamente diferentes de todos esos pueblos. Si fueron arrogantes, lo serían en asuntos que no nos revelaron. ¿Acaso la imagen que nos dejaron de sí mismos –entregados a los deportes, a las ceremonias religiosas al aire libre, a las procesiones y danzas, a las bellezas del mundo natural– es pura ficción? ¿Es la imagen de una especie de sociedad de hippies? En absoluto. Eran individuos trabajadores y prósperos, artesanos hábiles, comerciantes astutos, navegantes curtidos por el mar; y, aunque aún se debate el alcance de su dominio, su influencia en el Egeo es obvia.

¿Fue el Egeo con todas sus islas un lago minoico privado? ¿Constituyó el poder minoico una talasocracia? ¿Fue Creta la primera potencia marítima auténtica del mundo, con una flota y una política naval que consiguieron imponer la voluntad minoica sobre todos sus vecinos?

Resulta difícil el afirmarlo. La investigación arqueológica ha revelado que Tera, la más meridional de las Cíclades, fue una colonia minoica; y Citera, mucho más al oeste, también lo fue. Se han encontrado objetos minoicos en islas cicládicas como Melos y Ceos; en Rodas, ya en el Egeo oriental, y hasta en Mileto, ciudad situada en la costa egea del Asia Menor. Los minoicos exportaron sus productos manufacturados a todas partes. No se puede dudar de lo formidables que eran su poder y su influencia. Pero en gran parte del Egeo su fuerza parece haberse impuesto más como resultado de un estímulo cultu-



ral irresistiblemente poderoso que por control político directo.

Ese mismo estímulo se difundió por la Grecia continental y hacia el 1600 a. de C. era tan fuerte que algunos especialistas llegaron a convencerse de que sólo podían explicarlo admitiendo el dominio de los minoicos allí. Arthur Evans lo creía así. Otros no estaban de acuerdo, señalando que también los del continente eran poderosos, más belicosos que los minoicos y perfectamente capaces de defender su propio territorio. Uno de éstos era Alan Wace, jefe de la Escuela Británica de Arqueología con sede en Atenas. Era un gran especialista en Micenas y dedicó gran parte de su vida a estudiar los sitios arqueológicos de la Grecia continental. Sus puntos de vista le hicieron entrar en conflicto directo con el todopoderoso Evans. Entonces prevaleció Evans, pero hoy los especialistas están reivindicando, cada vez más, a Wace.

La aportación política más importante de los minoicos al mundo egeo fue quizá la supresión de la piratería. Parece probable que los minoicos estuvieran decididos, en favor de sus propios intereses comerciales, a imponer la paz en el Egeo y acabar con los piratas. Su influencia pacificadora empezó a sentirse probablemente hacia el 2000 a. de C. En el 1700 a. de C. dominaban ya la región, y además de tal forma que parecen no haber temido jamás un ataque pirata. A diferencia de las poblaciones cicládicas, que hubieron de fortificarse con enormes muros para sobrevivir, los grandes palacios minoicos carecen de fortificaciones. La única conclusión posible es que sus ocupantes se sentían tan seguros gracias a su superioridad naval, que consideraban la construcción de fortificaciones una pérdida de energía.

Sin embargo, esto no soluciona un problema aún más extraño: ¿por qué los minoicos no luchaban entre sí? Hacia el 2000 a. de C. una población bastante densa empezó a concentrarse en torno a los cinco o seis centros de poder principales de Creta. Estos centros estaban empezando a transformarse en conjuntos palaciales y, durante los 300 años siguientes, iban a experimentar un crecimiento enorme tanto en tamaño como en riqueza. El palacio mayor estaba en Cnoso; pero no muy lejos de allí, en Maliá, había otro de un tamaño y riqueza impresionantes; y en la costa sur de la isla se encontraba un tercero, aún más lujoso: el de Festo. Dada la universal tendencia de los hombres a la rapiña y la lucha, ¿cómo puede explicarse el que una golosina tan rica como Festo ni siquiera pensase en protegerse a sí misma con fortificaciones?

Existen tres posibilidades:

En primer lugar, podemos suponer que realmente lucharon entre sí, pero que por razones desconocidas prefirieron no fortificarse. Si esta teoría es correcta, su justificación puede estar en algún código de conducta desaparecido, mezclado posiblemente con la religión, que sólo permitiese cierto tipo de combates, en los que únicamente participarían los miembros de la clase de los guerreros. Los combates se celebrarían en el campo de batalla, y tras ellos el bando derrotado haría concesiones incruentas y relativamente sobrias al vencedor.

Esta idílica visión es refutada por ciertas pruebas de daños esporádicos causados a los sitios más antiguos (aparte de los causados por los terremotos, sobre los que hablaremos después), pruebas que indican que realmente se produjeron combates y que ocasionalmente acarrearon incendios y destrucción durante los primeros siglos del florecimiento cultural minoico. Tales daños hacen aún más misteriosa la aparente perversidad de los jefes que decidieron no fortificar mejor sus palacios.

Una segunda posibilidad es que los minoicos no luchasen entre ellos, probablemente porque reconocían a un palacio como jefe supremo de los demás.



Con casi 8 m de diámetro, este tholos de Camilari (Creta) es uno de los mayores jamás encontrados. Como a todas estas tumbas minoicas, le habían robado sus objetos funerarios más valiosos.

Los ladrones se dejaron en Camilari este modelo de arcilla, de 23 cm de altura, que representa a cuatro bailarines con gorros puntiagudos. Los cuernos de consagración sobre la base del modelo sugieren que tal vez se celebró esta danza fuera del tholos como ritual religioso.



Si ello fue así, entonces el jefe supremo debió de ser Cnoso, dado su tamaño. Sin embargo, esa coexistencia pacífica bajo una autoridad única no excluye la posibilidad de turbulencias anteriores.

Por último, puede sostenerse que los minoicos no lucharon entre sí porque –aunque Cnoso no haya predominado sobre los demás palacios y no haya impedido las confrontaciones– así les convenía. Este interés común pudo basarse en algún tipo de poder religioso extendido por toda la isla y/o en la interdependencia económica.

Ese interés mutuo nos lleva de nuevo a la función del centro redistributivo, que según Colin Renfrew fue fundamental en el desarrollo tanto de la cultura cicládica como de la minoica. Las Cíclades, recordémoslo, no sobrepasaron cierto estadio de evolución cultural debido a su reducido tamaño. Esta restricción no existía en Creta; la centralización del poder, la burocracia y la riqueza siguieron aumentando hasta que un elemento nuevo en el mundo egeo –las economías de palacio– apareció, se hizo más importante y acabó convirtiéndose en el eje en torno al cual giraba toda la sociedad minoica. En un Estado minoico, todo estaba probablemente dirigido por el palacio. En él se almacenaban grandes cantidades de cereales y aceite. De él partía el ímpetu que fomentaba las artes. Dentro de él florecía la artesanía. En él se concentraba la riqueza. Desde él se dispensaban todos los favores y privilegios. En resumen, el propio sistema redistributivo, en su forma palacial desarrollada, pudo ser un auténtico impedimento de la guerra.

¿Quién regía esos grandes palacios de innumerables habitaciones? ¿Quién estaba al frente del sistema distributivo? Es otro misterio. Nadie sabe con certeza si en ellos vivían reyes, dioses-reyes, reinas, diosas-reinas, o bien sumos sacerdotes –o sacerdotisas– que ejercían su poder por derecho divino a través de toda una burocracia de nobles o sacerdotes

Lugar en donde los minoicos enterraban a sus muertos

Uno de los rasgos más notables de la cultura minoica es la tumba en forma de *tholos*. Se han descubierto cerca de 80 de estas estructuras de piedra, bajas y circulares, la mayoría en la llanura de Mesará, cerca de Festo. Sus paredes son pesadas y se curvan hacia dentro a medida que suben, lo cual sugiere que estaban abovedadas. Sin embargo, dado que todos los techos se han hundido, es imposible decir si estaban cubiertas por cúpulas auténticas o bien por techos planos de madera. Lo cierto es que eran de uso comunal. La mayoría se hallaban cerca de los poblados; y la mayoría son muy antiguas, remontándose hasta el 2800 a. de C., mucho antes del auge de los Estados-palacio. Los *tholoi* se usaban una y otra vez: poco a poco se iban llenando de esqueletos y objetos funerarios, luego se limpiaban periódicamente, se fumigaban, se echaba una nueva capa de tierra y se iniciaba de nuevo el proceso. Algunos *tholoi* se usaron continuamente durante más de mil años.

Un segundo modelo procedente de Camilari, de sólo 10 cm de altura, recrea esta escena minoica. Sentados en una sala con ventanas y columnas, cuatro importantes individuos practican una libación asistidos por dos sirvientes. Es posible que los personajes de mayor tamaño sean divinidades y que los de tamaño menor sean asistentes religiosos.



de rango inferior. Lo que es casi seguro es que la sociedad minoica estaba muy estratificada, con los derechos y los deberes de cada estrato social definidos con cierto detalle. Y una estructura de este tipo, si es razonablemente soportable para todas las clases, conduce a una sociedad sumamente estable. Cuando el lugar de cada uno en la vida se halla determinado desde su nacimiento, y cuando el aplastante peso de la tradición obliga a aceptar las cosas tal como están, entonces el descontento será mínimo a todos los niveles, a menos que el sistema se vea sometido a una tensión inaceptable.

Los de abajo no tienen esperanza ni precedente alguno de progreso. Los de arriba están bien como están, y puede darse por supuesto que harán todos los esfuerzos necesarios para consolidar las tradiciones políticas y religiosas existentes que sirvan para mantener el *statu quo.*

¿Y los del medio? Pues bien, es posible que no haya habido nadie en el medio. Tradicionalmente, las clases medias han proporcionado el fermento de los grandes cambios sociales. Son los comerciantes, los contratistas y los artesanos quienes, debido a su progresiva acumulación de riqueza, empiezan a intentar conseguir un rango social más elevado. Dado que Creta poseía una industria productora y un comercio muy extendido, alguien tenía que ocuparse de estas tareas. Pero puede que la nobleza los considerase simplemente como "la clase baja alta". Por arduas y útiles que fuesen las actividades del artista, del comerciante o del contratista, su producción sería encauzada por el palacio, pasando a ser propiedad de éste en gran parte o en su totalidad. Es un engranaje más de esa enorme máquina económica centralizada que, en último término, decidía la fortuna y el rango de cada uno.

Otra posibilidad es que, si la jerarquía de sacerdotes y nobles era amplia, con numerosos niveles, muchos de los derechos y deberes que en otra sociedad corresponderían a la clase media fueran absorbidos en ésta por esa aristocracia amplia y flexible. En resumen, puede que existiese una "clase alta baja": una amplia burocracia de nobles de rango inferior, un mundo de privilegios restringidos, fragmentados, minuciosamente descritos y celosamente respetados por todos, cuyo efecto habría sido el congelar el *statu quo.*

Todo esto es pura especulación. Pero es lo que más satisfactoriamente permite explicar por qué las ciudades minoicas no estaban fortificadas. Los ricos seguían siendo ricos y no iban a cambiar ellos las cosas; y la costumbre, la religión o la fuerza convenció a los pobres de que tampoco ellos podían cambiarlas.

También es posible que las condiciones de vida de la gente cuando los palacios alcanzaron su máxima prosperidad fueran tan buenas que no existiese ningún incentivo para la agitación o la guerra. El óptimo de población de una sociedad –es decir, el número de personas a las que una sociedad puede asegurar cierta calidad de vida– depende de cuán eficazmente dicha sociedad se pone a sacar el máximo provecho de la agricultura, de la artesanía y de toda otra actividad productora. El quid de la cuestión es la capacidad de esa sociedad para distribuir las cosas eficazmente. Y, para aquella época, el sistema redistributivo del palacio debió de ser una maravilla de eficacia.

Con todas las ciudades minoicas funcionando de esta manera –sacando el máximo provecho de la agricultura, la industria y las artes, extendiendo irresistiblemente su comercio marítimo–, es lógico que no tuvieran interés alguno por enzarzarse en disputas internas. Si se considera toda la isla como un gran sistema redistributivo, con sus distintas partes entrelazadas en beneficio mutuo de cada una, entonces no habría incentivos para que sus distintas partes luchasen entre sí.

(Continúa en la página 66.)

Detalles del gran palacio de Cnoso



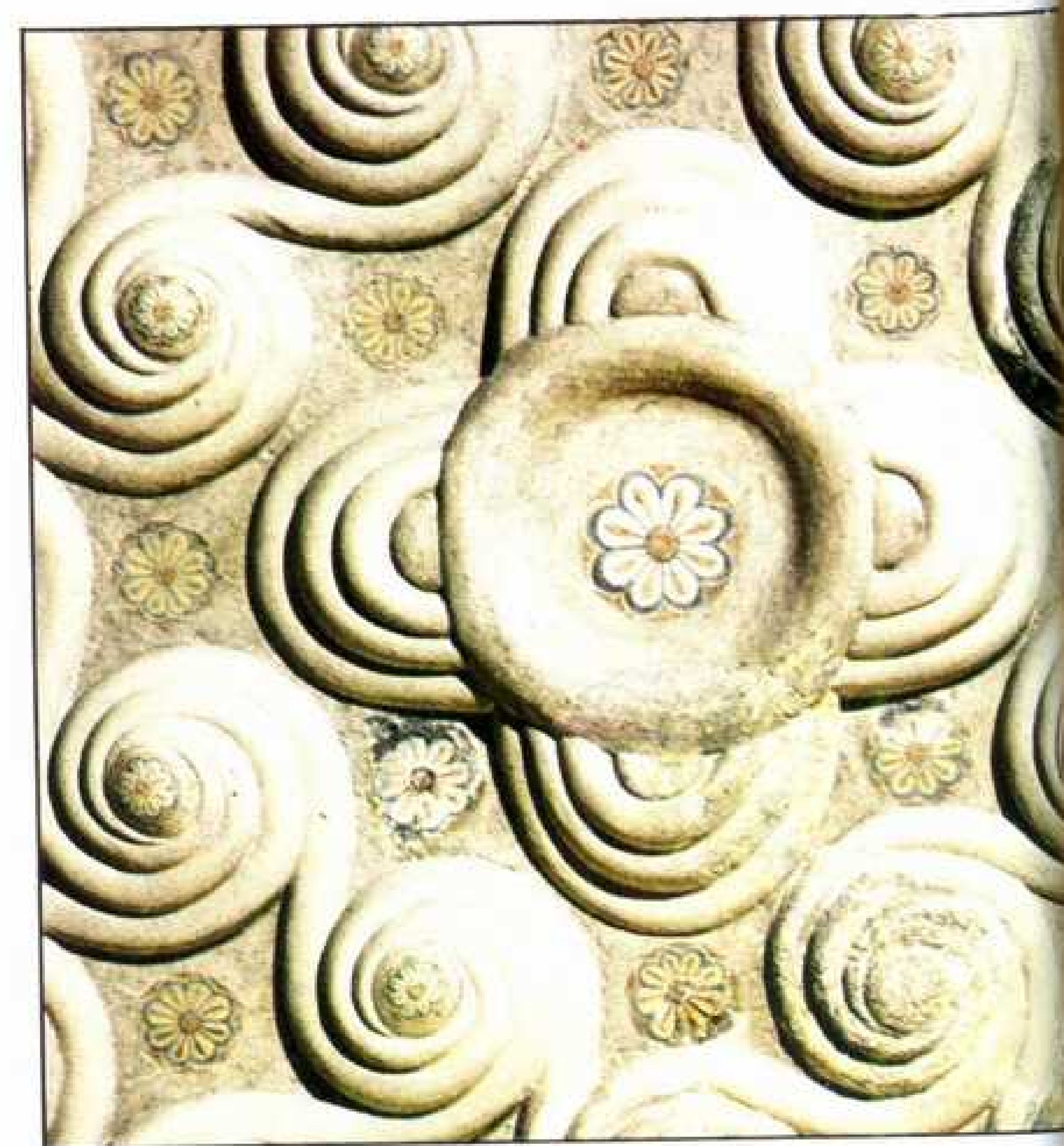
La antesala sur es una de las partes del palacio más restauradas: muros reconstruidos, columnas nuevas e instalación de un fresco.

Arthur Evans no se contentó con excavar limpiar, analizar y trasladar a los museos todo el material que encontró en Cnoso. Comprendiendo que, al hacer eso, sólo dejaría tras sí un entramado impersonal de cimientos y partes bajas de los muros, decidió dar al palacio, al menos en parte, el aspecto que debía de presentar en su cenit. Se puso, pues, a reconstruir los muros, sosteniéndolos con tramos de piedra y hormigón, haciendo columnas idénticas a las originales e incluso fijando a los muros varios frescos, restaurados a partir de los reducidos detalles conservados. Aunque cometió algunos errores, es indudable que Cnoso evoca el aspecto de un palacio minoico mejor que cualquier otro sitio cretense.

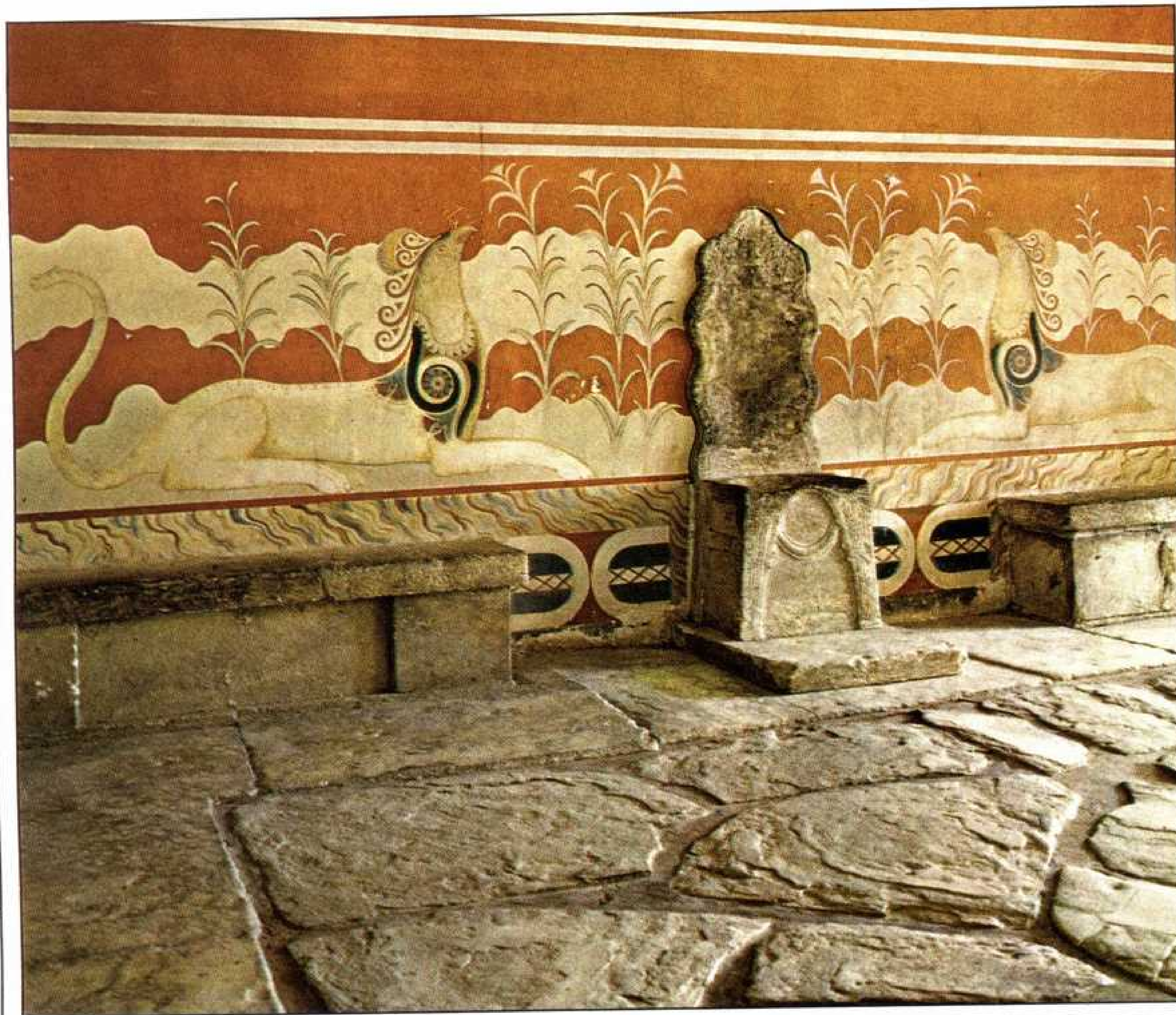
La restauración mostrada arriba ejemplifica perfectamente la obra de Evans. Los muros se han reconstruido hasta la altura del techo. Además, se han instalado vigas de hormigón armado (las originales eran de madera). Se han rehecho las entradas y los escalones... y de las ruinas de Cnoso ha surgido, como por arte de magia, un palacio minoico.



El mégaron de la reina en Cnoso –principal sala de estar de sus dependencias– se halla decorado con un fresco de peces y delfines. La cenefa que hay debajo y enmarcando la puerta había sido pintada al principio con rosetas, pero luego se pintaron encima espirales. Arthur Evans mostró fragmentos de ambos motivos. La puerta conducía a los aposentos reales.



Este relieve de estuco con espirales decoraba el techo de uno de los aposentos reales en la parte este del palacio; había caído a una sala inferior, donde se encontró hecho pedazos. Está incrustado con rosetas azules, rojas y amarillas.



El llamado "trono de Minos" está hecho de piedra y se halla donde Evans lo encontró: adosado al muro de una oscura cámara que pudo usarse para funciones religiosas o estatales. Tanto el trono como el suelo y algunos bancos de piedra que bordean los muros son auténticos; en cambio, el fresco de grifos se restauró según fragmentos conservados.



1. Entrada occidental
2. Antesala sur
3. Almacenes
4. Cámara lustral
5. Sala del trono
6. Entrada norte
7. Patio central
8. Gran escalera
9. *Mégaron* del rey
10. *Mégaron* de la reina
11. Baño de la reina
12. Santuario de las Dobles Hachas
13. Entrada oriental
14. Entrada sur
15. Escalera del segundo piso

Como todos los palacios minoicos, Cnoso se construyó en torno a un patio central. Los aposentos reales se hallaban al este; los almacenes, al oeste. La llamada "sala del trono", que quizá fue un santuario, estaba al oeste del patio, bajando unos escalones. Las salas públicas se encontraban también al oeste, en un segundo piso. Los visitantes actuales entran por un vestíbulo situado al oeste.

J. W. Graham, de la universidad de Toronto, ha hecho al respecto una interesante sugerencia. Según él, las poderosas fuerzas navales de los minoicos y su alejamiento de otras potencias hicieron a la isla inmune a las invasiones durante todo un milenio, y quizá durante mucho más. Esta situación habría originado una población insólitamente homogénea y con muchas más posibilidades de vivir en paz consigo misma que las que tenían los demás pueblos, entremezclados, étnicamente discordantes, en continuo desplazamiento, rebeldes e intrínsecamente propensos a las disputas.

Cualquiera que fuese la causa, es evidente que los centros palaciales, desde su aparición hacia el 2000 a. de C., lograron vivir en una considerable armonía que duró más de 500 años y que sólo fue interrumpida por una repentina calamidad que les afectó a todos ellos. Las pruebas de un desastre comenzaron a surgir nada más empezar Evans a excavar en Cnoso. Cuanto más profundamente cavaba en este laberíntico lugar, tanto más evidente se hacía el que algo terrible había sucedido allí. Los muros se habían venido abajo, los techos se habían hundido, había pruebas de un fuego devastador.

¿Qué podía haber sucedido? Evans no lo sabía; ni siquiera podía sospechar qué había pasado. Tenía ante sí un enorme palacio de edad desconocida, de estilo desconocido, de dimensiones desconocidas, cuya naturaleza y función no podía adivinar en un principio, pues lo había concebido un desconocido pueblo de costumbres desconocidas.

Además, las secciones principales del palacio se habían reconstruido una y otra vez durante siglos, y entonces yacían en una indescriptible confusión. Algunas partes tenían cuatro o cinco pisos. Cuando sus suelos se hundieron, las cerámicas, tabletas de arcilla y demás objetos fueron cayendo hacia los sótanos. Sus muros se derrumbaron, sus piedras se erigieron posteriormente para edificar nuevos muros, y luego se derrumbaron de nuevo.

Aún más, Evans estaba trabajando con una idea errónea que sólo una mayor familiaridad con Cnoso podía destruir. Debemos recordar que Evans había ido a Cnoso en busca de sellos esculpidos en piedra, aquellas exquisitas y diminutas gemas de grabados enigmáticos. Lo que le interesaba eran los idiomas y los indicios de un sistema de escritura desconocido que estaba grabado en aquellos sellos minoicos y que tal vez estuviera emparentado de alguna manera con los signos jeroglíficos de Egipto.

Pero, en cuanto empezó a encontrar cerámica en Cnoso, enseguida se dio cuenta de que guardaba una estrecha semejanza con la encontrada en Micenas y en otros lugares de la Grecia continental. Ignorando aún las dimensiones de la cultura minoica, siguió el único camino entonces posible. Supuso que aquella cerámica había sido importada de Micenas, y así lo escribió en sus primeros informes y cartas. Sólo poco a poco empezaría a comprender que tenía ante sí una cultura mayor, más antigua y más refinada que la micénica, y por otro lado radicalmente distinta de ella.

Aún estaba rumiando esta posibilidad –a medida que lo examinaba más a fondo, a mayor velocidad se ampliaba su visión–, cuando se le planteó un nuevo problema: Cnoso, como revelaron excavaciones posteriores, no había sido destruida una vez sino dos, la segunda unos siglos después de la primera. A los enigmas de quiénes eran los minoicos, cuándo vivieron, de dónde venían y cómo habían creado aquella magnífica civilización, se añadía ahora un problema igualmente complicado: ¿qué había causado los *dos* desastres? Y, lo que es más enigmático todavía, ¿qué fue de los minoicos?

Antes de responder a estas preguntas, Evans tenía que resolver media docena de problemas relacionados con ellas –o, al menos, proponer soluciones acep-

tables–. Claves arquitectónicas tales como qué cámaras eran aposentos reales, salones del trono o santuarios debían ser refrendadas mediante las claves proporcionadas por los sellos con forma de gema o por los frescos que representaban a los hombres y mujeres minoicos dedicados a los más diversos menesteres, desde las acrobacias a las prácticas religiosas. Cada nuevo elemento de esta estructura intelectual tenía que apoyarse en los demás. Y poco a poco surgió todo un edificio coherente, anclado cronológicamente en sucesos contemporáneos acaecidos en lugares que se conocían mejor, sobre todo en Egipto. El esquema de la página 21 es una versión reciente de la visión que finalmente tuvo Evans del mundo minoico. Este esquema nos viene a decir que la cultura minoica puede dividirse en tres períodos principales, basados en los cambios de estilo observados por Evans en la cerámica minoica.

El Minoico Antiguo –que se corresponde aproximadamente con el Cicládico Antiguo– fue, con todas sus divisiones y subdivisiones, una cultura del Bronce Antiguo, una cultura que arrancaba del Neolítico. Se extendió, aproximadamente, entre el 3000 y el 2000 a. de C.

A continuación, según Evans, se elevó considerablemente el nivel de organización social y cultural en Creta. Un gran palacio comenzó a surgir en Cnoso. Es evidente que ya estaba funcionando el efecto multiplicador. La población crecía rápidamente. La agricultura, la artesanía y el comercio estaban llevando a Cnoso a un nivel jamás alcanzado por las diminutas islas cicládicas.Evans dio a este segundo período el nombre de Minoico Medio, y lo dató del 2000 al 1600 a. de C. Los especialistas posteriores han rebatido estas fechas, pero no se han puesto de acuerdo entre sí. Una buena solución, basada en las últimas interpretaciones arqueológicas, sería la de situar al Minoico Medio entre el 2000 y el 1500 a. de C.

Hacia el 1700 a. de C., esta racha de progreso se interrumpió. El palacio de Cnoso se arruinó por primera vez. ¿Fué saqueado, con lo que caería por tierra la tesis de la coexistencia pacífica entre las ciudades minoicas? Al parecer no, como revelaría un estudio más amplio de Creta.

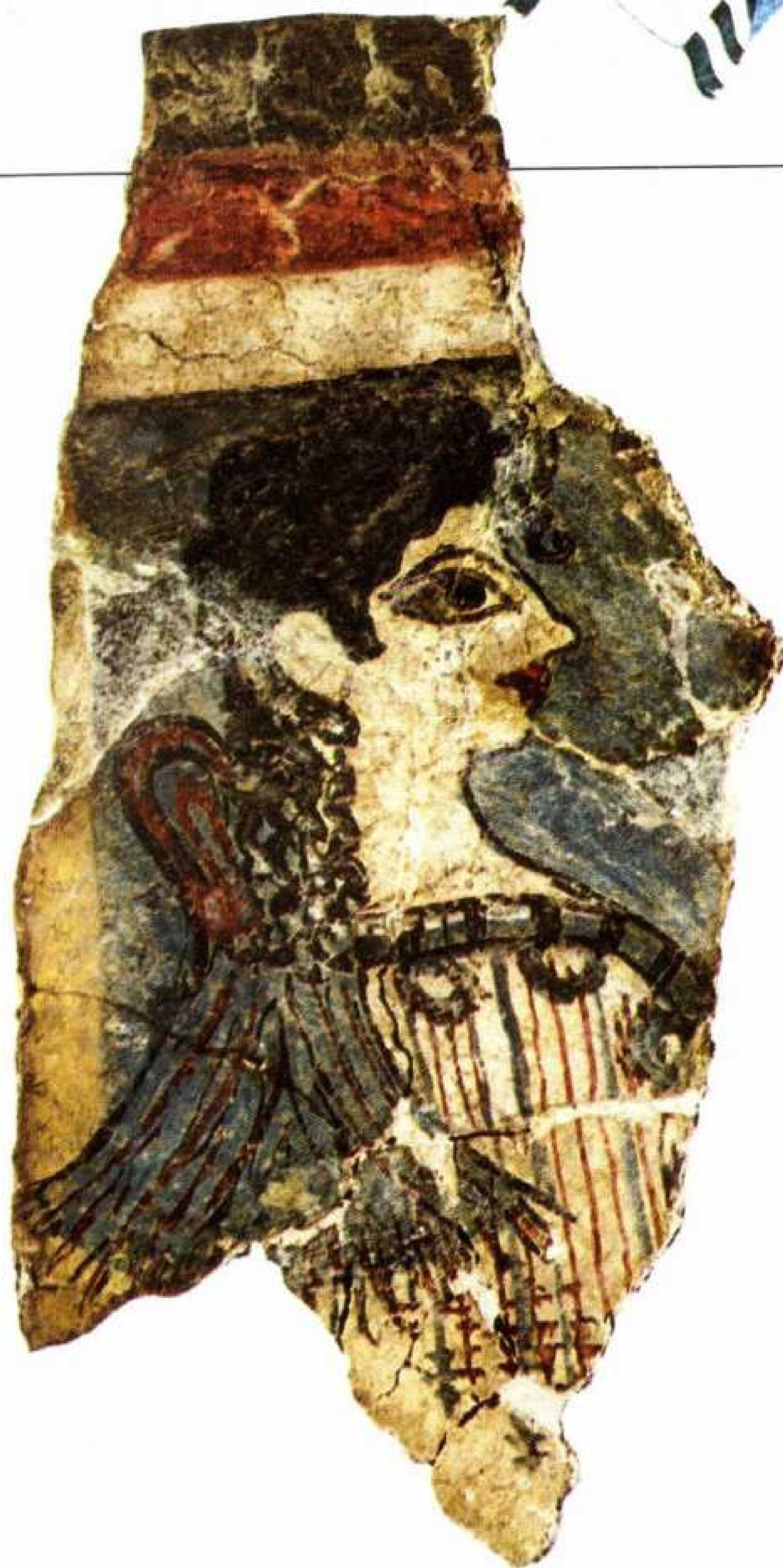
En los primeros años del presente siglo, una caterva de arqueólogos procedentes de Francia, Estados Unidos, Inglaterra, Italia y Grecia se extendieron por toda Creta, tras las huellas de Evans. Y casi inmediatamente empezaron a encontrar los sitios de otros complejos palaciales y de espléndidas villas, dispersos por el centro y el este de la isla. Al igual que Cnoso, también estos palacios habían sido destruidos. El estudio de la cerámica, confirmado por métodos de datación más modernos, ha indicado que esta destrucción de los palacios ocurrió en toda la isla al mismo tiempo.

Dado que no había pruebas de invasión extranjera –y que ésta no era posible, si consideramos el escaso desarrollo alcanzado entonces por las Cíclades y la Grecia continental, por no mencionar lo poco probable que sería que un puñado de invasores lograsen demoler mediante ataques simultáneos palacios situados a varias docenas de kilómetros de distancia–, lo lógico era pensar que la primera catástrofe había sido causada por un terremoto. De hecho, el propio Evans había avanzado ya desde un principio esta hipótesis. Su explicación se acepta hoy unánimemente. Creta tiene una milenaria experiencia en terremotos, y algunos de ellos fueron sumamente graves.

Además, la agitación social no podría explicar este desastre, pues los minoicos se restablecieron después del mismo y reconstruyeron sus palacios a una escala aún mayor y más lujosa que antes. Es evidente que, en esta fase de la historia minoica, las fuerzas sociales y económicas que habían originado la economía de los palacios no se estaban debilitando de ningún modo; en el 1700 a. de C. el efecto multiplicador era aún eficaz, y la influencia minoica siguió



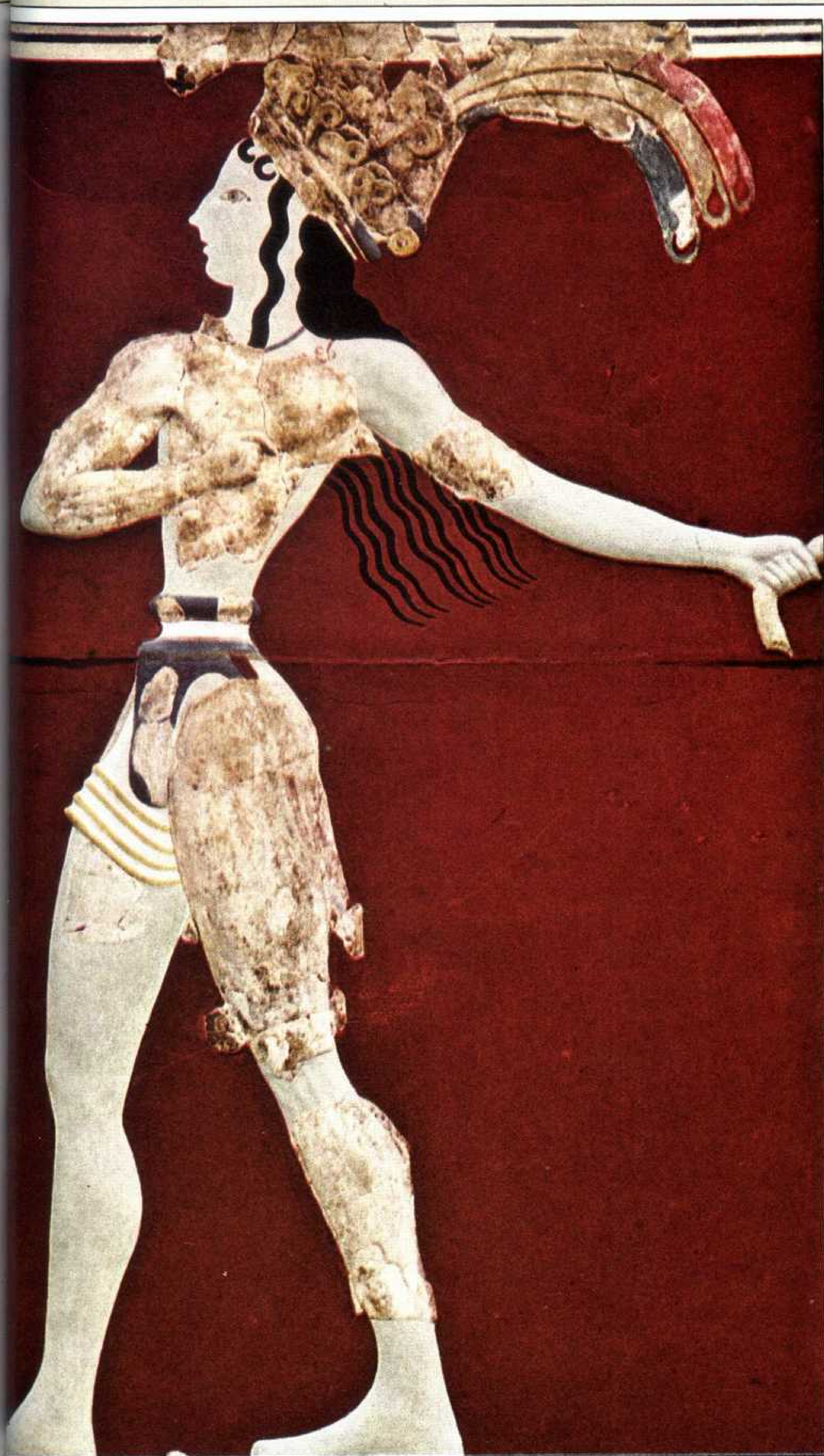
Estas muchachas minoicas, conocidas como "Damas en Azul", parlotean durante una ceremonia pública. Visten el atuendo de moda entre las damas de la alta sociedad: el bolero que dejaba los senos al descubierto.



Una reveladora ojeada a los antiguos minoicos

Se ignoraba qué aspecto tenían exactamente los minoicos, pero en 1900 Arthur Evans empezó a descubrir en Cnoso restos de pinturas murales. Los colores eran aún brillantes, a pesar del tiempo transcurrido. En cuanto Evans se puso a reunir los fragmentos, observó una convención artística: la piel de los hombres siempre se representaba con color rojo; la de las mujeres, con blanco. Los frescos revelaron también cómo vestían los minoicos y cómo se veían a sí mismos: como un pueblo esbelto y agraciado, de fino talle. Ambos sexos cuidaban con esmero su cabello, dejándolo crecer y peinándolo luego en rizos espesos que caían por delante de sus orejas.

El más encantador de todos los rostros minoicos de Cnoso es el de este fragmento de 25 cm, que muestra a una muchacha con rizos y enormes ojos de cierva. Su chic y su aire moderno le han valido el apelativo de "La Parisienne".



Este joven que camina a largos pasos sólo está ataviado con una ligera ropa de verano: un cinturón ceñido en torno a su fino talle, un faldellín y una especie de taleguilla o funda fálica; en cambio, lleva un complejo tocado. Se le ha identificado provisionalmente con un rey-sacerdote, pero nadie sabe con certeza quién era. Es de tamaño natural y arrastra algo con su mano izquierda, lo cual podría habernos indicado su identidad; pero esa vital parte del fresco ha desaparecido.

aumentando en el Egeo. Debemos recalcar esto porque la situación pudo ser diferente 250 años después, cuando los palacios fueron destruidos de nuevo.

La tercera y última fase de la civilización identificada por Evans recibió el nombre de Minoico Reciente. Se extendió del 1500 al 1100 a. de C., fecha en que fue aniquilada. Deberíamos subrayar que, a pesar del aumento general de la riqueza a medida que avanzaba la cultura minoica, los adjetivos "Antiguo", "Medio" y "Reciente" no deberían interpretarse como sinónimos de progresos continuos de un período a otro. Esas palabras son arbitrarias y se basan únicamente en cambios de los estilos de cerámica. De hecho, la cultura minoica empezó a culminar con la reconstrucción de los palacios tras el gran terremoto ocurrido hacia el 1700 a. de C. Y siguió floreciendo hasta después de la segunda destrucción de los palacios, que ocurrió hacia el 1450 a. de C.

Es obvio que el complejo palacial fue un invento brillante, un éxito para su época y su sociedad. Lo que no es tan obvio es cómo funcionaba. Sin duda, existía una compleja burocracia, muy centralizada e institucionalizada. Pero aún no se sabe quiénes eran esos burócratas y, en particular, quién estaba al frente de ellos. La mayoría de los especialistas creen que el soberano pudo ser un rey-sacerdote de algún tipo.

El arte minoico revela claramente la preocupación del pueblo por la religión. Los murales, y sobre todo los pequeños sellos esculpidos en forma de gema y los anillos de oro, representan una y otra vez escenas que se cree son ceremonias religiosas de algún tipo. A pesar de esta preocupación, el mundo minoico carece de templos públicos y de cualquier otro gran centro de culto. Sólo hay santuarios –es decir, pequeñas salas sagradas con altares– en numerosos sitios palaciales. La consecuencia fue transformar todo el palacio de Cnoso en un centro religioso y hacer que la autoridad que de él emanaba –la de un rey-sacerdote– aunase lo secular y lo religioso.



Figuras de faenza halladas en Cnoso prueban que existía una asociación entre las diosas minoicas y las serpientes. Esta divinidad está festoneada por tres reptiles: uno sube por su brazo derecho, pasa tras el cuello y baja por el izquierdo; otro arranca de su cintura, bordea sus pechos y se dirige hacia sus orejas; y el tercero baja en espiral por su tocado hasta enroscarse en torno a su cintura.

Evans empezó a encontrar restos de frescos en Cnoso poco después de iniciar sus excavaciones. Algunos se dejaron como fragmentos aislados, pero otros, a pesar de estar rotos en mil pedacitos, se reconstruyeron meticulosamente. Así, el mundo moderno pudo contemplar por primera vez los rostros minoicos. ¡Y qué rostros! Al parecer, los minoicos copiaron de los egipcios la convención artística de representar la cabeza de perfil pero los hombros y torso de frente. Sin embargo, enseguida se alejaron considerablemente de la influencia egipcia –o de cualquier otra influencia–. En el arte egipcio hay una rigidez, un formalismo, que está completamente ausente de los vibrantes frescos minoicos.

Uno de los frescos más bellos descubiertos por Evans se centra en la figura de un joven, de cuerpo entero, que se cree es un rey-sacerdote *(página 69)*. Es un individuo magnífico: esbelto, musculoso, vestido con un faldellín y una especie de taleguilla o funda fálica (un breve taparrabo que llevaban los hombres minoicos), y con un grueso cinturón ciñendo su fino talle. Lleva un extraordinario tocado de plumas. Avanza a grandes pasos sobre un campo de lirios con mariposas y tiende un brazo hacia atrás, como si fuera llevando o tirando de algo. El otro brazo, con el puño cerrado, lo tiene plegado sobre el pecho. Todo su ser parece vibrar con una fuerza y una gracia sobrehumanas.

Este fresco contrasta con otro descubierto por Evans: el fresco llamado *Damas en Azul (página 68)*. Este otro fresco, que forma parte de una obra mayor, muestra tres mujeres jóvenes de la corte que están sentadas una junto a otra y que, al parecer, charlan mientras contemplan algo: una procesión, una ceremonia cortesana o un espectáculo. Con sus complicados boleros abiertos por delante de manera que dejan sus pechos al descubierto, con sus collares y pulseras, sus cabellos ensortijados y cubiertos con sartas de cuentas, las damas en azul forman un gru-



Esta otra diosa sostiene en cada mano una serpiente retorciéndose. Ambas figurillas están vestidas igual, según la moda de las altas damas minoicas: un ajustado corpiño abierto por delante, falda de volantes y una especie de delantal colgando de la cintura. Los nombres de las diosas, sus atributos divinos y el significado de las serpientes siguen siendo todavía hoy un auténtico misterio.

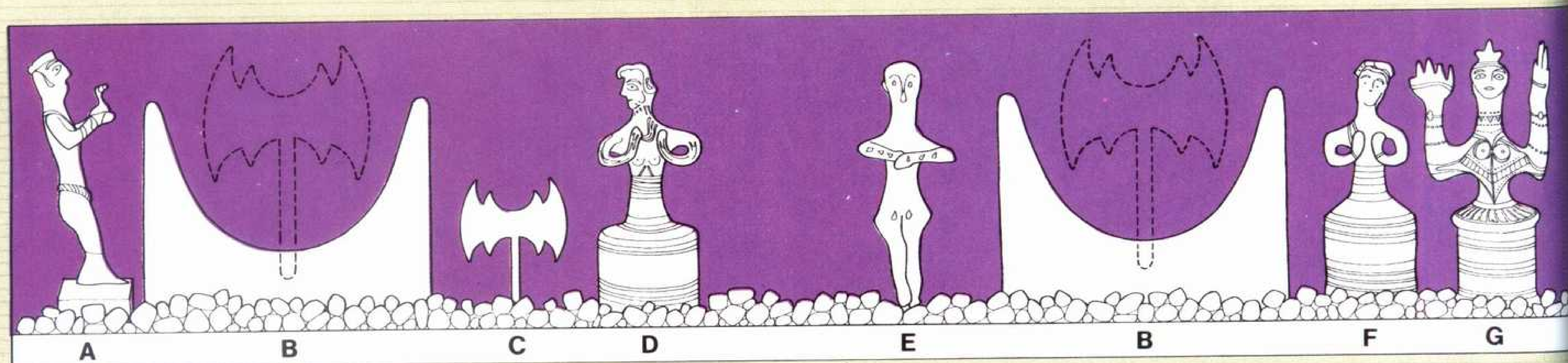
po encantador. Sus cabezas giran a un lado y a otro mientras hablan, sus manos aletean en los más elegantes y refinados gestos que se puedan imaginar.

Aquí, en contraste con el poder que irradia del fresco del rey-sacerdote, se palpa la esencia de la frivolidad y el encanto femenino. Esta obra sólo pudo ser creada por una sociedad que admirase a las mujeres y que les hubiera concedido una gran libertad. La admiración que sentían por las mujeres ha sido demostrada repetidas veces al descubrirse nuevos frescos que muestran docenas de mujeres encantadoras, todas vestidas de un modo parecido, todas gesticulando con una graciosa artificialidad que hace pensar en la corte francesa de tiempos de Fragonard o Boucher. De hecho, un fragmento que muestra el rostro de una muchacha de aspecto descarado y nariz respingona se conoce como *La parisienne,* por su aire seductor y su chic.

Pero las mujeres no eran meros adornos, admirados por su belleza y su gracia. Parece que gozaron de una posición notablemente emancipada en la sociedad minoica. Se mezclaban libremente con los hombres, como no lo harían ni en la progresiva Atenas de más de mil años después. Ocupaban un lugar preeminente en la religión, no sólo como fieles sino también como sacerdotisas. Y la principal divinidad minoica fue una diosa.

En los sellos de piedra aparecen una y otra vez diosas esbeltas con faldas de volantes y cabellos ondulados, asistidas a menudo por sacerdotisas y a veces por hombres. Se suele representar a la diosa con una paloma o una serpiente, animales sagrados ambos. No se puede dejar de aludir a la importancia de la serpiente en la cultura minoica, aunque no esté claro su significado. Aparece en sellos y en objetos de cerámica, así como en figurillas de diosas.

Se han encontrado divinidades femeninas en varios santuarios pequeños –ninguno mide más de 0,5 m^2– del complejo palacial de Cnoso. Uno de ellos,



conocido como Santuario de las Dobles Hachas, es especialmente interesante y revelador. Está construido a tres niveles, que se van elevando a partir de la entrada. En el primer nivel hay varios cántaros y jarrones, que debían de contener ofrendas líquidas. El segundo nivel se parece a un pequeño trípode enyesado, al que le rodean pequeñas tazas y cántaros. Es probable que se depositasen ofrendas en el trípode y se hiciesen libaciones en estas vasijas.

La parte más profunda y elevada del santuario estaba consagrada a la propia diosa. En ella se alzaban dos series de "cuernos de consagración": unas estructuras de arcilla parecidas a sillas de montar vistas de perfil que estaban cubiertas con estuco *(ilustración de esta página)*. En el centro de la silla, entre cada par de cuernos, había un agujero que debía de alojar la doble hacha sagrada.

Aunque las dobles hachas se usaban indudablemente como armas y como utensilios de trabajo, se estilizaban y se reducían de tamaño cuando se fabricaban para los santuarios; ya no eran armas sino símbolos delicados, a menudo hechos de oro. Su incorporación al culto derivó probablemente de su función primigenia: la inmolación de animales. El fallecido especialista sueco Martin Nilsson, una autoridad mundial en la religión minoica, comparó la doble hacha con la cruz de los cristianos y con la media luna de los musulmanes. Así pues, habría sido el símbolo de la religión minoica en general, más que el de una divinidad en particular.

Merece la pena señalar que el símbolo de la doble hacha aparece repetidas veces en Cnoso, grabado o esgrafiado en las piedras de las paredes; ello confirma la impresión de que los minoicos consideraban que todo el palacio era sagrado, que la presencia de la diosa y de su representante en la tierra, el rey-sacerdote, lo llenaba por completo. También es significativo el hecho de que la palabra con la cual se designaba a la doble hacha fuese *lábrys*. De ella deriva la palabra "laberinto", que identifica el palacio como la casa de la doble hacha; y lo mismo ocurre, dada la complejidad del palacio, con su significado moderno, que surge del mito del minotauro.

Cuando Evans abrió por primera vez el Santuario de las Dobles Hachas, contenía una pequeña hacha de piedra y algunas figurillas de diosas parecidas a las encontradas en otros santuarios minoicos. Estas figuras de arcilla representan mujeres desnudas hasta la cintura, con los codos levantados y con las palmas vueltas unas veces hacia dentro y otras hacia fuera, hacia los fieles. Unas tienen serpientes enroscadas en torno a sus torsos; otras, no. Una tiene sobre la cabeza una paloma, para indicar su divinidad. Tales figurillas se conocen como "ídolos campaniformes", porque por debajo de la cintura están formadas por simples cilindros con forma de faldas.

Otras figurillas encontradas en el Santuario de las Dobles Hachas no se pueden identificar tan fácilmente, ni como diosas ni como fieles. Sin embargo, una de ellas, que representa a un hombre, es indudablemente un fiel: lleva en sus manos una paloma como ofrenda.

Estos pequeños santuarios interiores no existían sólo en los palacios. Se han encontrado también en las ricas villas que poseía la nobleza minoica, lo que vuelve a subrayar el carácter privado de las prácticas religiosas. Es lógico suponer que también las sencillas casas de la gente vulgar tuvieran sus santuarios, que quizá se reducían a un nicho o alacena con algunos objetos sagrados.

Pero la vida religiosa minoica poseía también una dimensión pública que se desarrollaba al aire libre: en las cimas de los montes, en abrigos rocosos o en cuevas sagradas. Creta tiene numerosas cuevas, y muchas poseen estalagmitas u otros bloques de piedra de formas raras a los que se adoraba como ídolos. La gente se dirigía en grupos a esos remotos lugares para celebrar ritos religiosos como sacudir

Contra el muro posterior del Santuario de las Dobles Hachas de Cnoso, Arthur Evans descubrió una estrecha plataforma cubierta con guijarros que contenía cinco personajes de terracota. La ilustración de la izquierda se basa en sus dibujos originales. El personaje con los brazos en alto (G) es una diosa, como lo indica la paloma posada sobre su cabeza. Los otros dos personajes con falda (D y F) son sus sirvientes. El hombre que ofrece una paloma (A) y la mujer desnuda (E) son fieles. Las cosas curvas (B) son "cuernos de consagración"; cada una tiene una cavidad, tal vez para alojar una doble hacha sagrada (líneas punteadas). De hecho, Evans descubrió en el santuario una doble hacha (C) mucho más pequeña.

los árboles sagrados y danzar; ambos ritos aparecen en anillos y en sellos con forma de gema. Además, como todos sus contemporáneos, los minoicos sacrificaban animales. Existen sellos de piedra y frescos que muestran cabras y toros atados, prestos para el sacrificio. Aún más, una caverna de Psicro, en las colinas al sur de Maliá, ha proporcionado un amplio estrato de huesos de animales –que eran los restos de miles de sacrificios– junto con varios objetos de bronce, entre ellos dobles hachas y numerosas figurillas de arcilla que representaban animales, especialmente toros –que eran ofrendas votivas a la divinidad de la cueva presentadas en sustitución de animales vivos–.

Se ha discutido mucho sobre el papel que el toro representaba en la vida minoica. Aparece del modo más provocativo tanto en los hallazgos arqueológicos como en muchos mitos notables. Es cierto que los toros se usaban en Creta para los sacrificios, pero a este respecto no eran más sagrados que las cabras o los animales salvajes. Lo único seguro que se sabe sobre ellos es aún más notable que los propios mitos. En los sellos grabados y en los restos de cerámica empezaron a aparecer indicios de que podía haber habido una especie de ejercicio ritual con toros y jóvenes minoicos. Y entonces Evans hizo otro descubrimiento sensacional: un fresco *(página 74)* que representaba a un equipo de tres jóvenes acróbatas dando una especie de "saltos mortales" sobre el lomo de un toro en plena embestida.

La escena es tan extraordinaria que, a primera vista, no parece posible tomarla literalmente. El toro es enorme; los personajes humanos, pequeños. Un acróbata que espera está delante mismo del toro, asiéndole por los cuernos. ¿Pretende atraer su atención o es el inicio de un salto hacia arriba entre los cuernos del toro, con posterior voltereta sobre su lomo y caída tras su cola? Al parecer se trata de lo segundo, pues se ve a otro personaje en la mitad de esta maniobra: se apoya con las manos en el lomo del toro, mientras sus piernas voltean por arriba y su rostro está vuelto ansiosamente hacia atrás, mirando hacia un tercer personaje que está inmediatamente detrás del toro con los brazos extendidos, dispuesto a recibirle.

Considerando lo terribles que son los afilados cuernos de un toro y el enorme poder de su cuello, ¿podemos creer que los jóvenes acróbatas minoicos lograran realizar esta hazaña tan espantosamente temeraria? Y, en particular, ¿podemos seguir creyéndolo cuando descubrimos que dos de los acróbatas son *muchachas*? Sabemos que lo son porque, aunque sólo visten el breve taparrabo de los acróbatas masculinos y aunque son tan esbeltas como los muchachos, su piel es blanca. Las convenciones artísticas de los minoicos exigían representar en blanco la piel de las mujeres y en rojo la de los hombres.

Al parecer, debemos creerlo. Se han encontrado representaciones de este mismo ejercicio acrobático, protagonizado por equipos de muchachos y muchachas, en número suficiente como para dejar claro que el salto del toro era practicado muy ampliamente, quizá por una clase de atletas profesionales, y que era contemplado por un gran público. Pero sigue siendo un misterio el cómo y cuándo se practicaba.

Es posible que los toros fueran animales sin nervio, impasibles, tal vez bueyes amaestrados para sacudir la cabeza hacia arriba de manera que levantasen al acróbata. Pero las obras de arte invalidan esta explicación. Los artistas minoicos, que eran magníficos pintores de animales, representaron a sus toros rebosantes de vigor y agresividad.

¿Sólo era un deporte esta acrobacia tauromáquica? El arqueólogo británico Sinclair Hood, que trabajó en Creta durante años, piensa que no. Hood cree que esta costumbre puede haber tenido cierta significación religiosa o mágica; otros expertos no

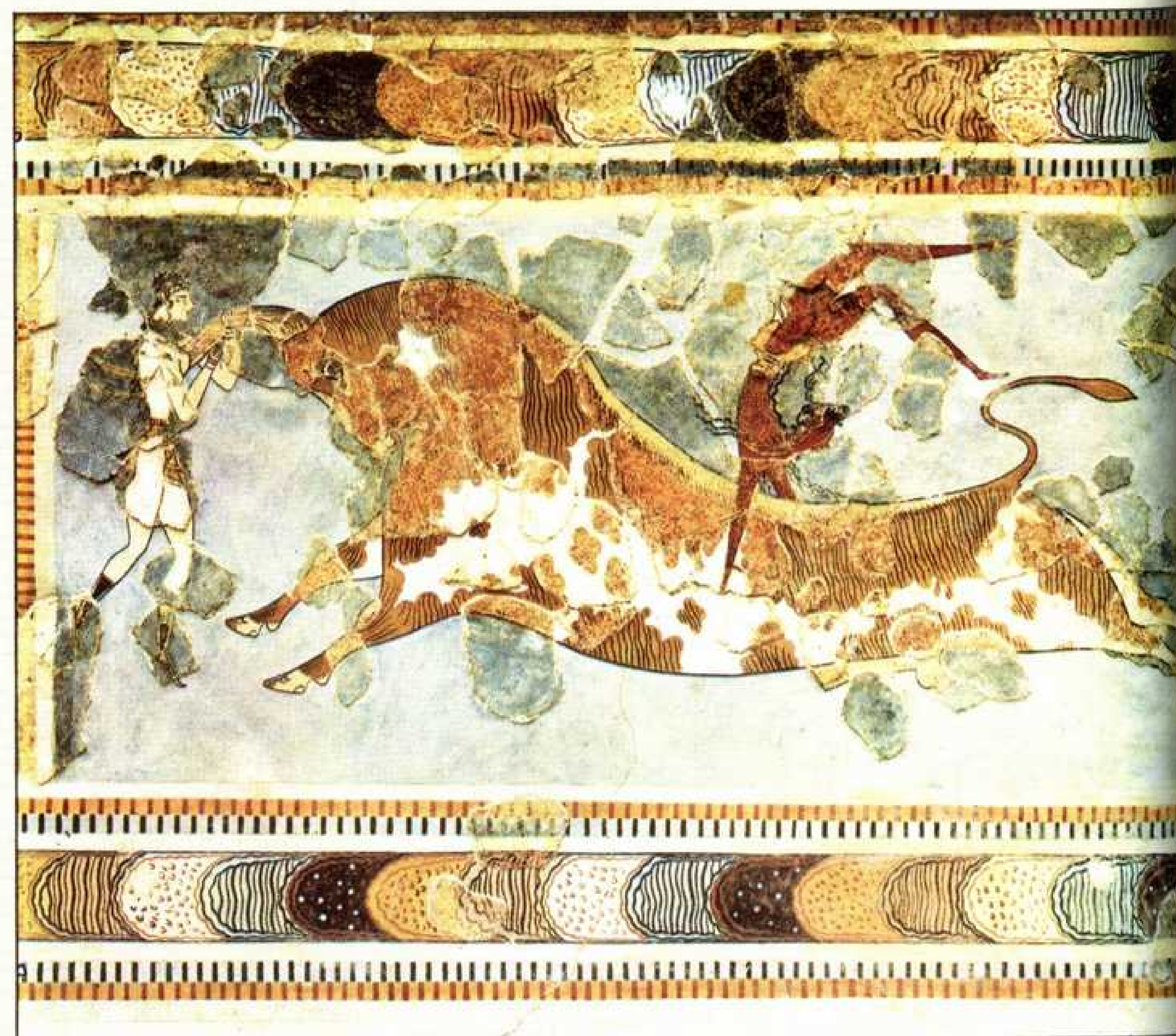


lo creen así, y tampoco se ponen de acuerdo sobre el lugar en el que se celebraba el espectáculo. Ninguna de las escenas tauromáquicas descubiertas hasta ahora proporciona el menor indicio sobre el emplazamiento de las "plazas de toros". Todos los palacios minoicos se construyeron en torno a un gran patio central, y muchos han supuesto que en él se celebraban los saltos sobre el toro. Sin embargo, esta teoría plantea algunos problemas. Al menos en dos palacios (en Cnoso y Maliá) el patio central estaba completamente rodeado por un laberinto de aposentos reales, salas de baño, salas de recepción, santuarios, almacenes y estrechos corredores. Ninguno de los dos palacios parece concebido para celebrar en ellos un espectáculo que requería espacio suficiente para que unos enormes y peligrosos animales pudieran moverse por ellos.

Aún más, ningún patio es lo bastante grande como para facilitar las maniobras de los acróbatas. Uno de ellos en particular, el de Cato Zacro, es peligrosamente pequeño y apenas habría dejado espacio libre a los saltadores; sólo mide 12 m de ancho por 30 de largo. Aunque el patio de Maliá es casi el doble de grande, posee todavía en su centro los restos de una especie de altar, lo que constituiría un estorbo manifiesto.

Por último, todos los patios están pavimentados con losas, lo que supondría un riesgo más para la vida de los acróbatas. El profesor Graham, que es una autoridad en los palacios minoicos y cree que los saltos sobre el toro tenían lugar en los patios centrales, intenta soslayar el problema del pavimento sugiriendo que las losas se cubrían con una capa de arena antes del espectáculo; pero esta explicación no parece muy convincente, pues la arena sobre las losas sería resbaladiza y poco apta para correr.

Graham está de acuerdo con Hood en que los saltos sobre el toro formarían parte de una ceremonia religiosa, y piensa que el toro sería sacrificado des-



Este fresco, hallado en Cnoso en 1900, probó que los minoicos organizaban tauromaquias. Un hombre (de piel roja) da una voltereta sobre un toro antes de caer hacia la muchacha de la derecha (de piel blanca). Otra muchacha, asida a los cuernos, se apresta a repetir la hazaña. Arriba, un acróbata, también de Cnoso.

pués de las acrobacias. Si ello era así, entonces la teoría de que se celebraban en el palacio cobra un cierto sentido; dado que el palacio era el centro de todas las cosas, también habría tenido que ver con las cosas sagradas.

Graham aduce además otro argumento, éste basado en las pruebas arqueológicas, en favor de la teoría de que el palacio servía de "plaza de toros". Ha estudiado las puertas que dan a los patios, así como lo que queda de los pórticos con columnas que había en sus dos lados más largos, y cree que unas barreras protegían al público, situado en los pórticos, mientras se desarrollaba el espectáculo.

Una manera de refutar la teoría de que los saltos sobre el toro se desarrollaban en el patio central sería hallar otros sitios. Y puede que este hallazgo se acabe de hacer. Una reciente excavación en Cnoso ha descubierto lo que podría ser una "plaza de toros" situada fuera del palacio propiamente dicho. Y en Maliá se ha desenterrado un gran patio al norte del palacio, patio que los especialistas creen que pudo servir de "plaza". Pero las pruebas, hasta ahora, son insuficientes. Por lo que aún no es seguro dónde practicaban su arte los saltadores sobre toros.

Los palacios revelan mejor otros aspectos de la vida minoica. Y esto es cierto especialmente en Cnoso, donde Evans, desde el principio de sus excavaciones, hubo de tomar una decisión crucial. Todo arqueólogo que trabaje en tres dimensiones habrá de remover objetos importantes –y, por tanto, destruir su relación espacial– si quiere excavar aún más profundamente en busca de otros objetos. A veces, por ejemplo, se han de derribar muros; y los suelos se han de levantar. Evans intentó solucionar este dilema reconstruyendo partes del palacio a medida que avanzaban sus excavaciones. En lugar de los grandes maderos que formaban las vigas del techo antes de desaparecer, y en lugar de los perdidos dinteles de madera de puertas y ventanas, puso elementos de piedra, acero y hormigón en los lugares que consideró más obvios. Así pudo consolidar los escasos muros existentes y montar de nuevo otros que se habían derrumbado. A partir de los frescos y de las basas de columnas que aún se conservaban en el palacio, pudo deducir un rasgo importante de la arquitectura minoica: a diferencia de las columnas griegas o egipcias, las columnas minoicas crecían en grosor de abajo arriba. Y así hizo construir nuevas columnas de piedra, pintándolas luego de rojo –que, como sabía por los frescos, era su color original–.

El resultado ha sido criticado a menudo. Resulta muy extraña la mezcla de piedras tan antiguas con hormigón moderno; y además, según los últimos estudios, se han cometido algunos errores en su colocación. Pero los aspectos positivos aventajan con mucho a los negativos. Si Evans no lo hubiera reconstruido, Cnoso –una vez excavado por completo, cartografiado, analizado y limpiado– habría desaparecido en una gran parte. Hoy tendría el mismo aspecto que los otros palacios, cuyas ruinas apenas se alzan un piso o parte de un piso. Quienes visitan los otros sitios ven bastante bien cómo eran los almacenes de la planta baja, pero mal pueden imaginar cómo eran los aposentos reales y las salas oficiales, mucho mayores y más intersantes, que antes se hallaban en los pisos superiores y hoy se han esfumado en el fragante aire minoico.

Gracias a Evans, esta visualización es posible en algunas partes del palacio de Cnoso, y resulta sumamente interesante. Lo que más impresiona es una gran escalera que Evans halló casi intacta, pues la habían cubierto los cascotes producidos por el terrible holocausto que destruyó el palacio por segunda y última vez. La escalera subía desde el nivel del patio central hasta los aposentos privados y oficiales, y descendía hacia otras salas del piso inferior. Evans, que excavaba directamente hacia el flanco de un ta-

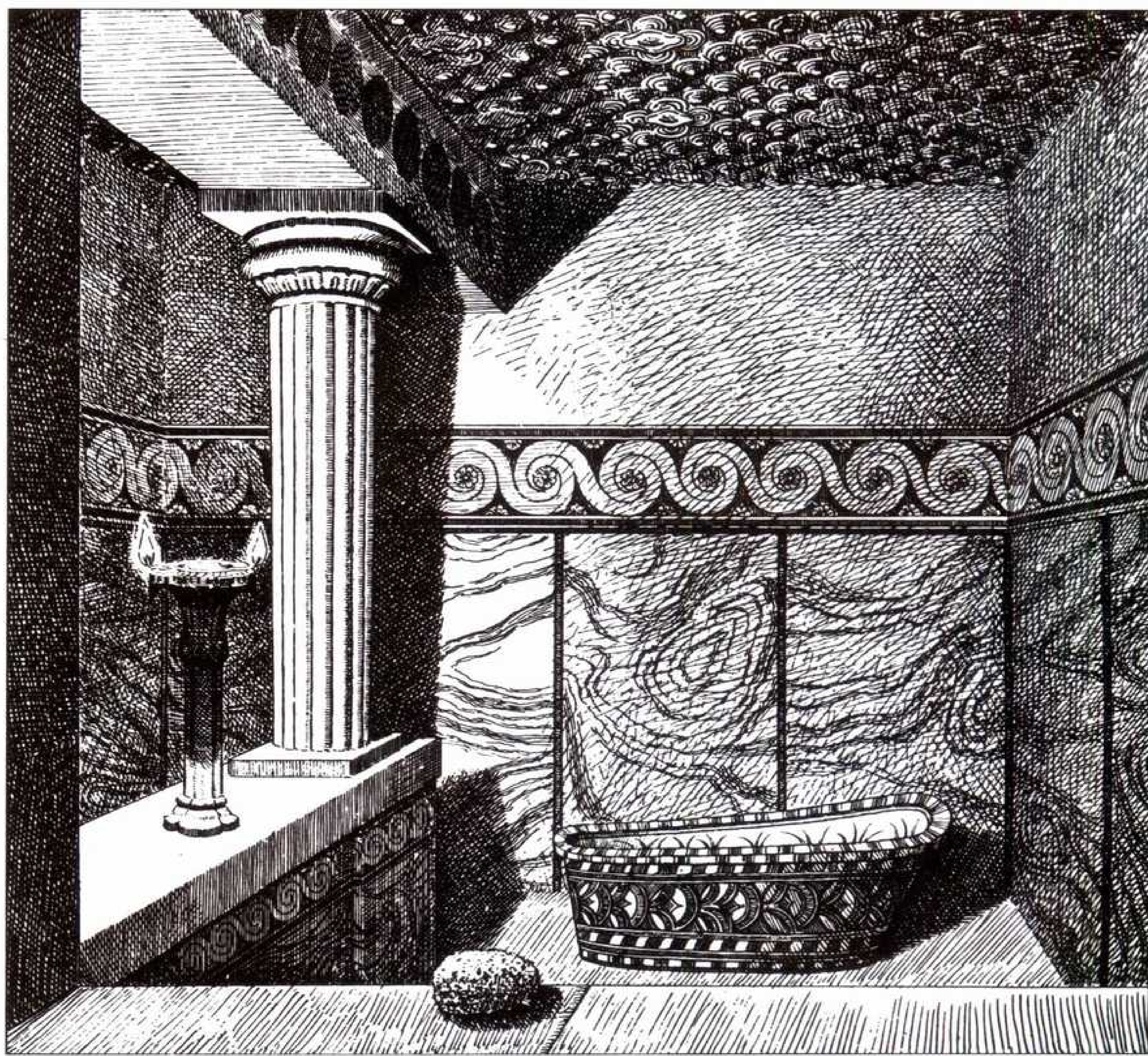


La entrada oriental de Cnoso evidencia el ingenio de los arquitectos cretenses. El sistema de drenaje incluía depósitos reguladores que aminoraban el flujo de las aguas residuales e impedían que se saliesen. El albañal que bordea las escaleras hace una serie de zigzags y cubetas para retardar la caída de las aguas. En cada rellano, el albañal gira en ángulo recto, controlando así la velocidad del agua antes de conducirla a la cisterna.

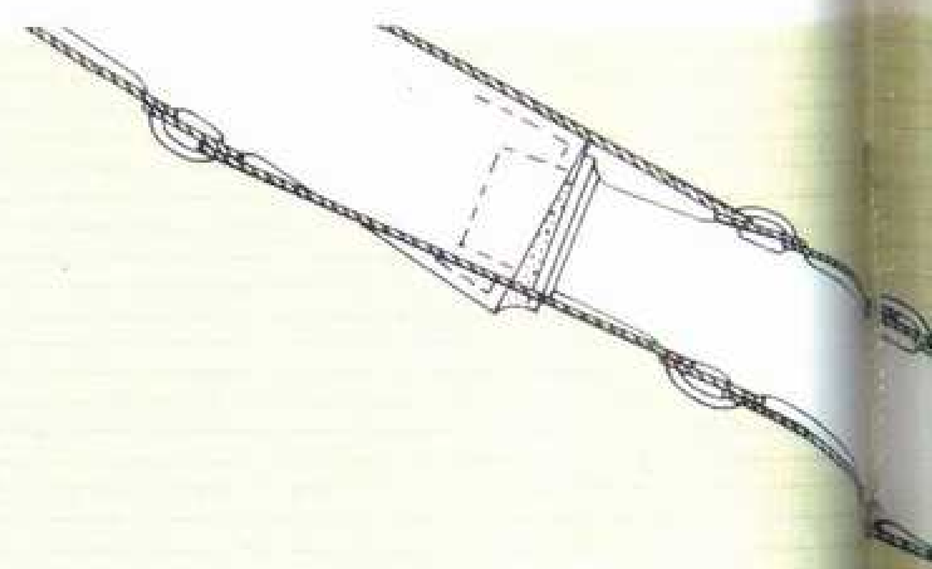


Fontanería prehistórica

Para poder evacuar las torrenciales lluvias que caen sobre Creta en otoño y primavera, el palacio de Cnoso estaba construido con sistemas de drenaje independientes en cada una de sus alas. Un circuito de conductos, albañales y cisternas de descarga desembocaba en canales subterráneos mayores, provistos de bocas de inspección a intervalos regulares. Los canales principales, hechos de piedra y revestidos con cemento, eran tan amplios que, según su descubridor, Arthur Evans, a los miembros de su equipo arqueológico "no les incomodaba el pasar días enteros dentro de ellos". Es curioso que los numerosos cuartos de baño del palacio no estuvieran, al parecer, en comunicación con el sistema de drenaje. Eran los criados quienes se encargaban de llenar las bañeras y de, una vez terminado el baño, sacar el agua con esponjas y llevarla fuera.



El cuarto de baño de la reina en Cnoso, tal como lo dibujó un artista que participaba en la excavación, era una pequeña sala cubierta de losas de alabastro y decorada con frescos. La bañera de terracota se encontró fuera de la cámara, pero se volvió a poner en su lugar. Se entraba por la izquierda, tras sobrepasar un muro bajo y contornear una columna.



lud que cubría las ruinas del palacio, encontró esta escalera justo en la mitad; y entonces se le planteó el problema de qué parte preservar: si la parte que subía o la que bajaba a partir de la entrada. Trabajando con sumo cuidado, colocando elementos estructurales a medida que avanzaba, logró preservar la parte que bajaba y reconstruir la que subía.

La escalera estaba construida en torno a un patio de luces abierto al cielo por arriba; esto era necesario en la arquitectura minoica, pues gran parte del espacio interior de ese gran dédalo que era el palacio carecía de ventanas, siendo iluminada únicamente por la luz que entraba a través de una abertura practicada en el techo o por la que llegaba de las salas de la periferia que tenían ventanas.

¿Qué más revela el palacio de Cnoso? Entre otras cosas, que los aposentos reales dan a la gran escalera. Se trata de suites formadas por distintas salas que comunican entre sí: las grandes para reuniones y las pequeñas para dormir, guardar cosas y bañarse. Había incluso toilettes, como lo prueban los restos de asientos construidos sobre conductos de evacuación que conducían al exterior del palacio. Las inmundicias eran evacuadas vertiendo agua hacia un complejo sistema de drenaje que incluía tubos de arcilla cuidadosamente encajados unos en otros y cubetas de piedra para recibir las aguas de lluvia. Sin embargo, las bañeras no estaban conectadas con los tubos. Eran grandes y cómodas pilas de arcilla vidriada, a menudo decoradas brillantemente con imágenes de peces y delfines. Carecían de agujero de desagüe, y al parecer eran vaciadas con cubos o con esponjas por un sirviente que echaba las aguas sucias a la canalización más próxima.

En Creta la temperatura oscila mucho, según las estaciones. Los veranos son sofocantes, y los inviernos pueden ser bastante crudos. Dotando al palacio de abundantes patios a cielo abierto y patios de luces, así como pórticos, ventanas y portales para la ventilación, los arquitectos minoicos solucionaban el problema de hacer tolerable la vida en el palacio durante la canícula. Las salas de estar eran amplias y aireadas. Algunas tenían dentro filas de columnas, lo que parece indicar que en invierno se dividían en dos para que así fuera menor el espacio que habían de calentar mediante los braseros portátiles.

Los asuntos públicos o judiciales se trataban, al parecer, en salas aún mayores situadas en los niveles más elevados del palacio de Cnoso. Y ello nos lleva a preguntarnos por la llamada sala del trono, que se encontraba en un nivel inferior.

La sala del trono es un lugar bastante oscuro, con un techo bajo y los muros cubiertos con frescos de grifos –es decir, leones con cabeza de ave– recostados sobre su vientre. Evans le dio aquel nombre porque contenía –y contiene– un bello trono de piedra con el respaldo curvado y su asiento ligeramente rebajado para mayor comodidad del dignatario que se sentase en él. Es "el trono más antiguo de Europa".

Enfrente mismo del trono se encuentra una cámara lustral o purificatoria: es un espacio enyesado, separado de la sala principal por un banco y una fila de columnas, y cuyo suelo está varios escalones por debajo del de la sala principal. Hay varias cámaras lustrales en el palacio, de las cuales al menos una está junto a los aposentos reales.

Evans les dio este nombre pensando que eran lugares sagrados en los que alguien se lavaba o se bañaba como rito preparatorio para las ceremonias religiosas. Otros especialistas, a quienes no les convence en absoluto esta teoría, piensan que estos espacios hundidos eran meras salas de baño lujosas. Sin embargo, la presencia de una cámara lustral dentro de la sala del trono, situada precisamente enfrente mismo del trono, sugiere que el rey-sacerdote celebraba en ella algunos ritos. La arqueólogo alemana Helga Reusch propone esta alternativa: el trono no era la sede de un rey, sino de la suma sacerdotisa.



El gran palacio de Cnoso tenía no sólo un sistema de drenaje para evacuar las aguas residuales, sino también tubos para traer agua potable. Como se ve en este esquema, los tubos, hechos de terracota, tenían forma de cono truncado, por lo que encajaban perfectamente unos con otros. Las asas de algunos tubos, según descubrió Evans, servían para introducir por ellas cuerdas: tensando las cuerdas, se mantenían bien juntos los tubos.

Por su parte, los almacenes de Cnoso no plantean ningún misterio. Eran extensos, se han conservado bien y, cuando el apogeo del palacio, estaban atestados de riqueza. Ciertos indicios arqueológicos testimonian la existencia de considerables depósitos de oro. Pero Cnoso no ha proporcionado nada parecido al tesoro que Schliemann encontró en Micenas. La prueba más impresionante de la riqueza del palacio la constituyen las enormes tinajas de almacenamiento –quizá unas 400– en las que se guardaba el aceite de oliva. Cuando Evans las descubrió, docenas de ellas estaban aún intactas entre las ruinas.

Las tinajas debían de almacenarse al nivel del suelo. Un piso alto habría tenido que ser muy resistente para soportar todo aquel peso: más de 200 toneladas cuando las 400 estaban llenas. Almacenarlas en un sótano habría sido igualmente incómodo: no se podría ni pensar en izarlas o bajarlas, con un peso de media tonelada o más cada una.

La capacidad total de almacenamiento de aceite en Cnoso era de unos 235.000 litros, cifra enorme para una fecha tan remota. Es un elocuente testimonio de la gran riqueza de Creta, del poder del sistema redistributivo central que la administraba y, finalmente, de la casi segura existencia de una densa población en la isla.

Sólo una base muy amplia y productiva pudo hacer posible la construcción de moles tan enormes como los palacios minoicos, por no hablar del mantenimiento durante siglos de su magnífico estilo de vida. Evans estimó la población de Cnoso –es decir, del palacio y de la ciudad circundante– en unas 80.000 personas en el momento de su apogeo. Estimaciones posteriores rebajaron esa cifra a la mitad, pero incluso 40.000 es un número impresionante. Añádanse al mismo las personas necesarias para mantener los otros palacios y todas las grandes fincas dispersas por la isla, y empezarán a verse las dimensiones del sistema palacial en su pleno florecimiento.

La Creta minoica fue un mundo fabuloso: activo, creador, único. Mantuvo a una brillante clase alta cuyos vicios y crueldades –fueran las que fuesen– se han desvanecido en el polvo de los siglos. Lo que queda son los destellos de belleza, de buen gusto, de refinamiento y esa alegría de vivir de unas gentes en la flor de la vida. Minos, si es que hubo un Minos, gobernó con una total serenidad. Pero luego, bruscamente, todo este mundo se vino abajo.

La segunda catástrofe minoica ocurrió hacia el 1450 a. de C. y es mucho más enigmática que la primera. Para empezar, la destrucción no tuvo lugar necesariamente al mismo tiempo en todos los palacios, lo que hace improbable el que fuera causada por un terremoto. En segundo lugar, hay muchos más indicios de fuego; más que derrumbarse, los palacios se incineraron: ardieron con tal violencia, que algunas piedras aún están ennegrecidas. El hecho de que edificios de piedra y yeso ardiesen por completo puede explicarse por la gran cantidad de madera usada en su construcción (en parte como soportes, en parte como decoración interior) y por las grandes cantidades de aceite almacenadas en ellos. Por último, y esto es lo más extraño, los palacios no fueron reconstruidos después del desastre. Con la desaparición de sus centros religiosos y administrativos, con el colapso del corazón redistributivo que impulsaba la sangre de este gran cuerpo social, la sociedad palacial minoica parece que se hundió por completo.

Se ha aventurado todo tipo de teorías para explicar este espectacular hundimiento. Pueden ser agrupadas en tres categorías, o resultan de cambiar estas tres categorías: 1) catástrofe natural, tal como un terremoto, 2) invasión extranjera y 3) agitación interior, en el propio país.

Se pueden aportar interesantes argumentos en favor de cada explicación, pero hasta hace muy poco ninguna podía dar cuenta satisfactoriamente de la

creciente cantidad de información proporcionada por los arqueólogos que trabajan en el Egeo. En 1939, el hoy fallecido Spyridon Marinatos, que luego llegaría a ser inspector general de antigüedades para toda Grecia, sugirió que la caída de la cultura minoica había estado relacionada con la impresionante explosión volcánica ocurrida en la isla de Tera (la actual Santorín), a unos 110 km de Creta. Su idea, expuesta brevemente, era que Creta había sido literalmente arrasada de una manera u otra por aquel cataclismo.

La teoría de Marinatos suscitó comentarios como éstos: "excitante", "sugestiva", "muy original", "digna de examinar". Pero todos ellos concluían con esto: "Aún no conocemos suficientemente bien lo que pasó en Tera como para empezar a conocer sus efectos en Creta. Debería investigarse mucho más sobre el asunto."

En los últimos años se han realizado numerosas investigaciones, que han ampliado nuestro conocimiento en esta materia. Hoy sabemos que los destinos de Tera y Creta estuvieron realmente unidos, aunque la naturaleza exacta de ese vínculo es difícil de precisar. No obstante, está cobrando cuerpo una nueva hipótesis que resuelve la mayoría de las contradicciones que las hipótesis anteriores no pudieron resistir. Además encaja perfectamente con algunas ideas básicas de la teoría del efecto multiplicador de Colin Renfrew.

Vestigios de los grandes palacios reales minoicos



Unos simbólicos "cuernos de consagración" en forma de U se alzan sobre una parte del palacio de Cnoso reconstruida por A. Evans.

Aunque por toda Creta hay restos de lujosas fincas rurales, de aldeas e incluso de poblaciones grandes del período minoico, hasta ahora sólo se han encontrado cinco sitios que pueden considerarse como auténticos palacios. Estas fantásticas residencias reales son inconfundibles, con sus laberintos de aposentos privados, salas de audiencias públicas e innumerables alcobas, corredores y almacenes, todo ello en torno a un gran patio central. Aunque los cinco palacios difieren considerablemente en sus detalles, básicamente tienen las mismas características fundamentales. Excepto uno *(páginas 88-89),* todos eran los núcleos económicos y políticos de sus respectivos dominios.

Cnoso fue la primera ruina cretense reconocida como palacio: fue identificada como tal por Arthur Evans en 1900. Casi inmediatamente se descubrieron otros tres. Desde entonces, aunque los arqueólogos han estado rastreando constantemente toda Creta en busca de más palacios, sólo se ha añadido uno a esa lista: Cato Zacro, en 1961. Empieza a sospecharse que no hay más que cinco; pero ello resulta un tanto extraño, pues los cinco están en la mitad oriental de Creta y la mitad occidental poseía abundantes poblados y santuarios, así como una población bastante densa. Aún no se sabe quién gobernaba esos poblados ni desde dónde.

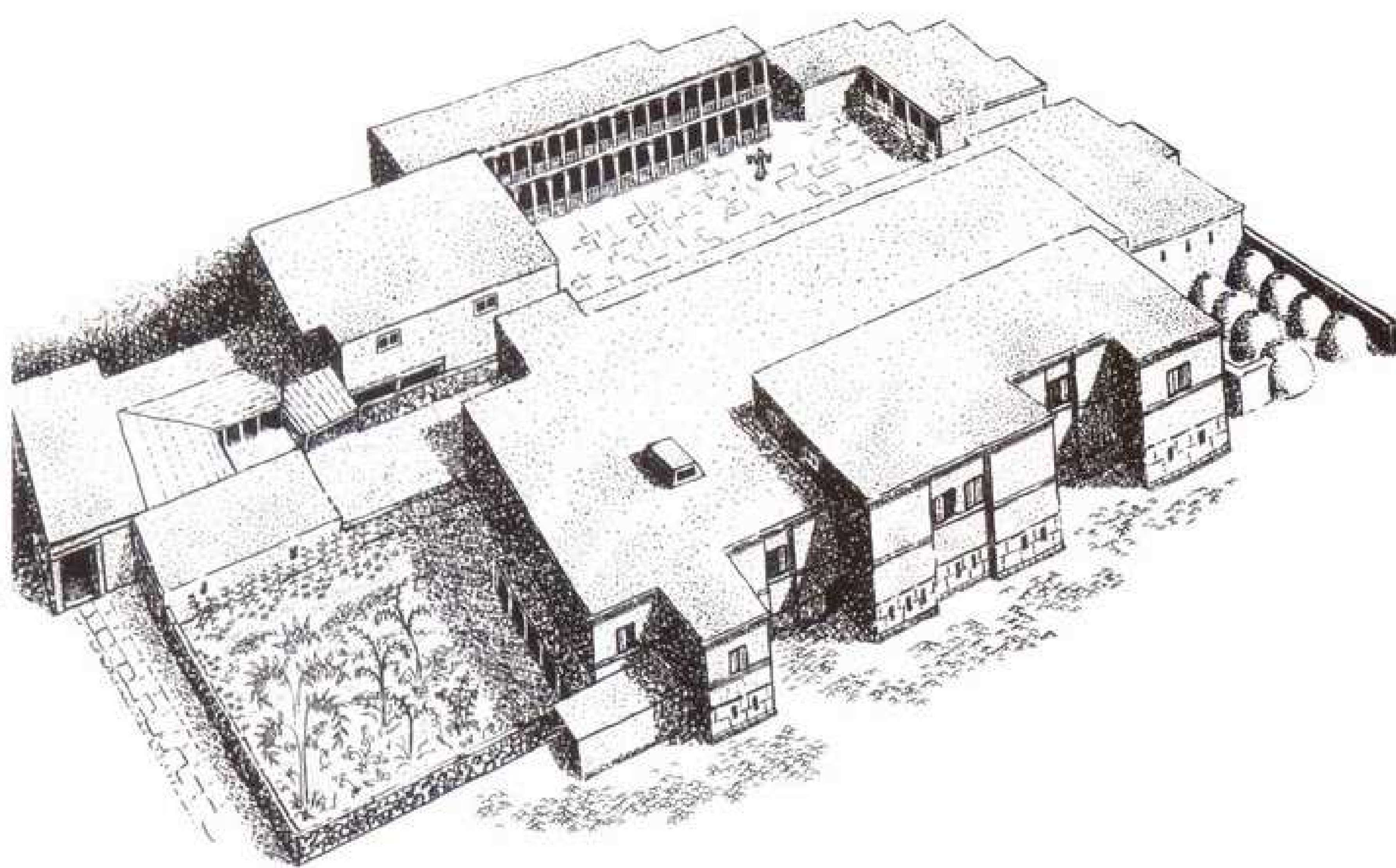
Maliá: un palacio frente a las Cíclades

La existencia de unas prometedoras ruinas minoicas en la costa cretense situada al este de Cnoso se empezó a sospechar a finales del siglo pasado, cuando un pastor encontró en ella unos objetos de oro. Los arqueólogos se trasladaron allá y en 1915 hallaron un palacio –Maliá– situado en el centro de una ciudad de un kilómetro cuadrado de extensión.

Las obras del palacio habían comenzado hacia el año 2000 a. de C. y prosiguieron durante 500 años. Su proximidad al mar lo convirtió en un próspero puerto, pero también pudo causar su destrucción en el 1450 a. de C. De los palacios minoicos destruidos entonces, Maliá era el más expuesto a las enormes olas levantadas por la erupción volcánica de Tera. Se ignora su nombre minoico. Fueron los griegos quienes le dieron el nombre de Maliá, derivado de *omalón*, que significa "llano".



Esta rueda de piedra caliza, que mide casi un metro de diámetro y que está bordeada de hoyos, se encontró hundida en el suelo de unos soportales próximos al patio principal de Maliá. Aún no sabemos si se usaba en un juego o en una ceremonia religiosa.



Este dibujo del palacio de Maliá se basa en unos estudios realizados por el arqueólogo J. W. Graham. El patio principal es el que se ve al fondo. Los aposentos reales y las salas públicas se hallan en la parte delantera; y la entrada principal, a la izquierda.



Del palacio de Maliá sólo quedan el pavimento y las partes inferiores de las paredes del piso inferior. Dos tinajas de almacenamiento tan altas como un hombre –llamadas pithoi– se alzan sobre las ruinas; en la más próxima se ven sus motivos decorativos, que imitan las cuerdas con las que se transportaban estas enormes vasijas de terracota. Al fondo se eleva el monte Dicté, y ante él se extiende la fértil llanura que tanto contribuyó a la irrupción de Maliá como centro palacial.



Cato Zacro: un palacio con vistas al Mediterráneo oriental

Cato Zacro se halla en el extremo oriental de Creta, separado del resto de la isla por elevadas montañas. Su magnífica bahía hizo de este palacio una base naval importante y un activo puerto comercial del que los barcos mercantes zarpaban regularmente rumbo a Egipto y Palestina.

Una catástrofe violenta e instantánea redujo Cato Zacro a unas ruinas humeantes. Sus habitantes huyeron, y no volvieron jamás. En consecuencia, los arqueólogos que lo excavaron encontraron en él más objetos que en ningún otro palacio: herramientas, materias primas tales como madera y metales, enseres domésticos, utensilios de cocina y restos de comida, todo ello dispersado desordenadamente tal como quedó el día de su destrucción. Hasta mucho después de su demolición, aquel sitio fue considerado un lugar sagrado y la gente evitaba acercarse a él.



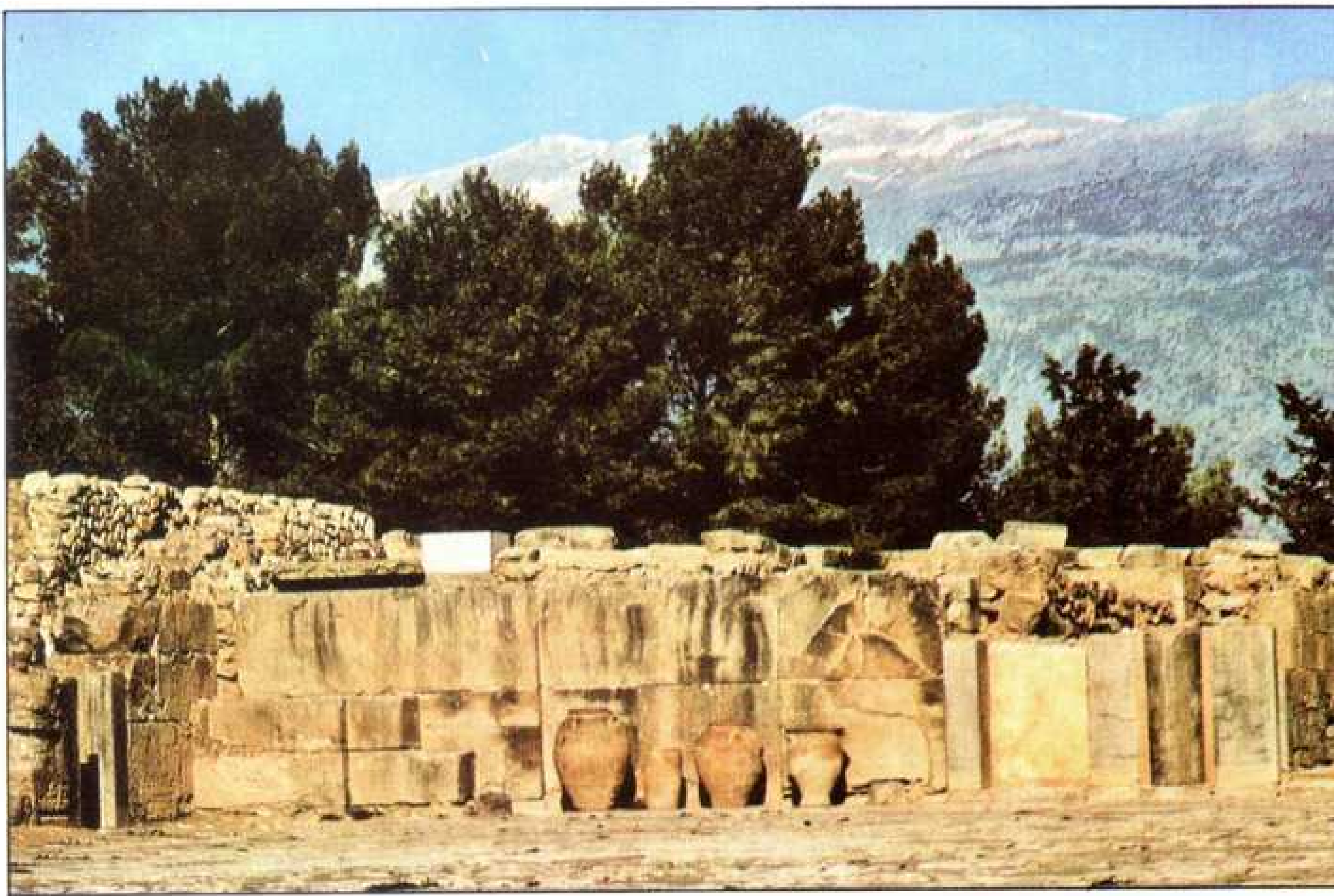


Esta cisterna se encontraba en el ala este del palacio, cerca de los aposentos reales. Alimentada por un manantial que aún fluye, el pozo conserva en magnífico estado los peldaños de piedra por los que se llegaba a él.

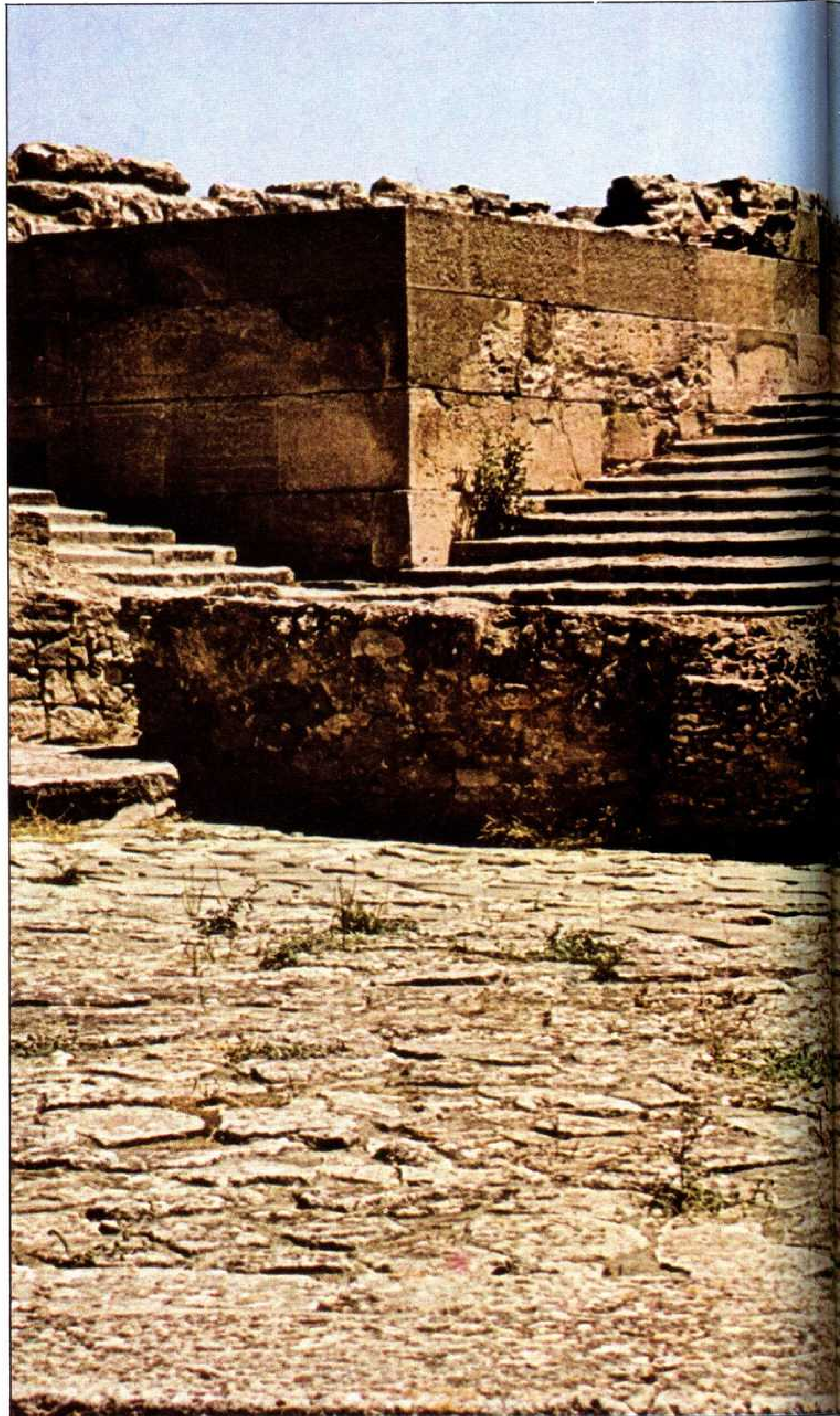
Aunque Cato Zacro, como todos los palacios minoicos, poseía una fértil campiña, su población tenía los ojos puestos en el mar. El edificio se construyó sobre una pendiente que descendía hasta un patio central (al fondo, a la izquierda). Las ruinas que se ven en primer término es lo que queda de los almacenes y talleres. Los aposentos reales y las salas públicas se hallaban más a la izquierda.

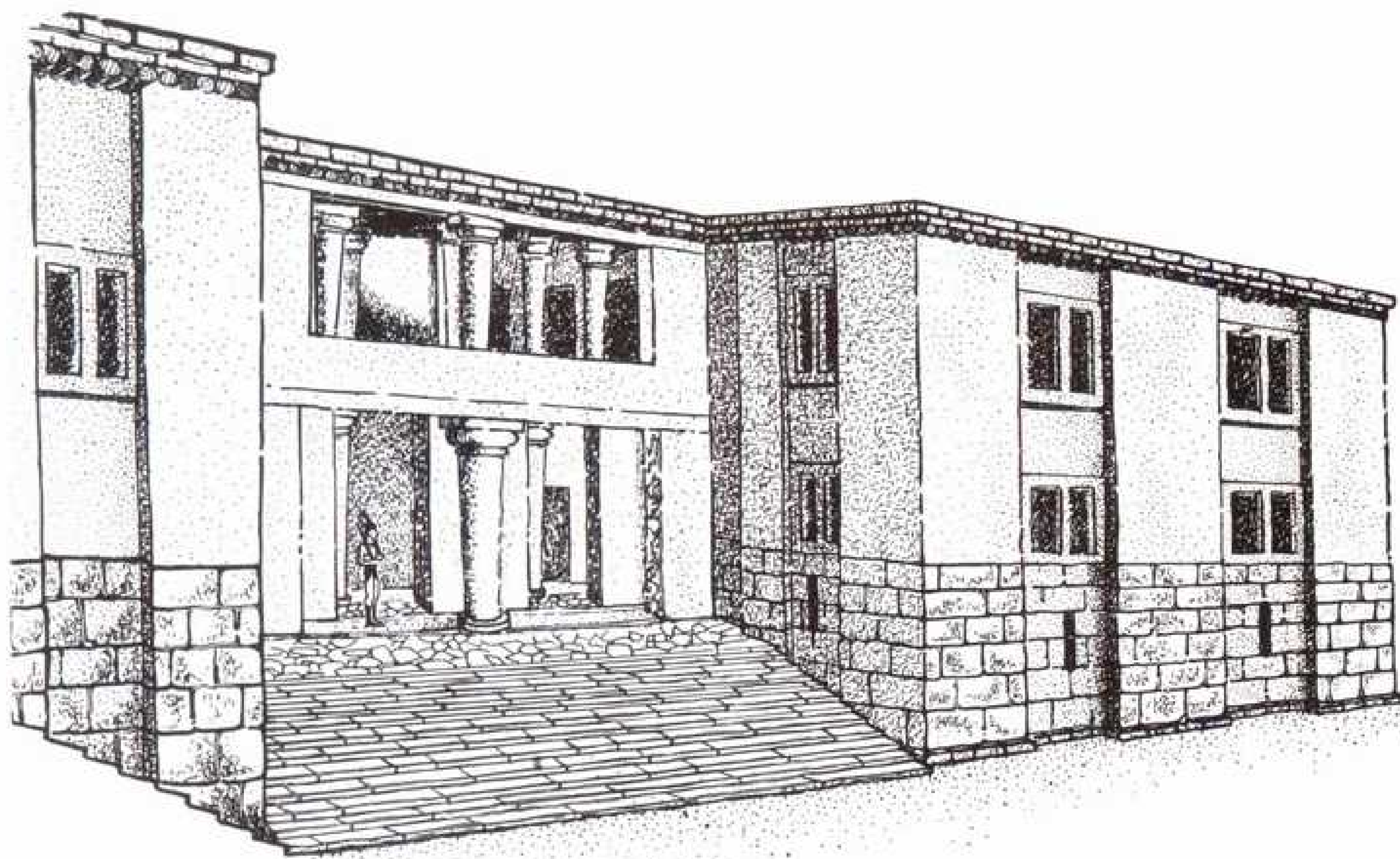
Festo: la reina de la costa sur

Situado en la costa sur de Creta, el palacio de Festo sólo era superado por el de Cnoso en tamaño y riqueza, y a su manera es el más bello de toda la isla. Está mejor situado que Cnoso, pues se eleva sobre un promontorio desde el que se domina un verde valle que llega hasta las azules montañas del fondo. La entrada principal de Festo era más impresionante que la de Cnoso. Festo se ha conservado también mejor, aunque plantea a los arqueólogos problemas parecidos. Fue destruida dos veces por sendos terremotos, y dos veces fue reconstruida, hasta que por fin fue saqueada e incendiada por unos invasores en el año 1450 a. de C. A diferencia de Cnoso, cuyos aposentos reales se hallaban junto a los lados más largos del patio central, los de Festo estaban al final del patio, poseyendo cada uno su propio jardín privado con pórticos.



El patio central de Festo era largo y estrecho; y, como el de los demás palacios, estaba pavimentado con losas. Esta vista de su extremo norte muestra los aposentos reales a la derecha y el monte Ida, que es el más elevado de Creta, al fondo.





Esta representación de la fachada oeste del palacio fue realizada por J. W. Graham. Una escalinata de 14 m de anchura conducía a un gran pórtico doble separado por una columna cuya fusta aumentaba con la altura, siguiendo el estilo minoico.

La entrada al palacio tiene un impresionante tramo de escalones bajos con una ligera inclinación hacia la parte exterior de cada uno de ellos, para que así el agua de lluvia corriese y no formase charcos. El patio, que antes estaba a nivel con el escalón más bajo, ha sido excavado para mostrar el patio de una versión anterior del palacio.



Títulos publicados

1 El Eslabón Perdido (I)
2 El Eslabón Perdido (II)
3 La Vida antes del Hombre (I)
4 La Vida antes del Hombre (II)
5 El Primer Hombre (I)
6 El Primer Hombre (II)
7 El Hombre de Neanderthal (I)
8 El Hombre de Neanderthal (II)
9 El Hombre de Cro-Magnon (I)
10 El Hombre de Cro-Magnon (II)
11 Los primeros Americanos (I)
12 Los primeros Americanos (II)
13 El Neolítico (I)
14 El Neolítico (II)
15 Los Constructores de Megalitos (I)
16 Los Constructores de Megalitos (II)
17 El Descubrimiento de los Metales (I)
18 El Descubrimiento de los Metales (II)
19 Los Celtas (I)
20 Los Celtas (II)
21 El Nacimiento de la Escritura (I)
22 El Nacimiento de la Escritura (II)
23 Los Fenicios (I)
24 Los Fenicios (II)
25 Los Hititas (I)
26 Los Hititas (II)
27 Las Primeras Ciudades (I)
28 Las Primeras Ciudades (II)
29 Las Primeras Culturas de Grecia (I)

Próximo volumen

30 Las Primeras Culturas de Grecia (II)

EX LIBRIS Scan Digit



The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

ORIGENES DEL HOMBRE 29 Las Primeras Culturas de Grecia (1)

TIME LIFE folio